

Ayudando a los *chilangos*: solidaridad, políticas, redes y subjetividades en Turbo  
(Antioquia).

Por: Santiago Valenzuela Amaya

Trabajo de investigación para optar al título de Magíster en Antropología

Asesor: Jonathan Echeverri Zuluaga

PhD en Antropología

Tesis de grado

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Antropología

Medellín

2019

## **Agradecimientos**

A mi familia, en especial a mi mamá, Alicia. A Daniela, por estar conmigo en este proceso. A Martín, Ramón y Sofía, por representar un impulso para seguir la intuición, la creatividad. En el desarrollo de este trabajo fue esencial el apoyo de Jonathan Echeverri, profesor del departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia. A Prince, nigeriano, colombiano, migrante transgresor, maestro de la meditación, por explicarme la experiencia de migrar.

El trabajo de campo en Turbo fue posible gracias a la red de personas que me apoyaron durante la estadía. Alejandra Muentes, periodista judicial de la región, fue mi guía en todo momento. El aprendizaje del espacio, de *saber cómo moverse*, se lo debo a ella. Todas las personas que me orientaron – Fabricio Marín, coordinador del muelle, Karen Gamboa, personera de Turbo, entre otras personas – fueron claves para continuar con el desarrollo de este trabajo.

Sin la confianza de migrantes como Andy, Don Ib, Jessica, Wislet y Disnay, este trabajo se habría quedado estancado. Ellos me impulsaron a reflexionar, no solo sobre su situación, sino sobre mi experiencia de vida, mis inquietudes y mis rumbos.

## Tabla de contenidos

<b>Introducción</b>	<b>6</b>
<b>Capítulo 1: Migración irregular, un fenómeno incomprendido por el Estado colombiano</b>	<b>21</b>
1.1 ¿Cómo analizar las políticas públicas a la luz de la Antropología?	26
1.2 Migrantes irregulares, sin un piso jurídico en Colombia	30
1.3 El caso de Marielle Rosius: políticas contradictorias y ausencia de un enfoque que proteja los derechos humanos	39
1.4 La sentencia del Consejo de Estado, una victoria para los migrantes cubanos	46
1.5 Legislación colombiana, ¿hacia una política pública restrictiva?	51
<b>Capítulo 2. Subjetividad y migraciones: saber migrar</b>	<b>59</b>
2.1 Las rutas identificadas por la OIM	65
2.2 Aspiraciones, heroísmo y resiliencia en Turbo	71
2.3 Saber migrar en América del Sur	95
<b>Capítulo 3. “A los chilangos los ayudamos”: el desplazamiento y la violencia como marcos de significado compartidos</b>	<b>103</b>
3.1 La muerte latente: violencia en Urabá	108
3.2 “A los chilangos los ayudamos, ellos han sufrido como nosotros”	118
3.3 Deconstruir los conceptos, buscar salidas conjuntas	128
3.4 El nativo relativo, coyotes y chilangos	140
<b>4. Conclusiones</b>	<b>147</b>
<b>5. Bibliografía</b>	<b>157</b>

## Índice de imágenes

<b>Foto 1. Oficinas de Migración Colombia en Turbo</b>	<b>24</b>
<b>Foto 2. Cambuches improvisados en donde los migrantes cubanos vivieron durante tres semanas y, en algunos casos, un mes</b>	<b>25</b>
<b>Foto 3. La vista desde el restaurante de Jessica, en las playas de Sapzurro</b>	<b>75</b>
<b>Foto 4: Juego de los migrantes nepalíes al lado de la casa de Migración Colombia</b>	<b>77</b>
<b>Foto 5: Gorra de Disney, de las Avispas Negras</b>	<b>85</b>
<b>Foto 6: Migrantes cubanos rumbo a la selva del Darién después de la deportación, tomada por Andy</b>	<b>97</b>
<b>Foto 7: Partida de una panga en el Waffe</b>	<b>107</b>
<b>Foto 8: Procesión por la muerte de Diomedito en Turbo</b>	<b>110</b>
<b>Foto 9: Desayunos donados por los presos de la cárcel de Turbo a los migrantes</b>	<b>121</b>
<b>Foto 10: La reina de Turbo de regreso a su barrio</b>	<b>134</b>
<b>Foto 11: Asentamiento de migrantes cerca del barrio Obrero</b>	<b>135</b>

*When thinking leads to the unthinkable, it is time to return to simple life. What thinking cannot solve, life solves, and what action never decides is reserved for thinking. If I ascend to the highest and most difficult on the one hand, and seek to eke out redemption that reaches even higher, then the true way does not lead upward, but towards the depths, since only my other leads me beyond myself. But acceptance of the other means a descent into the opposite, from seriousness into the laughable, from suffering into the cheerful, from the beautiful into the ugly, from the pure into the impure.*

*C. G. Jung. The Red Book Liber Novus*

*Tío, ya sé cuál es el número infinito.*

*¿Cuál, Martín?*

*El uno*

*¿Por qué?*

*Porque todo vuelve a empezar.*

## 1. Introducción

“Migrantes ilegales en Europa”. Pensemos en la oración. Pensemos en la imagen que genera: crisis, naufragios, vulnerabilidad, expulsiones, muertes, “ilegalidad”. Desde 2015, cuando la escena de inmigrantes ahogándose en el Mediterráneo se hizo viral, se ha reforzado el imaginario de un migrante pobre, ajeno a la “cultura europea”, sin futuro, indocumentado, no merecedor de derechos. De ahí a que noticias recientes como “20.000 inmigrantes que intentan cruzar hacia Europa serán evacuados”<sup>1</sup>, pasen desapercibidas, como procesos “normales”.

Enero de 2018: "Al menos 25 personas han perdido la vida frente a las costas de Libia. En el bote viajaban unos 150 refugiados"<sup>2</sup>. La noticia, publicada el día en el que estoy escribiendo este texto, dice que "los guardacostas italianos recuperaron ocho cadáveres". El migrante, desde estos reportes, queda reducido a un sujeto sin rostro, ahogado, deshumanizado. Estas noticias aparecen con frecuencia y el flujo migratorio es latente. La Organización Internacional para las Migraciones (OIM), por ejemplo, registró 535.139 solicitudes de refugio de migrantes entre 2016 y 2017.

En el momento actual, esta imagen del migrante se ha ido posicionando en el inconsciente colectivo: migrantes procedentes de África, Asia y Oriente Medio ahogándose en el Mediterráneo tratando de llegar a Europa. La cifra no ha variado en los últimos cuatro años: en promedio, anualmente se ahogan 3.000 migrantes en el Mediterráneo, según cifras de la OIM, una entidad que ha admitido que en sus cifras puede existir un importante subregistro.<sup>3</sup>

El problema se ha reducido a la estadística. De ahí que, por ejemplo, gobiernos europeos busquen disminuir la cifra del número de ahogados, no de cambiar las políticas públicas o las condiciones que convierten a una persona que migra en “irregular”. De 116.632

---

<sup>1</sup> Ver en <http://www.elmundo.es/internacional/2017/12/07/5a28ff8022601d3f198b45d2.html>

<sup>2</sup> Ver en <http://www.hispantv.com/noticias/libia/364802/muertos-naufragio-mediterraneo-migrantes-2018>

<sup>3</sup> Ver en <https://www.iom.int/news/migrant-drownings-top-3000-4th-straight-year-despite-reduced-migrant-crossings-mediterranean>

migrantes que migraron hacia Italia entre enero y noviembre de 2017, 2.03 murieron: 61 en Grecia y 169 en España. Dejando de lado el foco europeo, las cifras de la OIM revelan que 5,124 migrantes murieron en sus trayectos migratorios durante 2017. Un número cuya principal función es mostrar un mundo desconocido: "sin duda, hay cientos de casos que no han sido registrados", dice la OIM.

La Oficina Europea de Estadística (Eurostat) reveló que la mayoría de migrantes provenían de países en conflicto: Siria, Irak, Afganistán, Kosovo, Pakistán, entre otros. En un estudio publicado en diciembre de 2017, la misma fuente señala que, después de 2012, el número de solicitudes de asilo pasó de 431.000 a 1,3 millones en 2016. El 27.8% de los solicitantes provenían de Siria, el 15% de Afganistán y el 11% de Irak. Todos países con conflictos internos (Eurostat, 2017, p.27).

Esas cifras esconden un contexto de políticas públicas enfocadas en la segregación, en una cadena de exclusiones que afectan a todas las fronteras del mundo. Es por eso que, así no sea muy mediático, en las fronteras colombianas sean deportados constantemente ciudadanos cubanos, africanos, pakistaníes, nepalíes, chinos... La construcción del "migrante ilegal", o en el mejor de los casos "migrante irregular"; no solo es visible en las fronteras europeas. Cúcuta, Ipiales, Turbo y San Miguel, todos municipios colombianos de frontera, son un espejo y a la vez un contraste de lo que sucede en las fronteras más movidas del mundo.

Lo que ha sucedido con los inmigrantes en Turbo (Antioquia) mereció la atención de los medios de comunicación y del Gobierno en julio de 2015. Fue entonces cuando, de repente, apareció una bodega en donde vivían cerca de 400 migrantes provenientes de Cuba. En los alrededores de esta bodega había cerca de 3.000 cubanos. Estaban allí, estancados, por el cierre de la frontera de Panamá para migrantes irregulares, decretada el 9 de mayo por el presidente Juan Carlos Varela. Antes, los migrantes podían pasar de Colombia hacia Panamá con un salvoconducto otorgado por Migración Colombia<sup>4</sup>. Las autoridades panameñas hacían

---

<sup>4</sup> De acuerdo con la Cancillería colombiana, "el salvoconducto es el documento de carácter temporal que expide la Unidad Administrativa Especial Migración Colombia al extranjero que así lo requiera, bajo determinadas circunstancias. El extranjero presente en Colombia, cuya visa haya expirado y a quien, por

lo mismo: les entregaban un documento de estadía temporal para que continuaran hacia Costa Rica.

No obstante, el gobierno panameño decidió dejar de otorgar este beneficio de tránsito por la cantidad de migrantes que estaban pasando por la frontera con Colombia. En julio de 2015, el Servicio Nacional de Fronteras (Senafrent), reportó la llegada de en promedio 180 cubanos al corregimiento de Puerto Obaldía, ubicado en la costa Caribe de Panamá. Este corredor, también codiciado por narcotraficantes, estaba desbordando la capacidad de control de las autoridades panameñas. Así las cosas, los migrantes se vieron estancados en la frontera colombiana, pues el salvoconducto que les entregaba Migración Colombia no servía para continuar hacia Panamá. En líneas generales se presentó un efecto dominó de políticas restrictivas desde Estados Unidos, pasando por Costa Rica, Panamá, Colombia y Ecuador.

Que en Turbo se asentaran cubanos, africanos, brasileños, haitianos, pakistaníes, entre otros, reflejaba unas dinámicas migratorias poco conocidas en Colombia, relacionadas con la globalización. De hecho, los estudios de las migraciones en el mundo se han ramificado de una forma vertiginosa en el siglo XXI. El contexto de la globalización económica ha impulsado en mayor medida la migración laboral entre países periféricos hacia Europa y Norteamérica. Además de esta dinámica, el desarrollo tecnológico, anclado a nuevas aspiraciones generacionales, ha permitido que el planeta esté conectado de diferentes maneras: existe más movilidad estudiantil, las redes familiares en diferentes países se han fortalecido y las rutas para escapar de regímenes políticos en conflicto se han diversificado.

A comienzos del siglo XX, la academia centró sus estudios sobre migraciones en los territorios de origen o destino. En un espacio gris quedaron aquellos lugares que son de paso obligado para los migrantes. Por ejemplo, Dakar, en Senegal, o Turquía, en Oriente Medio. Estos territorios en mención constituyen lugares transitorios para los migrantes. Si bien investigaciones recientes han puesto los reflectores sobre estas “zonas intermedias”, el estudio en Latinoamérica sigue centrándose, principalmente, en el análisis centro-periferia.

---

razones de fuerza mayor se le haya otorgado un salvoconducto, podrá solicitar prórroga al mismo explicando las razones de fuerza mayor persistentes que le impiden realizar el trámite de visa”.

Existen lugares de paso que no han sido explorados a profundidad por los investigadores. Tal es el caso de Guyana, país clave y transitorio para los migrantes cubanos. También está Ecuador, país que bajo el mandato de Rafael Correa intercaló políticas represivas con otras consideradas como “abiertas” hacia la migración, lo que aumentó el flujo de extranjeros. Pese a que muchos cubanos estaban llegando a Ecuador para subir a Colombia y después cruzar a Panamá, desde el 31 de diciembre de 2015 el gobierno ecuatoriano le solicita visa a los migrantes cubanos, lo que ha generado nuevas rutas (más peligrosas) para los ciudadanos que salen de ese país.

La frontera entre Colombia y Panamá es otro lugar de paso obligado para miles de migrantes en el mundo, pues conecta a Suramérica con Centroamérica. Hasta el momento, el estudio más conocido sobre la frontera entre estos países fue publicado por la OIM en 2013: “Migrantes Extracontinentales en Sudamérica”. Según el documento, en América Latina y el Caribe, entre 2000 y 2010, los flujos migratorios superaron los 11 millones de personas (OIM, 2013, p.12). El estudio muestra una de las rutas que utilizan los migrantes cubanos que pasan indocumentados hasta Estados Unidos: “Muchos de los cubanos primero llegan a Ecuador, donde no precisan visa, y desde allí continúan su viaje por Colombia, Centroamérica y México con rumbo hacia los Estados Unidos” (OIM, 2013, p.15).

Además del flujo migratorio de ciudadanos cubanos, la OIM asegura que se ha establecido una nueva tendencia de migraciones provenientes de África y Asia Central. Los solicitantes de asilo en Colombia provenientes de África “pasaron de 6 en el 2006 a 258 en 2009”. Pese a que estas cifras no dan cuenta de la dimensión que tiene la migración irregular en Colombia, sí da algunas luces sobre el tránsito de migrantes en el país. El episodio de los cubanos en Turbo fue un hecho que permitió ahondar en un tema hasta el día de hoy ignorado por el Estado: la migración de ciudadanos indocumentados en el país; su llegada, las condiciones de los pasos fronterizos, las políticas y acciones de las instituciones estatales y locales.

Este trabajo, además de explorar la construcción de frontera desde las políticas públicas, apunta a una comprensión de la frontera desde la construcción de redes sociales con

la población local. La mayoría de las cifras de ingreso y salida en la frontera con Panamá son recolectadas en un pequeño muelle, donde la conexión a Internet es intermitente. Se llama “El Waffé” y está ubicado en el municipio de Turbo (Antioquia), un lugar que no aparece como referente migratorio en las agendas informativas, sino que aparece como un territorio en conflicto, con la presencia de grupos armados. Un edificio de una sola planta, tres locales comerciales, cinco funcionarios, un puesto de Policía y cerca de 50 sillas; a eso se reduce uno de los puertos más transitados en Colombia. Según la Alcaldía de Turbo, en promedio pueden pasar 40 migrantes diarios por ese muelle. La mayoría de embarcaciones salen hacia Capurganá y Sapzurro, en el departamento de Chocó. Desde esta región los migrantes pueden cruzar la selva del Darién para continuar su trayecto por Panamá hacia Estados Unidos.

Antes de “cerrar la frontera para irregulares”, el gobierno de Panamá decidió trasladar un total de 3.995 migrantes cubanos hasta México, país que aceptó esta propuesta argumentando razones humanitarias. Los migrantes cubanos buscan llegar a Estados Unidos para acogerse a la Ley de Ajuste Cubano, vigente desde 1996. Esta norma le permite a los ciudadanos cubanos beneficios migratorios, como la no deportación, tan pronto pisan suelo estadounidense.

A finales de julio, la Alcaldía de Turbo declaró “calamidad pública” en el municipio por las condiciones en las que estaban viviendo los 3.000 migrantes provenientes de Cuba que tenían su paso cerrado en Panamá. De esos 3.000, cerca de 400 cubanos se encontraban hacinados en una bodega de 15 por 20 metros cuadrados. Los demás improvisaron pequeñas casas construidas con madera y plástico alrededor de la bodega. Solicitaron, como lo hicieron con Panamá, un puente aéreo para viajar hasta México, opción que fue rechazada por el Gobierno colombiano, el cual optó por presionar la salida de extranjeros a través de deportaciones.

Este episodio puso a prueba no solo la respuesta del Gobierno colombiano y su coherencia con la política migratoria vigente. Para los pobladores de Turbo, la llegada masiva de cubanos constituyó una experiencia atípica. Las organizaciones que tienen como misión proteger los derechos humanos, como la Agencia de la ONU para los Refugiados (Acnur) y

la Defensoría del Pueblo, también tuvieron un reto importante. Ante la amenaza de deportaciones masivas, la Defensoría alertó que la medida no era la adecuada teniendo en cuenta que de 1.237 cubanos que había contabilizado a finales de julio, alrededor de 300 eran menores de edad. Además, reportó 11 mujeres gestantes y 24 personas con necesidades urgentes de atención en salud.

Ante esta situación, la Cancillería colombiana optó por advertirle a los migrantes irregulares que, en caso de no abandonar el país, serían deportados. El 6 de agosto, el gobierno le notificó a los migrantes que tendrían dos opciones: acercarse a las oficinas de Migración Colombia para solicitar un salvoconducto y salir del país por su propia cuenta o ser deportados a Cuba a través del uso de la fuerza. Para el 10 de agosto, la bodega de Turbo estaba vacía. Del total de migrantes, 1.540 se acogieron a la opción de recibir un salvoconducto, regresando a Ecuador o intentando cruzar a Panamá por la espesa selva del Darién. En el transcurso de esa semana, Migración Colombia deportó a 14 cubanos por la vía aérea.

El Gobierno dio como “resuelto” este episodio migratorio cuando no quedaron rastros de cubanos en los barrios de Turbo. La orden, desde entonces, ha sido entregarle salvoconductos a los migrantes indocumentados para que crucen en el menor tiempo posible la frontera con Panamá, donde deben enfrentar otra serie de dificultades. No obstante, en el episodio migratorio de Turbo, catalogado como “calamidad pública”, confluyeron diferentes problemas. Quedó en evidencia, por ejemplo, la respuesta represiva por parte de Migración Colombia, entidad que catalogó a los migrantes como “ilegales”. Ante esta visión se opuso la Alcaldía de Turbo, la Defensoría del Pueblo y la Iglesia Católica, entidades que solicitaron en repetidas ocasiones el respeto de los derechos humanos de los migrantes.

En un plano subjetivo, los migrantes que cruzaron denunciaron “abusos del Estado” y establecieron una resistencia frente a las posibles deportaciones. Resistencia en la que surgieron rasgos de resiliencia frente a un contexto adverso. El hecho de que cerca de 1.500 migrantes se atrevieran a cruzar durante cinco días la selva del Darién dio luces sobre la

capacidad de enfrentar situaciones de suspensión, en donde el migrante queda desposeído de sus derechos, en un punto intermedio entre el lugar de origen y destino.

El caso de los migrantes cubanos hizo evidentes las redes familiares y migratorias que sustentan los procesos migratorios. Muchos contaban con amigos en Centroamérica o Estados Unidos que les daban indicaciones sobre cómo continuar el trayecto. Muchos venían preparados y, antes que nada, sabían que en una selva como el Darién, donde ha existido presencia de grupos armados, debía existir la solidaridad. De hecho, fue justamente el común acuerdo entre migrantes cubanos lo que obligó al Gobierno Nacional a volcar su atención, así fuera por unos meses, en Turbo.

\*\*\*

El presente trabajo tiene como propósito explicar tres dimensiones de la migración transfronteriza en Turbo: la política, la subjetividad y la solidaridad. Desde el ámbito político, se revisa cómo se ha posicionado jurídicamente el Gobierno colombiano en relación a las migraciones. En el segundo aspecto, la etnografía en Turbo expone trayectorias de vida de diferentes migrantes, haciendo énfasis en la capacidad de gestionar la migración y buscar salidas en momentos de suspensión. El tercer punto engloba conceptos como redes, hospitalidad y solidaridad, los cuales fueron apareciendo constantemente en la etnografía y fueron claves para la gestión de nuevos trayectos migratorios.

El primer capítulo se construyó a través de un seguimiento jurídico del caso de los migrantes cubanos. El episodio de la bodega no solo dejó en evidencia la premisa de migración selectiva que el gobierno sostiene, sino también su incapacidad para ejecutar las políticas públicas de los últimos 20 años en una situación particular de frontera. La medida de “deportación voluntaria” surgió de un vacío jurídico en la legislación sobre migración irregular. Fue, además, un efecto de la visión de “inseguridad” alrededor de la migración de indocumentados, materializada por Migración Colombia, una entidad que nació del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad).

La política migratoria colombiana, ambigua frente a la migración irregular, termina ejecutándose desde el Ministerio de Relaciones Exteriores y Migración Colombia – entidad adscrita al Ministerio – de una forma policial, relacionada con un discurso de amenazas y deportaciones. En Turbo, los funcionarios a cargo de reportar la situación migratoria y resolver la situación jurídica de los migrantes no tenían herramientas suficientes para atender los problemas de derechos humanos que generaba, por ejemplo, un represamiento. La atención de las necesidades básicas quedaba en manos de organizaciones internacionales o de algunos entes de la sociedad, como la Iglesia y las fundaciones.

En el primer capítulo se hace una revisión de la política migratoria colombiana, teniendo en cuenta sus efectos prácticos en entidades específicas, como Migración Colombia. Después de hacer un recorrido histórico sobre las políticas públicas relacionadas con la migración se analizan los efectos de las mismas en el contexto de Turbo, donde incluso falleció una mujer haitiana por la ausencia de un servicio efectivo y preventivo de salud. Ante la ausencia de una política enfocada en los derechos humanos para los migrantes indocumentados, la solidaridad y la búsqueda de derechos se construye en la cotidianidad de Turbo y en las acciones directas de las instituciones locales.

En su diseño, la política migratoria colombiana está en la misma línea de algunos acuerdos internacionales, como el Plan Global de lucha contra la inmigración ilegal y con lo estipulado por la Agencia Europea de Fronteras Exteriores (Frontex). Teniendo en cuenta las relaciones multilaterales de Colombia, no sorprende que adopte políticas de la Unión Europea. Estas naciones, como lo explica Naranjo, imponen “la gestión de migraciones como condición determinante para adoptar acuerdos económicos y comerciales” (Naranjo, 2014, p.19).

En el análisis sobre las políticas públicas aparecieron dos discursos institucionales que se cruzan cuando hay un migrante irregular de por medio. Por un lado están Migración Colombia y el Ejército, organismos que comparten una visión centrada en la premisa de “combatir el tráfico de migrantes”, la cual se materializa en medidas represivas como la deportación. Por otro lado están las instituciones locales – Alcaldía, Defensoría, Personería,

Secretaría de Gobierno – que sostienen un marco de acción frente a la migración ligado con las políticas públicas para las víctimas del desplazamiento forzado. La llegada masiva de migrantes, en lugar de generar una reacción represiva, fue una situación que las instituciones locales tramitaron como lo han hecho en décadas anteriores con la llegada de personas desplazadas por el conflicto armado en Colombia.

El segundo capítulo se centra en el acto de migrar en la frontera de Colombia con Panamá. Las trayectorias de vida de los migrantes no solo develan los países de origen o las causas de la emigración, también dan cuenta de aspectos puntuales en la experiencia de migrar. Quedó en evidencia la importancia de las redes sociales; los amigos, la familia, entre otras conexiones que permiten gestionar nuevas salidas en el laberinto de la migración irregular. En este apartado se hace alusión a dos casos específicos de migrantes cubanos suspendidos en Urabá, buscando salidas, contemplando la opción de quedarse, buscando interlocutores. Estas historias no solo dan cuenta de las dificultades para acceder a derechos universales, sino de la capacidad de los migrantes por establecer redes con la población local.

Las rutas migratorias y las nacionalidades de los migrantes también fueron útiles para entender algunas dinámicas globales concretas, como la migración haitiana en Brasil o la afluencia de habitantes de Nepal y Bangladesh en Turbo. En este capítulo se recopilan algunas historias y motivaciones que llevaron a los migrantes a pasar por Turbo. El contexto que dejaron entrever los grupos migratorios abrió nuevas interpretaciones que van más allá de la migración económica-laboral. La religión, ligada con las aspiraciones migratorias, apareció en el trabajo de campo, lo mismo la búsqueda de *aventuras* en los caminos inhóspitos de Suramérica.

Las redes migratorias también constituyen un elemento esencial. No solamente los ciudadanos cubanos atraviesan el muelle “El Waffe”; también pasan por allí migrantes provenientes de Nepal, Somalia, Pakistán, India, Etiopía, Haití, entre otros países. Estas dinámicas migratorias están dadas por redes que le permiten al migrante gestionar su trayecto. También resulta clave el rol de las familias en Estados Unidos y los conocidos que han pasado por el mismo camino.

En el tercer capítulo se hace énfasis en la relación entre la población local y los migrantes. La unión de los migrantes, su lucha política, fue respaldada por habitantes de Turbo. Las entrevistas fueron posicionando un tema que en un comienzo no estaba dentro de las pretensiones de análisis de este trabajo: entre la población local y los migrantes existía un marco de significado compartido, ligado con episodios de violencia, precariedad y resiliencia. Este marco, relacionado con el fenómeno del desplazamiento en Colombia, permitió la apertura de nuevos espacios de solidaridad, los cuales fueron esenciales para que los migrantes gestionaran la errancia.

Esta solidaridad, criminalizada por el Estado, también desligó por un momento a Urabá de las interpretaciones de violencia permanente y precariedad en todas las dimensiones de la vida cotidiana. Turbo, un municipio de tradición política liberal, ha estado en medio del conflicto armado entre guerrillas, Ejército y paramilitares en los últimos cincuenta años. La colonización de Urabá, acentuada en los años treinta por los proyectos agrícolas y extractivistas que allí se asentaron, fue el punto de partida de una disputa histórica por la tierra. La consolidación de los sindicatos bananeros en las décadas de los sesenta y setenta, como Sintrabanano, Sindejornaleros y Sintrago, reprimidos por las empresas bananeras y el Estado, desató una lucha que pasó a ser armada cuando grupos como el Ejército Popular de Liberación (EPL) y las Farc se unieron a las causas sindicales o entraron en la disputa por el territorio. Guerra que, con la aparición del paramilitarismo, alcanzó dimensiones nunca antes vistas, a tal punto que el 51,4% de la población de la región de Urabá – cerca de 356.690 personas – se encuentran registradas como víctimas del conflicto armado ante el gobierno.<sup>5</sup>

Diferentes investigaciones se han centrado en los efectos, tanto en la vida cotidiana como a nivel estructural, de la violencia en Urabá, un territorio que desde comienzos del siglo XX ha sido disputado por grupos armados y que en su momento fue un bastión del EPL, las Farc y finalmente de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Si bien existió y persiste una luchada armada en Urabá y, en consecuencia, en Turbo, las relaciones sociales no siempre están marcadas por el temor hacia el otro, por la desconfianza.

---

<sup>5</sup> Ver en <http://ipc.org.co/index.php/regiones/uraba-antioqueno/>

La relación que los migrantes establecieron con la población local tiene que ver con la migración misma, con esas conexiones que surgen en el trayecto y que se transforman en amistades, en relaciones familiares. Las redes migratorias muchas veces son espontáneas y se constituyen en las interacciones cotidianas, como sucede en Turbo. Puede ser en un restaurante, en una sala de espera o en la calle; en estos espacios de interlocución es en donde surge la hospitalidad. Es a través de estos cruces, asociaciones, flujos y redes que se desarrolla la subjetividad transnacional.

\*\*\*

El principal aporte teórico de este trabajo surge de la relación de solidaridad construida entre los migrantes y las comunidades locales de Turbo. La narrativa académica alrededor de las migraciones irregulares suele profundizar en aspectos de vulnerabilidad durante el trayecto migratorio, así como en otros relacionados con la “asimilación” de nuevas culturas, las dificultades y los obstáculos que aparecen cuando alguien se marcha de su país. No obstante, en el análisis de la *errancia* migratoria en Turbo nos encontramos con características como la hospitalidad, la cual surgió en un marco de significado compartido entre población local, la mayoría víctima de la violencia, y los migrantes.

En este punto vale la pena detenerse para definir algunos aspectos de la *errancia*, concepto que va más allá de la suspensión e implica, entre otros, estados de aventura, aceleración y fantasía. El concepto surge en un contexto migratorio donde, con el capitalismo como eje estructurante, se cree en un futuro donde la calidad de vida es "mejor" pero no se materializa (Echeverri, 2012, p.5). La *errancia*, como categoría analítica, permite estudiar la relación entre las redes y la subjetividad. De acuerdo con Pauline Carnet, las redes le permiten al migrante “gestionar la *errancia*”. Contrario a lo que se ha propuesto sobre la incertidumbre en los trayectos, Carnet dice que “los migrantes clandestinos no circulan ‘a ciegas’, sino que, al contrario, su circulación es el resultado de las informaciones que recogen en diferentes lugares y de las elecciones que hacen” (Carnet; 2012, p.35). En las fronteras hostiles, los migrantes suelen establecer redes de solidaridad.

El otro eje de análisis, la subjetividad, se entendió a partir de su relación con el Estado y las autoridades que intervienen en el proceso migratorio. Además del nivel psicológico de la migración, en donde se puede analizar el desarraigo, la resiliencia, la desterritorialización, existe otro nivel en donde el Estado, a través de las fronteras, puede negar derechos, cerrar accesos y desacelerar el proceso migratorio. En este escenario se presenta, como dicen De Genova, Mezzadra y Pickles, “tensiones entre acceso y negación, movilidad e inmovilización, disciplina y castigo, libertad y control” (De Genova, Mezzadra y Pickles, 2015, p. 2).

En las rutas de escape vemos, por lo menos, un intento por subvertir la representación que en un momento le ha sido asignada al migrante. A través de las fantasías, que en la mayoría de los casos se convirtieron en travesías, el migrante crea nuevas experiencias configuradas en un orden (por lo menos así se puede ver en un primer momento) que no está controlado o bloqueado. Para explicar este punto vale la pena mencionar lo que se entiende en este trabajo por “políticas externas” (Outside politics): “Es una forma de escapar de la fuerza represiva de las políticas contemporáneas. Es una forma de cambiar nuestros sentidos, nuestros hábitos y nuestras prácticas en orden de experimentar caminos con aquellos que están por fuera, en lugar de buscar incluirlos en nuestro actual régimen de control” (Papadopoulos, Stephenson, Tsianos, 2008, 70).

El migrante transnacional define su “modo de estar en el mundo” de acuerdo con el contexto de tránsito. La subjetividad es procesual y se desarrolla en una construcción diaria de tiempos simultáneos. El migrante dibuja territorios subjetivos y se comunica al mismo tiempo con su familia, amigos, personas de su país, migrantes que se encontró en el camino, cruzando esferas nacionales y culturales. “Esa misma experiencia transnacional produce disidencia, y es ahí cuando emerge una subjetividad transgresora” (Costa, 2016, p.88).

En Urabá, más allá de la violencia permanente en la vida cotidiana, se han construido espacios que podríamos denominar transgresores, pues a través de la solidaridad y la hospitalidad se redefinen conceptos impuestos desde el centro, como “migración irregular” o “migración ilegal”. La construcción del *chilango*, como le dicen a los migrantes en Turbo, pasa por una relación cotidiana entre el poblador local y los migrantes, donde el otro no es

un sujeto carente de derechos, sino que es un interlocutor válido, alguien que puede ser escuchado, alguien con quien se puede tender un lazo de amistad o, como lo demuestra el caso de Andy, uno de los protagonistas de este trabajo, alguien de quien enamorarse.

Esta construcción del *chilango* es amparada por las prácticas de algunas instituciones locales, pues ante el fenómeno migratorio de 2015 reaccionaron bajo un marco de acción de atención a víctimas, no bajo medidas represivas. La etnografía tomó un viraje cuando la personera de Turbo, Karen Janeth Gamboa, me dijo que no sabía qué era un “migrante irregular” o un “migrante ilegal”, sino que sabía quiénes eran los *chilangos*; esos extranjeros que pasaban uno o dos días en Turbo, que a veces se hospedaban en casas de familia y que, como las personas en situación de pobreza, entienden desde la experiencia qué es la vulnerabilidad.

La ausencia estatal en Turbo fue determinante para que la relación intersubjetiva en la frontera no estuviera necesariamente mediada por las condiciones del Estado, con las cuales buscan desacelerar los trayectos migratorios, interrumpirlos. Por otro lado, es cierto que como los grupos paramilitares se han adueñado de espacios cotidianos en el Urabá antioqueño – y sin duda representan un peligro para los migrantes –. No obstante, los habitantes, desde sus prácticas diarias, hicieron sentir al migrante, en varias ocasiones, como un sujeto de derechos, con garantías de supervivencia.

La deshumanización del migrante irregular por parte del Estado se construye de la misma manera en la que se ha reducido a la población desplazada a sujetos olvidados, sin capacidades (Castillejo, 2016). Ubicados en la periferia social, sin acceso a la ciudadanía, deshistorizados, los migrantes y las víctimas del conflicto armado comparten un marco de significado que trasgrede las interpretaciones del Estado, que se rebela ante él. De ahí a que en este trabajo aparezcan escenas como la de una “fuga” de una pareja de novios; la mujer, cubana, el hombre, colombiano. El punto de llegada: indefinido, construido por redes de personas que van más adelante.

Sentado en el Waffé desde las 6 de la mañana durante un mes pude comenzar a recopilar ese tipo de historias. En la medida en que pasaba el tiempo se iban derrumbando

las tipificaciones que existen alrededor de los migrantes irregulares en el Urabá. Tipificando al migrante como irregular, éste se iba convirtiendo en invisible, se fundía con el grupo en una cadena de representaciones, como sucede con los desplazados (Castillejo, 2016). Sin embargo, la situación de no ser reconocibles frente al Estado se subvertía en las relaciones cotidianas.

La metodología de esta etnografía partió de la interpretación que hizo Paul Rabinow de una frase de Paul Ricoeur: "la comprensión del yo pasando por el desvío de la comprensión del otro" (Rabinow, 1992, p.19). En las últimas décadas, la antropología como disciplina ha replanteado el trabajo de campo y la observación participante. Teniendo en cuenta aportes de teóricos como Weber, Schütz, Gadamer y Husserl, la etnografía profundizó aspectos intersubjetivos en el trabajo de campo. Ante un mundo dotado de significado, el investigador construye realidades a partir de su experiencia vivida; realidades que son necesarias hacerlas explícitas en el proceso de teorización, de tal manera que no solo la experiencia del otro – mediada por el investigador – sea visible.

Como periodista, estudiante de Antropología, *roló*<sup>6</sup> y desconocido en Urabá, mi trabajo de campo estuvo marcado por diferentes *quiebres*, momentos que alentaron distintos cuestionamientos sobre mi comprensión de la realidad. Un proceso que se enmarca en lo que Bourdieu llama reflexividad:

“Entendida como el trabajo mediante el cual ciencia social, tomándose a sí misma como objeto, se sirve de sus propias armas para entenderse y controlarse, es un medio especialmente eficaz de reforzar las posibilidades de acceder a la verdad reforzando las censuras mutuas y ofreciendo los principios de una crítica técnica, que permite controlar con mayor efectividad los factores adecuados para facilitar la investigación. No se trata de perseguir una nueva forma de saber absoluto, sino de ejercer una forma específica de la vigilancia epistemológica, exactamente, la que debe asumir dicha vigilancia en un terreno en el que los obstáculos epistemológicos son, de manera primordial, obstáculos sociales” (Bourdieu, 2003, pp. 154-155).

Para este trabajo de campo se trazó una metodología cualitativa, basada en la experiencia etnográfica y en entrevistas semiestructuradas. La observación de los itinerarios

---

<sup>6</sup> Denominación a las personas que nacieron o viven en Bogotá.

migratorios en el muelle de Turbo y sus alrededores, así como los diálogos con funcionarios de Migración Colombia, fueron claves en el marco metodológico. El diario de campo, más que una bitácora, se convirtió en una guía que mostraba, paso a paso, cómo fue cambiando la concepción inicial de la migración en Turbo. Además de las entrevistas, en el transcurso del trabajo de campo se presentaron diálogos espontáneos con la población local, los cuales, como se mostrará más adelante, fueron importantes para entender ese tejido espontáneo de relaciones sociales con los migrantes.

De los quiebres de significado en el trabajo de campo surgió la categoría *chilango*, eclipsando otras como migrante irregular o indocumentado. También fue posible resignificar categorías extranjeras como “coyote”, la cual se redefine en las calles de Turbo y se inserta en la violencia permanente, en la violencia entre grupos armados. “A los chilangos los ayudamos si podemos, ellos han sufrido como nosotros”, esta frase, pronunciada por una líder comunal de Turbo, fue la inspiración para desarrollar el trabajo que se lee a continuación.

## **Capítulo 1. Migración irregular, un fenómeno incomprendido por el Estado colombiano.**

*"...Aquellos que nombran lo que no puede ser llamado,  
Quienes rompen las fronteras y hacen saltar los cerrojos, funden caminos entre el camino,  
Van más allá"*  
*Alí Áhmed Said -Adonis-*

Las migraciones en la frontera entre Colombia y Panamá se han desarrollado al margen de la presencia del Estado colombiano. El Urabá antioqueño y la región norte del Chocó, limitantes con Panamá, han sido territorios históricamente en disputa por los grupos armados, incluyendo a la guerrilla de las Farc, al ELN y a las Autodefensas, cuyos reductos se han reconfigurado bajo el nombre de ‘Clan del Golfo’. Esta condición, sumada a otras relacionadas con la debilidad institucional a nivel del Gobierno central, ha eclipsado los flujos migratorios y la precariedad de las poblaciones que habitan en la frontera.

El propósito de este capítulo consiste justamente en describir, desde la experiencia etnográfica y la antropología de las políticas públicas, las dificultades que tienen que sortear los migrantes ante una ausencia del Estado que se materializa en políticas contradictorias, desconexión interinstitucional, fragilidad en los sistemas de protección y persecución de la población migratoria.

Esta región fronteriza acaparó la atención de los medios de comunicación en julio de 2015. Fue entonces cuando se hizo evidente el flujo masivo de migrantes en la zona. Tras el cierre de la frontera para migrantes irregulares, decretada el 9 de mayo por el presidente de Panamá, Juan Carlos Varela, se presentó una especie de “represamiento” en Turbo. La

situación llegó a tal punto que 1.300 migrantes cubanos se trasladaron a vivir en una bodega prestada por la comunidad. En los alrededores de este albergue improvisado se asentaron cerca de 3.000 cubanos<sup>7</sup>. El episodio no solo reveló un flujo incesante que estaba pasando desapercibido; también demostró la ausencia de políticas públicas enfocadas a intervenir la migración irregular.

¿A dónde llegan los migrantes indocumentados cuando están en Turbo?, ¿Existe un lugar como el Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI) de España – el cual es concebido como un supuesto dispositivo de primera acogida y prestación de servicios básicos—?

Estas fueron dos de las primeras preguntas que surgieron cuando conocí el suceso. Los reportes de los medios de comunicación mostraban a cientos de familias cubanas durmiendo en el suelo, en carpas improvisadas o en los pasillos de casas de familia. La Iglesia fue la primera organización que hizo presencia en el lugar, entregando víveres y frazadas. Más tarde llegarían otras entidades, como Migración Colombia, la Defensoría del Pueblo y la Cruz Roja.

La entidad encargada de “ejercer el control como autoridad migratoria” en el país es Migración Colombia, adscrita al Ministerio de Relaciones Exteriores. En Antioquia y Chocó tienen cuatro Puestos de Control Migratorio, ubicados en Turbo (Antioquia), Capurganá (Chocó), Juradó (Chocó) y Bahía Solano (Chocó). Estos puestos están estratégicamente ubicados, pues de acuerdo con las trayectorias migratorias que han logrado detectar en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en la Organización Internacional de Migraciones

---

<sup>7</sup> Ver en <http://www.elcolombiano.com/antioquia/calamidad-publica-en-turbo-por-migrantes-cubanos-CL4629073>

(OIM), después de llegar a Ecuador los migrantes continúan su ruta por Nariño, Valle del Cauca, Antioquia y Chocó hasta llegar a Panamá. Es por esta razón que Migración Colombia tiene puestos de control en todos los puntos mencionados. El paso más concurrido es el de la selva del Darién, el cual, si es cruzado con éxito, permite que los migrantes se conecten con la vía Panamericana en Panamá, carretera clave para continuar el camino por Centroamérica hacia Estados Unidos. En Capurganá, punto de entrada de la selva del Darién, está ubicado uno de los puestos de control de Migración Colombia.



Mapa 1: Puestos de control migratorio instalados por el Ministerio de Relaciones Exteriores  
Elaboración propia con Google Maps.

Así estén estratégicamente ubicados, los Puestos de Control Migratorio se limitan al registro de migrantes. Cuando llega un migrante indocumentado, la entidad entrega un salvoconducto por cinco o 15 días, dependiendo de las circunstancias, para que la persona abandone el país. En Turbo, el puesto de control es apenas visible. Es una casa blanca, ubicada en una esquina, a unas cinco cuabras del muelle principal. Adentro, una recepción, unas sillas de espera y dos oficinas. Usualmente trabajan cinco funcionarios. No hay espacios para los migrantes ni es permitido que pasen la noche en el lugar. Tampoco brindan servicios de salud o primeros auxilios.



Foto 1. Oficinas de Migración Colombia en Turbo. Crédito: Santiago Valenzuela.



Foto 2. Cambuches improvisados en donde los migrantes cubanos vivieron durante tres semanas y, en algunos casos, un mes. Crédito: Cortesía de un migrante cubano.

El episodio del “represamiento” de cubanos en Turbo develó que la confusión sobre cómo enfrentar la situación se extendía al nivel central de la institucionalidad, es decir, hasta las oficinas de la Cancillería en Bogotá. El Ministerio de Relaciones Exteriores mantuvo diferentes discursos. En un comienzo, la ministra María Ángela Holguín se mostró renuente a establecer un diálogo con los migrantes cubanos, entre otras razones, porque la mayoría pedía un vuelo directo hasta México<sup>8</sup>. La respuesta, por el contrario, fue establecer plazos para que los migrantes abandonaran el país “voluntariamente”. La siguiente opción, como lo hizo público Migración Colombia, serían las deportaciones<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> Ver en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16615410>

<sup>9</sup> Ver en <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-16654658>

La amenaza de deportación puso en entredicho la legislación colombiana en relación a los migrantes irregulares. El contrapeso a las decisiones del Ministerio de Relaciones Exteriores estuvo en manos de entidades como la Defensoría del Pueblo, la Alcaldía de Turbo y la Iglesia. Los derechos humanos de los migrantes fueron el principal argumento para que se opusieran a las medidas adoptadas por el Gobierno Nacional. La discusión, sin embargo, terminó evidenciando la ambigüedad de la legislación colombiana en materia de migraciones.

### **1.1 ¿Cómo analizar las políticas públicas a la luz de la Antropología?**

Antes de estudiar la legislación colombiana en materia migratoria, vale la pena señalar cuáles son los desarrollos y aportes que se han presentado desde la antropología para analizar tanto las leyes como las políticas públicas. Uno de los aportes más reconocidos en la academia en esta materia es la corriente de *Anthropology of Policy*, desarrollada por Chris Shore y Susan Wright en 1997. A partir de un enfoque metodológico cualitativo, los autores propusieron no solo revisar los discursos que esconde cada política pública, sino los sujetos que están encargados de estructurarlas de manera “neutral” y, por otro lado, de las instituciones que tienen el deber de implementarlas.

El análisis de las políticas públicas a la luz de las ciencias sociales ha cobrado especial relevancia en las últimas décadas. De fondo se encuentra una razón central: en los Estados modernos, las políticas públicas son utilizadas como instrumentos de organización de las sociedades contemporáneas (Gil Araujo, 2006 p.70). Es a través de las políticas públicas que los Estados establecen categorías y roles específicos para los sujetos. Un ejemplo vendrían siendo los inmigrantes, quienes tienen un margen de acción limitado de acuerdo con los lineamientos de cada Estado.

Teniendo en cuenta la importancia de las políticas públicas en la interiorización de comportamientos y roles por parte del sujeto, Shore y Wright proponen un análisis de las mismas ahondando en conceptos como institución, ideología, conciencia, normas, poder, retórica, discurso, interpretación y sentido. A través de estas herramientas conceptuales, el análisis antropológico puede dar luces sobre cómo las políticas públicas reconfiguran las relaciones entre el sujeto y el Estado. Las políticas públicas, como lo aseguran Shore y Wright, no solo imponen condiciones, también influyen en las conductas de las personas. En síntesis, afectan directamente la agencia y la subjetividad del individuo.

Una mirada antropológica a las políticas públicas no solo se limita al análisis de los modos de gobierno, sino que siguiendo un enfoque foucaultiano, incluye las redes y las relaciones entre discursos, actores e instituciones para comprender al sujeto. Como lo explica Gil Araujo, “las políticas públicas suelen contener concepciones sobre los objetos de su intervención, propuestas normativas y fines que se pretenden alcanzar (bienestar público, sociedad cohesionada, educación intercultural, participación ciudadana, inserción laboral) e imágenes sobre las sociedades en las cuales se elaboran” (2006, p.72).

Las políticas públicas no son neutrales. En sus formulaciones subyacen presunciones sobre el deber ser de las cosas. Términos como “migrante ilegal”, “migrante irregular” o “migrante indocumentado” agrupan diferentes visiones no solo sobre la migración, sino sobre el discurso de seguridad y soberanía que asume cada nación. En este orden de ideas, Shore y Wright proponen leer las políticas públicas como textos culturales, en donde unas voces prevalecen más que otras y se privilegian ciertos tipos de discursos. De esta manera, las políticas pueden representar un espacio para comprender las relaciones de poder entre política, subjetividad y gobierno.

Existen algunas posturas teóricas que, en lugar de otorgarle relevancia a las políticas públicas, hacen énfasis en el proceso de globalización y desterritorialización de las subjetividades. Arjun Appadurai, por ejemplo, ha demostrado que categorías como identidad ya no están necesariamente sujetas a límites geográficos o a un Estado en particular. Las aspiraciones individuales, por ende, pierden conexión con el Gobierno. No obstante, este marco social obliga a los Estados a fortalecer la “identidad nacional” a través de diferentes mecanismos, como el énfasis en la “soberanía” y en la formulación de políticas migratorias restrictivas.

La identidad nacional ha sido utilizada por algunos gobiernos para legitimar prácticas administrativas que "regulan la vida cotidiana de cada ciudadano" (Gil Araujo, 2006, p. 73). Las políticas públicas evidencian nuevas concepciones sociales, como mayoría moral, capitalismo popular, ciudadanía activa, soberanía del consumidor, entre otras. En relación a la migración, las políticas públicas son determinantes para reproducir fronteras, sociales, culturales, económicas y espaciales. Con este instrumento, el Gobierno decide, con apariencia de “neutralidad”, a qué migrantes “integra”, a cuáles no y qué margen de acción tiene cada extranjero en su territorio.

En las políticas europeas es evidente, por ejemplo, que la Unión Europea formula las políticas relacionadas con la migración en relación a la desterritorialización de la soberanía, influyendo en las fronteras de países vecinos, principalmente de África (Papadopoulos, Stephenson y Tsianos, 2008, p.173). Más que un asunto regional, la política internacional relacionada con la migración irregular le apunta al establecimiento de controles globales de la migración a través de acuerdos con diferentes países, tanto de origen como de destino. Estos nuevos controles se transforman en políticas de seguridad escasamente analizadas y

operadas por instituciones que funcionan al margen de una negociación pública con la ciudadanía.

En Colombia, los documentos Conpes (Consejo Nacional de Política Económica y Social) son utilizados frecuentemente para formular políticas públicas. En materia migratoria, el Conpes 3603 de 2009 crea la Política Integral Migratoria (PIM). El análisis de estos documentos permite, por ejemplo, indagar quiénes los escribieron, qué relaciones de poder tienen y qué argumentos presentan para presentar una forma “idónea” de “afrontar” esa “problemática” que representan las migraciones. Como tecnología de gobierno, las políticas públicas también son mecanismos “a través de los cuales distintas clases de autoridades buscan conformar, normalizar, guiar e instrumentalizar las aspiraciones, pensamientos y acciones de los otros, con el objetivo de alcanzar los fines que consideran deseables” (Gil Araujo, 2006, p. 75).

Para analizar la legislación colombiana a la luz de la metodología de *Anthropology of Policy*, es pertinente tener en cuenta los siguientes elementos: documentos históricos, como leyes, decretos y actas; entrevistas a funcionarios y formuladores de políticas públicas y marcos normativos y de gestión del Ministerio de Relaciones Exteriores. Estos documentos son claves para comprender cómo se establecen criterios universales a partir del lenguaje, el género y el poder desde el que se escriben las normas.

Una de las características de las políticas públicas y de los documentos “técnicos” que presentan las entidades como bases de los proyectos de ley, por ejemplo, es que están escritas con aparente neutralidad. Sin embargo, esa apariencia no deja de ser un modo “políticamente correcto” de redactar un documento que tiene claros fines políticos (Wedel, 1999, p. 695). En antropología, el análisis del discurso subyacente en las políticas públicas, así como el

estudio sobre el contexto en el que se formulan, permiten reevaluar la aparente objetividad del Estado.

## **1.2 Migrantes irregulares, sin un piso jurídico en Colombia**

La relación entre el Estado colombiano y las migraciones se ha caracterizado por una desarticulación institucional y una confusión permanente entre los lineamientos jurídicos para inmigración y emigración. El episodio de Turbo es tan solo un reflejo de la contradicción entre la Ley y el funcionamiento de las instituciones. Como lo mostraremos más adelante, las deportaciones que ejecutó el Ministerio de Relaciones Exteriores se desarrollaron sin tener en cuenta elementos fundamentales de los derechos humanos, como el debido proceso.

Que Colombia no tenga una ruta clara en relación a la legislación migratoria se debe, en mayor medida, a las escasas olas migratorias que han llegado al país. A diferencia de lo que sucedió con otros países de América Latina, Colombia no resultó atractiva para los movimientos poblacionales del siglo XIX. “El país quedó por fuera de las rutas migratorias más codiciadas de los migrantes internacionales debido, en gran parte, a que mantuvo una política de inmigración selectiva, en contraste con las políticas de países como Argentina y Brasil, naciones que no solo permitieron sino favorecieron la llegada y el asentamiento de decenas de miles de inmigrantes en sus territorios” (Ciurlo, 2015, p. 4).

Pese a que Colombia no logró un ingreso importante de extranjeros, existen registros de grupos poblacionales que se asentaron en diferentes zonas del país, como personas de origen sirio-libanés en la costa Atlántica (Fawcett, 1991) y la colonia japonesa en Cauca y Valle del Cauca (Sanmiguel, 2006). A estos grupos se suma la inmigración judía, que se fortaleció a finales del siglo XIX en ciudades como Valledupar, Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla.

También a finales del siglo XIX se registró la llegada de población alemana en los departamentos de Santander y Boyacá, así como el arribo de migrantes franceses en la región del Urabá (Wabgou, 2012, p. 5).

Hasta mediados del Siglo XX el Estado Colombiano respaldó la inmigración laboral, principalmente para incentivar el desarrollo económico en las regiones. Teniendo en cuenta el “retraso técnico” que existía en el desarrollo rural, el Estado optó por favorecer la llegada de campesinos y artesanos, para darle paso después a técnicos, maestros, mineros, industriales e inversionistas (Ciurlo, 2015, p.7). En este proceso el Estado fue selectivo. En 1930 introdujo un depósito de garantía para trabajadores extranjeros y fijó cupos para el ingreso de migrantes. Después de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno catalogó a los migrantes como instrumento de crecimiento económico y demográfico, generando una jerarquización entre la nacionalidad de migrantes que se presentaban (Mejía, 2011). Se favoreció, desde entonces, la llegada de norteamericanos y europeos.

Hasta la década de los ochenta la migración tuvo una prevalencia laboral, el Gobierno focalizó el interés en personal europeo calificado, especialmente en planes de colonización agrícola. Solo hasta 1976 el Estado asignó la política pública de migración al Ministerio de Trabajo y Protección Social. Dicha política migratoria se enfocó en la regulación de la fuerza de trabajo, buscando proteger la mano de obra nacional. "Ello significó el entierro de las políticas de estímulo a la migración laboral, y la subordinación de la política migratoria a las de desarrollo, estableciendo incentivos al ingreso de extranjeros solo cuando no se contara con nacionales capacitados o cuando resultaran insuficientes para satisfacer la demanda del mercado laboral" (Ciurlo, 2015, p.8).

Esta política selectiva se implementaba cuando el país se había adherido a otros acuerdos internacionales, como el Convenio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativo a los trabajadores migrantes (1949), el cual busca eliminar la “discriminación de nacionalidad, raza, religión o sexo” en el caso de los migrantes trabajadores (OIT, 1949). Entre otros acuerdos relevantes en los que Colombia aparece como firmante están la Convención relativa al Estatuto de los Refugiados (1951), el Convenio de la OIT relativo a la discriminación en materia de empleo y ocupación (1958) y la Convención Internacional sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial (1965).

Los compromisos internacionales obligaron al gobierno colombiano a redefinir su política migratoria. Es así como en 1992 se crea el Ministerio de Relaciones Exteriores con una Comisión Nacional de Migraciones. Una de las primeras medidas que adoptó el Ministerio fue adherir el pasaporte andino con la Comunidad Andina de Naciones (CAN). No obstante, decretos posteriores continuaron fortaleciendo la “inmigración selectiva”. Después de postular diferentes medidas, el Ministerio de Relaciones Exteriores definió la política migratoria a través del Decreto 4000 de 2004:

“La Comisión Nacional Intersectorial de Migración actuará como órgano coordinador y orientador del Gobierno Nacional en la ejecución de la política migratoria del país. La planeación de la inmigración tendrá en cuenta los planes de desarrollo e inversión globales o sectoriales, públicos o privados, para determinar las actividades, las profesiones, las zonas de instalación, los aportes de capital y de otro orden que deban efectuar los extranjeros, cuando se considere conveniente su admisión al país a través de programas de inmigración planificada. La inmigración se regulará de acuerdo con las necesidades sociales, demográficas, económicas, científicas, culturales, de seguridad, de orden público, sanitarias y demás de interés para el Estado colombiano”.

Así como el Estado colombiano ratificó las principales convenciones sobre derechos humanos, también dirigía su política económica hacia futuros acuerdos de libre comercio. El

carácter selectivo del decreto no solamente trataba de ser coherente con la postura que históricamente el país había sostenido, también existía una similitud con las políticas restrictivas que en ese entonces se venían formulando en Europa. De hecho, es justamente en 2004 cuando se crea la Agencia Europea para la Gestión de la Cooperación Operativa en las Fronteras Exteriores de los Estados miembros de la Unión (FRONTEX), una entidad caracterizada por su visión policiva y selectiva hacia los migrantes irregulares.

La formulación de políticas públicas acordes a las tendencias políticas internacionales hacen parte de los procesos de desterritorialización, los cuales “están relacionados con las nuevas características-funciones de elasticidad de ciertas fronteras que, más allá de los límites geográfico-administrativos de los Estados, se extienden para hacerse presentes allí donde se ejercen controles selectivos en las fronteras físicas o por fuera de ellas” (Naranjo, 2014, p.18). El control de la migración se hace evidente a través de la externalización de políticas migratorias a otros países. Los países de la Unión Europea, por ejemplo, imponen “la gestión de migraciones como condición determinante para adoptar acuerdos económicos y comerciales” (Naranjo, 2014, p.19).

Desde la década de los sesenta, la emigración se convirtió en una preocupación central del gobierno colombiano. Por un lado, el conflicto armado se consolidó con la guerrilla de las Farc. Por otro, Estados Unidos asignó, por primera vez en la historia, cuotas de inmigración a todos los países del mundo, sin distinción de etnicidad o raza. Con una nueva legislación, Estados Unidos autorizó la reunificación familiar de migrantes "legales" (Guarnizo, 2006, p.84). En esa década, el 95% de la emigración colombiana se registró en Venezuela, Ecuador, Panamá y Estados Unidos.

Siguiendo la misma lógica de proteger la mano de obra nacional, el gobierno de Misael Pastrana Borrero adoptó un programa de repatriación de cerebros fugados en 1972, medida que se complementó con programas laborales. Solo hasta la década de los noventa se vieron avances en materia de legislación migratoria, en las cuales la prioridad siempre fue el emigrante. Con la Constitución de 1991, se les reconoce el derecho al voto a los emigrantes residentes en el exterior. También se les otorga un representante en la Cámara de Representantes y un delegado especial en la Defensoría del Pueblo.

Estos avances se presentaron dejando a la migración irregular como un problema de seguridad, al margen de la ley. Este tipo de migración se enmarcaba en los programas estatales contra la “trata de personas”. En la década de los noventa, el Estado contaba con el peso del narcotráfico de los ochentas como un símbolo que se estaba consolidando en el exterior. De ahí que las políticas se enfocaran en la consolidación de los emigrantes como ciudadanos colombianos, fortaleciendo los consulados como órganos de protección. El factor económico también pesó: “El interés del Estado en los migrantes estaba supeditado en parte a los eventuales beneficios que estos pudieran aportar al país, dado el volumen de las remesas que enviaban y su creciente importancia para la economía nacional” (Ciurlo, 2015, p. 14).

Estos antecedentes marcaron la política migratoria que se definió en 2004. A manera de ejemplo está el programa "estrella" del Ministerio de Relaciones Exteriores: "Colombia Nos Une", enfocado en mejorar la relación y las condiciones de los migrantes colombianos en el exterior. No obstante, dicho programa fue cuestionado por generar una construcción del deber ser para el migrante colombiano. El programa, más que enfocarse en los derechos

humanos o en extender beneficios en el exterior, buscó atender a los emigrantes que representaran un aporte positivo, léase lucrativo, para el país. (Clavijo, 2013, p.97).

Es a la luz de este tipo de programas que se crea la Política Integral Migratoria (PIM), a través del Conpes 3603 de 2009. En 2011 se complementa con la Ley 1465, la cual reglamenta el Sistema Nacional de Migraciones. Sin embargo, solo hasta 2015 el Ministerio de Relaciones Exteriores emitió el Decreto 1067, el cual establece los parámetros para controlar los flujos migratorios en las fronteras colombianas. Estas normas fueron expedidas teniendo en cuenta algunos vacíos que dejó la PIM. El objetivo de esta política, como se mencionó, se centró en la atención de colombianos en el exterior. En el siguiente apartado están los detalles del Conpes:

“Con la implementación del Plan de acción propuesto en este documento, se alcanzarán los siguientes objetivos de largo plazo: lograr la defensa, protección y garantía de los derechos de los colombianos en el exterior y los extranjeros en Colombia (...) Garantizar una oferta de servicios estatales permanente, suficiente y efectiva hacia los colombianos en el exterior y los extranjeros en Colombia, teniendo en cuenta los cambios permanentes de la dinámica migratoria” (Conpes 2009, p. 53).

En la política no se establecen lineamientos en relación a la migración irregular. Se trata, una vez más, como un problema asociado al “tráfico de migrantes”. La política relaciona la migración irregular con la Ley 599 de 2000, en donde se establecen sanciones para quien "promueva, induzca, constriña, facilite, financie, colabore o de cualquier otra forma participe en la entrada o salida de personas del país, sin el cumplimiento de los requisitos legales”. A juicio de esta política, la migración irregular está ligada directamente con el tráfico de migrantes, “fenómeno que guarda relación directa con otros fenómenos que son igualmente de alto impacto, tales como el terrorismo, tráfico de armas y explosivos, narcotráfico, trata de personas y falsedad de documentos” (Conpes 2009, p. 36).

Tan solo en dos páginas de las 96 que componen la PIM tratan el tema de la migración irregular. Además del énfasis en el tráfico de migrantes, el Estado señala que se debe fortalecer el control migratorio en las fronteras, especialmente en pasos no autorizados. Entre 2004 y 2009, señala el documento, el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) desmanteló 13 organizaciones por el delito de tráfico de migrantes. La orientación de la política se dirige hacia el fortalecimiento de este tipo de acciones judiciales; no se menciona en ningún momento la relación de la migración irregular con los desplazamientos forzados y la necesidad de crear una institucionalidad que garantice los derechos humanos en estas zonas de frontera. Tampoco se menciona en ningún momento la opción de que ingresen sin ser sujetos de tráfico.

Una de las reformas que surgieron de la PIM fue la creación de la Unidad Administrativa Especial Migración Colombia, vigente desde 2011, cuando se expidió el Decreto 4062. Esta entidad relevó al DAS en las funciones de control y vigilancia del flujo migratorio. Desde sus inicios, su carácter ha sido más policial que humanitario, pese al cambio de nombre y en teoría de misión. En los primeros años, Migración Colombia se ha hecho cargo de la recolección y sistematización de datos migratorios, enfocándose en el ingreso y la salida de migrantes a través de las 11 fronteras, tanto marítimas como terrestres, que Colombia tiene con otros países. La segunda tarea, todavía en consolidación, es la construcción de los Centros Facilitadores Migratorios. Migración Colombia, como la entidad vigente del control migratorio en el país, refleja la precaria estructuración de la política pública para migrantes en Colombia: “Prevalece en la visión de fondo del Estado la concepción del migrante –ya se trate del extranjero en Colombia o del colombiano en el exterior– como un potencial aporte para el país, y en razón de ello, y solo de ello, merecedor

de su atención (...) El interés del Estado hacia los migrantes no puede derivar o restringirse a que estos sean agentes de desarrollo o clientes de los servicios que el mismo, junto con el sector privado, ofrece" (Ciurlo, 2015, p.34).

La ausencia de la migración irregular en la legislación colombiana afectó al gobierno del presidente Juan Manuel Santos. El episodio de Turbo develó los frágiles mecanismos para enfrentar una situación que a simple vista demostraba ir mucho más allá del "tráfico de migrantes"<sup>10</sup>. Después de la deportación voluntaria de la mayoría de la población cubana, el Ministerio de Relaciones Exteriores expidió el Decreto 1692 de 2016, creando una Comisión Intersectorial de Lucha contra el Tráfico de Migrantes. Esta norma ratificó la contradicción de la legislación anterior, pues señala que "el tráfico de migrantes es una conducta delictiva asociada a la migración irregular que afecta la seguridad y la soberanía nacional" (Decreto 1692, 2016, p.1)

En la Comisión Intersectorial participan los ministerios de Comercio, Salud, Interior, Defensa y Relaciones Exteriores. También participa la Armada, la Policía Nacional, la Dirección Nacional de Inteligencia y el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF). Mientras se le define como objetivo ejercer una coordinación contra el tráfico de migrantes, también se le ordena el diseño de "una estrategia nacional para la atención y asistencia de extranjeros irregulares en situación de tráfico de migrantes para salvaguardar sus derechos humanos". Tras realizar una revisión general del decreto queda en evidencia que el concepto de derechos humanos aparece como añadidura al discurso de control y fortalecimiento de la

---

<sup>10</sup> El Ministerio de Relaciones define el tráfico de migrantes como una "conducta delictiva asociada a la migración irregular que afecta la seguridad y la soberanía nacional, exponiendo a las personas objeto de ese delito a situaciones de vulnerabilidad durante el trasiego en las rutas utilizadas por los traficantes". Ver en [http://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/proyecto\\_de\\_decreto\\_trafico\\_migrantes.pdf](http://www.cancilleria.gov.co/sites/default/files/proyecto_de_decreto_trafico_migrantes.pdf)

estrategia contra el tráfico de migrantes. Como señala el capítulo II del documento, se trata de "fortalecer las acciones frente a la migración irregular" (Decreto 1692, 2016, p.3).

En el caso de Turbo, al marco normativo colombiano se suma la Ley N.3 de 2008 de Panamá, también conocida como la Ley Migratoria panameña. Esta norma ahonda en la problemática de la migración irregular, respetando el debido proceso y desligándola en algunos casos concretos del tráfico de migrantes. Por ejemplo: creó la unidad de atención a víctimas de tratos de personas, quienes reciben un trato de protección. "El migrante irregular será puesto a órdenes del Director General del Servicio Nacional de Migración, quien tendrá un término de veinticuatro horas para ordenar la detención o dejarlo en libertad" (Ley 3, 2008, p. 25). Es decir, establece algunos plazos que el gobierno colombiano, ignorando el debido proceso, no ha tenido en cuenta.

Otro aspecto de esta ley es que admite que el migrante irregular permanezca en el país si prueba el matrimonio con una persona de Panamá o tenga un hijo panameño menor de edad. También reciben un trato especial los migrantes que cooperen con información sobre "actividades ilegales" en la frontera. Hasta ahí los "beneficios". Esta Ley ha sido cuestionada por la equiparación de migrantes irregulares con delincuentes comunes, pues le ordena al Servicio Nacional de Migración deportar a todas las personas que permanezcan en el país de manera indocumentada o irregular. No obstante, a diferencia de Colombia, la deportación solo es posible tras escuchar la defensa del migrante mediante un abogado y respetando "los derechos humanos y garantías fundamentales del extranjero" (Ley 3, 2008, p. 20).

La casa de tres pisos de Migración Colombia en Turbo, con cinco funcionarios a cargo del registro y los procesos migratorios, representa la materialización de todo este marco normativo. La institucionalidad para atender a los migrantes está centralizada en Migración

Colombia. Ni la Alcaldía, ni la Personería ni La Defensoría del Pueblo ni la Policía habían intercedido en estos temas. Por un lado, por los vacíos normativos de la legislación colombiana. Por otro, porque no ha existido un presupuesto suficiente para crear programas enfocados a los migrantes. En la agenda política de Urabá, la migración irregular sigue ocupando uno de los últimos lugares.

### **1.3 El caso de Marielle Rosius: políticas contradictorias y ausencia de un enfoque que proteja los derechos humanos**

El 30 de septiembre de 2016, el periódico Q Hubo Urabá fue el único medio en Colombia que registró la muerte de Marielle Rosius, una migrante haitiana de 33 años que se detuvo en Turbo en medio de su trayecto hacia Estados Unidos. El tiempo en este municipio se extendió más de lo que esperaba. Una enfermedad le impidió seguir; luego fue el hospital, sin capacidad para atenderla, lo que retrasó la travesía; después, unos trámites burocráticos en Migración Colombia prolongaron el tiempo de espera. Finalmente el cáncer apareció. No hubo tiempo para detenerlo y falleció.

Marielle Rosius llegó a Turbo el 19 de septiembre con su hermano Emanuelle. Venían desde Ecuador, donde comenzaron los quebrantos de salud para Marielle. Un mes atrás, antes de llegar a Colombia, la mujer comenzó a sentir un dolor en los ovarios. Lo primero que hizo cuando estuvo en Turbo, como lo relata la prensa, fue buscar asistencia médica. Jackeline Andrea Gómez, una habitante de Turbo, los ayudó a encontrar un hospedaje y una cita médica en el hospital Francisco Valderrama, el principal de Turbo.

Cuando Jackeline llevó a Marielle a la clínica, Emanuelle les entregó a los médicos todo el historial de su hermana. Ellos no entendieron lo que decía, necesitaban un traductor

que entendiera francés. “Fuimos a Migración Colombia y nos mandaron para la Personería, allá nos dijeron que en caso de que Marielle se sintiera mal la lleváramos al hospital. Se sintió mal y la llevamos pero en el hospital los médicos dijeron que eso no era un centro de beneficencia y que mejor debíamos llevarla a la residencia Los Vikingos, donde se alojaban. Ella se complicó después y los médicos dijeron que le daban pocos días de vida”, contaba Jackeline.

De Marielle se sabe que necesitaba llegar a Estados Unidos para reunirse con su esposo y su hijo, de nueve años de edad. Que fue sepultada el jueves 28 de septiembre por los migrantes haitianos que estaban en Turbo. Se sabe, además, que los gastos de alojamiento y alimentación lo asumió el hotel Vikingos, donde se estaban alojando en su momento. Emanuelle no se quedó en Colombia, sin embargo, es incierto si llegó a Estados Unidos.

Este episodio se dio a conocer por el artículo que publicó el periódico Q Hubo Urabá. Sin embargo, el veterano periodista Benjamín Acevedo, quien ha vivido 44 años en Turbo, no se sorprendió por la falta de atención médica ni por la respuesta de Migración Colombia. “Aquí vienen muchas familias, mujeres embarazadas con niños y todo. Usualmente pasan por acá uno o dos días porque quieren llegar rápido a Estados Unidos, acá no encuentran nada. El caso de la haitiana es un ejemplo. Acá se presentía que tenía cáncer y mientras estuvo enferma no se hizo nada y falleció”.

El caso de Marielle contrasta con la política de Derechos Humanos de Migración Colombia. Según esta política, formulada en 2013, el país acoge diferentes normas internacionales, entre ellas la Resolución 23/20 sobre derechos humanos de los migrantes, estipulada por las Naciones Unidas en junio de 2013. La Resolución le solicita a las entidades migratorias adoptar “medidas concretas para impedir la vulneración de los derechos humanos

de los migrantes mientras se encuentren en tránsito en puertos y aeropuertos y en las fronteras y puestos de control de la migración, entre otros lugares, capaciten a los agentes públicos que trabajan en esos servicios y en las zonas fronterizas para que traten a los migrantes y sus familiares con respeto y de conformidad con las obligaciones que les impone el derecho internacional de los derechos humanos” (ONU, 2013, p.3).

En relación al control migratorio, Migración Colombia estableció una lista de acciones especiales que se deben tener en cuenta cuando, por ejemplo, existen menores de edad de por medio, mujeres embarazadas, grupos étnicos, personas del grupo LGBTI (Lesbianas, gays, bisexuales, transexuales e intersexuales), adultos mayores, personas enfermas o con síntomas que afecten gravemente su salud y personas desplazadas transfronterizas por desastres naturales y efectos del cambio climático (Migración Colombia, 2013, p. 31).

Lo que tuvo que vivir Marielle en Turbo está lejos de adherirse a esta política de Derechos Humanos, y entablar un diálogo con Migración Colombia es una tarea compleja. Al ser una entidad centralizada, todas las solicitudes de información relacionadas con Turbo deben pasar primero por la oficina en Bogotá. Si es aprobada, debe ser avalada por la oficina regional de Antioquia. Sin embargo, en este proceso, detallando el caso de Marielle, la entidad contestó que el único vocero autorizado para dar respuesta tanto a medios de comunicación como a universidades era el director general, Christian Krüger Sarmiento. Las respuestas que obtuve de la entidad fueron confusas, por correo electrónico, detallando normas, presupuestos y, entre otras, la Política de Derechos Humanos.

En Turbo, uno de los funcionarios de Migración Colombia accedió a sostener una entrevista con la condición de que reservara su identidad y no tomara fotos dentro del Puesto

de Control Migratorio. La prevención de los cinco funcionarios que se encontraban trabajando en el lugar era máxima. La deportación de cubanos era reciente y las críticas desde la Defensoría del Pueblo y la Personería eran constantes. Ambas entidades cuestionaron la forma en la que procedió Migración Colombia con los migrantes cubanos que pasaron más de tres semanas en un albergue, sin una solución dialogada para superar el problema de su condición migratoria.

Cuando hablé sobre el caso de Marielle, el funcionario se mostró prevenido y al mismo tiempo avergonzado: “Cuando llegan enfermos no podemos hacer nada. Les decimos que este no es un lugar adecuado. Nosotros tratamos de resolverles la situación migratoria en un día, porque acá no se pueden quedar, acá no hay lugar para que duerman. Cuando pasó el tema con los cubanos les dijimos que no teníamos hospedaje que ofrecerles y se fueron para la bodega, les dijimos que ese no era un lugar adecuado, era lo único que podíamos hacer”.

En la casa donde está ubicado el puesto de control de Migración Colombia no hay espacio para que un médico atienda a los migrantes; solo son dos oficinas. Tampoco trabajan funcionarios capacitados en atender a población vulnerable; las tres personas que están el día entero en la oficina se encargan de tramitar los salvoconductos y de establecer contacto con Policía y Ejército. Aunque el funcionario es consciente de los riesgos que asumen los migrantes y del derecho que tienen de ser atendidos, con impotencia dice que es algo que “se le va de las manos”.

“Acá no hay oficina del ICBF [Instituto Colombiano de Bienestar Familiar]. Cuando vienen niños o personas en situación vulnerable llamamos a la Personería o a la Comisaría para que hagan presencia. Cuando vienen mujeres embarazadas pues nosotros les decimos que no es lo adecuado que viajen así pero ellas quieren el salvoconducto y nosotros se los damos y se van. Nosotros teníamos las puertas abiertas para regularizar a los cubanos por lo menos por 30 días, pero ellos solamente querían ir a Panamá. No querían devolverse, ¿qué podíamos hacer nosotros en ese caso? Para expedir un salvoconducto nos podemos demorar 40 minutos por persona. Cuando llegaron los cubanos eran unas 700 personas esperando el

salvoconducto. Ese día nos tocó trabajar hasta la madrugada porque la orden desde la oficina central es que se solucionara rápido el problema, que les diéramos los salvoconductos rápido. Era mucho trabajo para tan pocas personas y expedir los salvoconductos era lo único que podíamos hacer”.

Descartada la ayuda desde Migración Colombia, Marielle fue remitida a la Personería, donde tampoco cuentan con suficiente personal ni recursos. Anualmente, el presupuesto de la entidad puede oscilar entre los 170 y 180 millones de pesos<sup>11</sup>. Cuando llegó a la Personería tampoco recibió atención, simplemente una instrucción: que visitara el hospital Francisco Valderrama. Una vez más, la entidad no contaba con traductores para comprender sus documentos ni personal médico especialista que le practicara exámenes de complejidad. La ayuda que le ofreció la Personería fue mediar con Migración Colombia para que le otorgaran un salvoconducto, opción que en este momento no le interesaba a Marielle.

La personera de Turbo, Karen Janeth Gamboa, trabaja en una oficina a dos cuadras del muelle principal. Conoce la situación de los migrantes, dice que siente impotencia. Su discurso era similar al de la funcionaria de Migración Colombia. Es consciente de los derechos de los migrantes, de la necesidad de protección especial de los menores y de las personas con afectaciones de salud. No obstante, su marco de acción es limitado, como dice. Admite, además, que en Turbo nunca se hizo una capacitación sobre migraciones; no había claridad sobre el debido proceso, sobre los derechos de los migrantes irregulares, entre otros.

“El médico del hospital de Turbo estaba desesperado porque no le entendía a la migrante haitiana. Yo llamé a Migración Colombia para ver si había alguien que le tradujera pero lo único que pudimos fue llevar a un haitiano que entendía los dos idiomas. Desafortunadamente la señora ya estaba bastante enferma (...) Hemos tenido muchas dificultades cuando las personas no hablan nuestro idioma. Por aquí pasan ciudadanos de Pakistán, Nepal, India... Nosotros tratamos de resolver los problemas pero no es fácil. Los médicos se sienten impotentes. Cuando sucedió lo de los cubanos se les dijo a las mujeres embarazadas y a las personas que estaban enfermas que si no se recuperaban

---

<sup>11</sup> Ver en

<http://www.cga.gov.co/ProcesosMisionales/Auditoriaintegral/Informes%20Fiscales%20y%20Financieros%202015/Municipio%20de%20Turbo.pdf>

de su salud al 100% no era prudente que se fueran por la salva, pero ellos se querían ir. Nosotros tenemos la obligación de salvar las vidas de ellos pero ellos se van, viajan con sus familias, se sienten respaldados por sus familiares y amigos y no se quieren quedar. A Migración Colombia le queda muy difícil atender a todos los migrantes porque hay muy pocos funcionarios. Cuando pasó lo de los cubanos tuvieron que traer a personas de otras ciudades porque no daban abasto. Es una situación de pronto interna, de presupuesto, porque es que vea que ni siquiera tienen instalaciones; no tienen ni un cuartico, ni una cama ni un mueble para las personas. Desafortunadamente la Personería no cuenta con suficientes recursos, quisiéramos hacer tantas cosas... Nosotros somos una Personería de quinta categoría, donde el salario apenas alcanza para los propios gastos del personero y para contratar al personal que atiende aquí” (Entrevista con Karen Gamboa, personera de Turbo; octubre de 2016)

Al consultarle a Migración Colombia sobre los traductores que tienen en los puestos de control, la entidad admitió que en Antioquia solo hay 9 funcionarios que hablan otros idiomas. En total son 112 traductores en los diferentes puestos de control del país. La mayoría, 37, se ubican en el Aeropuerto El Dorado de Bogotá. La cantidad de funcionarios traductores devela la precariedad en la operación de Migración Colombia, pues en todo el país cuentan con 1.077 funcionarios, de los cuales 93 están ubicados en Antioquia. Sin embargo, para la entidad, desde sus lineamientos, no es una prioridad que aumente el número de traductores. El funcionario debe desempeñar al menos las tres siguientes labores: “Desempeñar las funciones de autoridad migratoria nacional relacionadas con los procesos de control migratorio y extranjería; recibir, verificar y sellar la documentación de viaje suministrada por nacionales y extranjeros y aplicar los protocolos de seguridad propios de cada uno de los tipos de puesto de control” (Migración Colombia, comunicación personal).

Marielle no encontró la solidaridad que esperaba en Migración Colombia ni en la Personería. El contraste era evidente: mientras la comunidad le ayudaba con hospedaje y contactos de otros haitianos que estaban en Turbo, el Estado le cerraba las puertas a través de las instituciones. Una salida, tampoco sencilla, era acudir a las organizaciones internacionales que tienen presencia en la zona, como la Cruz Roja y la Agencia de la ONU para los Refugiados: Acnur. Marielle no alcanzó a comunicarse con estas entidades, no solo

por su condición de salud sino por las restricciones que las organizaciones poseen. En líneas generales, las ONG's no se hacen responsables de atenciones que, de acuerdo la Ley, deberían corresponder al Estado.

La experiencia de César Mesa, oficial encargado de la oficina de Acnur en Apartadó, municipio vecino de Turbo, demuestra la fragilidad de Migración Colombia como ente rector en materia de gestión de la migración en las fronteras.

“Cuatro años atrás esta frontera comenzó a destacarse por el aumento de flujos migratorios mixtos, con la particularidad de un incremento en la población extracontinental. En Turbo se comenzaron a ver nigerianos, cameruneses, somalíes... Estas personas en tránsito siempre han sido puestas a disposición de Migración Colombia. El fenómeno migratorio actual está desbordando la capacidad que tiene Migración Colombia. Ellos tienen una política migratoria clara, lo que no tienen claro es cómo abordar situaciones como el represamiento de cubanos en Turbo. Esta frontera empezó a visibilizarse a raíz de ese episodio. Sucedió y no se tenía una política humanitaria para atender esta situación. Hoy no está claro de quién es la responsabilidad de brindar atención humanitaria. El Gobierno Nacional le tira el balón al gobierno local y éste no tiene cómo responder. Sin que se defina el tema de la responsabilidad no es posible crear redes de protección, por ejemplo. Son necesarios mecanismos que permitan identificar quiénes son los migrantes y darles respuesta en albergue y salud. Esto sin hablar de una asesoría jurídica que hoy no tienen. Para lograr implementar estas estrategias se necesita un esfuerzo conjunto entre ONG's, Estado y agentes comunitarios. El tema de la asistencia humanitaria no ha aparecido porque Migración Colombia nace de una entidad como el DAS, que digamos era parte de la fuerza pública y sostenía una visión muy relacionada con la seguridad. Nosotros sostenemos comunicación permanente con Migración Colombia, insistimos mucho en el tema de la información, de la no deportación y en general de los derechos de los migrantes”. (Entrevista a César Mesa, octubre de 2016).

El caso de Marielle resume la precariedad con la que actúa el Estado cuando tiene que atender humanitariamente a los migrantes. La ausencia de una política pública no solo restringe el marco de los derechos humanos sino que sitúa al migrante en una condición inferior a la de los ciudadanos de la frontera. La marginalización se hace evidente cuando, en lugar de ofrecer una asesoría jurídica o un servicio de salud, Migración Colombia brinda, como única opción, un salvoconducto para que el migrante irregular salga del país en menos de 30 días por rutas que el mismo Estado reconoce como clandestinas. Con esta aproximación

política, el Estado establece una diferenciación entre el “sujeto poseedor de ciertos derechos y normalidades, y un inauténtico y sospechoso outsider, cuya figura debe ser siempre diferenciada del verdadero ciudadano” (Gil Araujo, 2006, p. 62).

El Estado colombiano termina cumpliendo una función ambivalente al limitar la diferenciación con las fronteras, fortaleciendo la noción de ciudadano nacional. “[Los Estados funcionan] al servicio de una diferenciación de clase internacional, y utilizan para ello sus fronteras y sus aparatos de control fronterizo como instrumentos de discriminación y selección. Simplemente, intentan hacerlo y preservar al máximo durante su tarea las fuentes simbólicas de su legitimidad popular.” (Babilar, 2005, p.83). Para un ciudadano pobre, vulnerable, la frontera se convierte en un obstáculo, en “una zona espacio-temporal extraordinariamente viscosa, casi un lugar donde se vive una vida que es una detención del vivir, una no vida” (Balibar, 2005, p.84). Para un ciudadano rico y cosmopolita, la frontera "es una formalidad de embarque, un punto de reconocimiento simbólico de su estrato social por el que se pasa en una zancada"(Babilar, 2005, p.84).

#### **1.4 La sentencia del Consejo de Estado, una victoria tardía para los migrantes cubanos**

Había pasado un mes desde que el primer grupo de cubanos llegó al Barrio Obrero de Turbo. Fueron 30 días en los que intentaron asentarse construyendo cambuches con dos herramientas básicas: bolsas de plástico y palos que encontraban en las calles. Con el transcurso de las semanas, el espacio físico se redujo. Los cambuches eran insuficientes, inestables. Una bodega prestada apareció como solución temporal. Según registros de la Personería y de los medios de comunicación, allí se asentaron más de 1.300 personas de nacionalidad cubana<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Ver en <https://eltiempo.com/colombia/medellin/nace-bebe-cubano-en-turbo/16650750>

Fue en ese momento cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores emitió el llamado de atención, o la amenaza, como los migrantes lo consideraron: si no salían del país voluntariamente, serían deportados.

Con el Ministerio de Relaciones Exteriores en su contra, el grupo interpuso una tutela, esperando una medida cautelar. El 11 de agosto de 2016 el Tribunal Administrativo de Antioquia admitió la acción de Tutela y le solicitó respuestas al Ministerio de Defensa y al de Relaciones Exteriores. El Gobierno justificó la medida de deportación y negó cualquier vulneración de los derechos humanos. “Ninguno de los firmantes tiene la condición de refugiado, ni presentaron ante la Unidad Administrativa Especial Migración Colombia solicitud para el reconocimiento como tal”, respondió Migración Colombia ante el Tribunal, que en primera instancia falló a favor del Gobierno.

Quedaba poco tiempo. Cinco días para ser exactos. Este fue el plazo que el Ministerio de Relaciones Exteriores les otorgó a los cubanos para que salieran del país bajo el marco normativo de una “deportación voluntaria”. El 17 de agosto, con la ayuda de dos abogados colombianos – Julián Restrepo y Juan Camilo Ríos – solicitaron que se acumularan los procesos jurídicos de los cubanos en un solo caso. El Tribunal Administrativo de Antioquia negó la solicitud. Los dos apoderados del proceso presentaron una impugnación el 26 de agosto, señalando que con el fallo el Tribunal había incurrido en "graves violaciones de derechos humanos".

En esos momentos, la situación en Turbo se estaba complicando. La selva del Darién representaba riesgos para los niños y las mujeres embarazadas, lo que obligó a muchas familias a buscar rutas alternas en otros municipios de Chocó, como Unión Panamericana. Las medidas cautelares no llegaron y fue necesario salir del país antes de que el Ministerio

de Relaciones Exteriores los deportara a Cuba. En el momento de presentar la impugnación, los migrantes contaron con el respaldo de la Defensoría del Pueblo, entidad que emitió un concepto aceptando la ausencia de “un plan de contingencia durante los procesos de deportación y expulsión adelantados por Migración Colombia”.

La salida jurídica, si bien no representó una ayuda inmediata, develó el contrapeso que puede hacer la rama judicial frente a la ejecutiva en Colombia. Cuando el caso pasó al Consejo de Estado, existían más testimonios y conceptos a favor de los migrantes cubanos. A medida que transcurría el tiempo y el caso se daba a conocer ante la opinión pública, diferentes organizaciones y entidades se pronunciaron. El Grupo de Litigio de Interés Público, de la Clínica de Refugiados y Trata de Personas de la Universidad del Norte, fue una de las entidades que emitió un concepto al respecto: “El Estado Colombiano no podía realizar una deportación masiva de los ciudadanos cubanos (...) porque no fueron cumplidas las etapas del debido proceso, por lo tanto, no fueron oídos y se les negó la oportunidad de conocer y controvertir los cargos por los cuales fueron deportados”.

La decisión del Consejo de Estado tardó en llegar. Los cubanos no creían, o por lo menos desconfiaban, en una reacción favorable. De hecho, en un principio ni siquiera pensaron en interponer una acción judicial. El interés comenzó a despertarse cuando la población local les mostró los beneficios de una acción legal inmediata como la tutela. Andy, uno de los cubanos que lideró el grupo que se quedó en la bodega, me lo explicaba a través de un ejemplo concreto. Cuando vivían en la bodega no tenían suficiente acceso a alimentos. Hubo un momento en el que tuvieron que solicitar la ayuda de la comunidad, no solo por ausencia de comida sino de medicamentos o elementos de higiene.

“Uno de esos días vino el dueño del matadero de Turbo a la bodega. Yo le conté que si en Cuba matábamos una vaca podíamos ir a la cárcel, pagando una pena incluso más severa que asesinado a una persona. Por eso me impresionaba su trabajo. En unas horas el vino a la bodega con dos vacas y me dijo ‘¿cuál te gusta?’ Después de decirle la mandó a matar y me la regaló para que la compartiera con los compañeros de la bodega. ‘Acá es diferente’, me decía la gente de Turbo. Por eso algunos decidimos intentar solicitar asilo y otros demandaron, muy ilusionados con el apoyo de la gente”. (Entrevista con Andy, octubre de 2016).

Aunque la solicitud de asilo de Andy se quedó estancada en trámites administrativos del Ministerio de Relaciones Exteriores, la tutela en el Consejo de Estado sí fue favorable para el grupo de cubanos. El 10 de noviembre de 2016 fue emitida la sentencia por la Sección Quinta, con ponencia del magistrado Alberto Yepes Barreiro. Al revisar el documento, sobresalen argumentos jurídicos que trascienden la posición de Migración Colombia, hasta hoy contradictoria con las convenciones internacionales de Derechos Humanos. En la sentencia T-338 de 2015, por ejemplo, la Corte Constitucional trajo a colación la posición de la Corte Interamericana de Derechos Humanos frente a las deportaciones, haciendo énfasis en la necesidad de respetar el debido proceso.

Uno de los aspectos que, a juicio de la Corte Constitucional debe tener en cuenta el Estado Colombiano, es el procedimiento para realizar expulsiones o deportaciones: “ En definitiva, un procedimiento que pueda resultar en la expulsión o deportación de un extranjero debe tener carácter individual, de modo que permita evaluar las circunstancias personales de cada sujeto, no debe discriminar en razón de nacionalidad, color, raza, sexo, lengua, religión, opinión política, origen social u otro estatus” (Consejo de Estado, 2016, p. 22). La medida de deportación, según los parámetros de la Corte Interamericana, procede

después de que el extranjero es informado sobre los motivos de expulsión, la posibilidad de apelar la decisión, recibir asesoría legal, asistencia consular y someter su caso a revisión.<sup>13</sup>

El debido proceso es uno de los derechos fundamentales que el Estado Colombiano se comprometió a respetar. En segunda medida, como lo reseñó el Consejo de Estado, está el principio de no devolución cuando la vida, integridad o libertad del migrante estén en riesgo, “sin importar su estatuto legal o condición migratoria en el país en que se encuentre” (Consejo de Estado, 2016, p. 22). En la tutela, el grupo de cubanos manifestó una violación de los derechos fundamentales por parte del Estado a la dignidad humana, a la libertad e integridad personal, a la salud, al debido proceso administrativo y al principio de no devolución.

Paradójicamente, la defensa jurídica de Migración Colombia develó las irregularidades en el proceso de deportación de cubanos. Dentro de los argumentos que presentó la entidad migratoria estaba la aplicación de Código de Procedimiento Administrativo y de lo Contencioso Administrativo. Según las normas dispuestas en este Código, existen unas etapas en los procedimientos administrativos: 15 días después de la notificación de la formulación de descargos los investigados pueden presentar descargos y aportar las pruebas pertinentes. Posteriormente se desarrolla un periodo probatorio de máximo 30 días. Terminada esta fase, el Código estipula 10 días para rendir alegatos.

El Consejo de Estado tomó a manera de ejemplo el caso de Alberto Osvaldo Laguna Herrero, migrante cubano que fue deportado. El auto de apertura de actuación administrativa se le presentó el 7 de agosto de 2016. Ese mismo día Migración Colombia expidió el auto de

---

<sup>13</sup> Ver en <http://www.acnur.org/t3/fileadmin/Documentos/BDL/2013/9390.pdf>

formulación de cargos, la Resolución de Deportación y el acta de notificación personal. La misma suerte de Alberto la tuvieron que vivir 27 personas más que presentaron la acción de tutela –esto sin contar a los cubanos que no presentaron acciones legales –. El procedimiento de deportación, a juicio del Consejo de Estado, fue “irregular”.

Los magistrados del Consejo de Estado, conscientes de la imposibilidad de revertir la situación, exhortaron al Ministerio de Relaciones Exteriores y a Migración Colombia para que en el futuro “respeten al debido proceso sancionatorio en materia migratoria siguiendo las pautas establecidas por la Corte Interamericana de Derechos Humanos, esto es, que en todo procedimiento relacionado con asuntos migratorios, deben asegurarle a los extranjeros la posibilidad real y efectiva de participar en el trámite consular, permitiéndoles solicitar y recibir asesoría legal” (Consejo de Estado, 2016, p. 30).

### **1.5 Legislación colombiana, ¿hacia una política pública restrictiva?**

Colombia, a diferencia de otros países que definieron en las últimas décadas sus políticas migratorias – tal es el caso de los países de la Unión Europea – no tiene una base jurídica sólida para abordar los temas de migración, en particular a lo que se refiere a la migración irregular. Actualmente, el Gobierno parte del Artículo 100 de la Constitución Política de 1991 para elaborar decretos, leyes y normas desarticuladas en relación a la migración. Esta base legal, sin embargo, ha sido interpretada desde una visión restrictiva, donde los derechos civiles de los extranjeros quedan en un segundo plano.

*“ARTICULO 100. Los extranjeros disfrutarán en Colombia de los mismos derechos civiles que se conceden a los colombianos. No obstante, la ley podrá, por razones de orden público, subordinar a condiciones especiales o negar el ejercicio de determinados derechos civiles a los extranjeros.*

*Así mismo, los extranjeros gozarán, en el territorio de la República, de las garantías concedidas a los nacionales, salvo las limitaciones que establezcan la Constitución o la ley.*

*Los derechos políticos se reservan a los nacionales, pero la ley podrá conceder a los extranjeros residentes en Colombia el derecho al voto en las elecciones y consultas populares de carácter municipal o distrital” (Corte Constitucional, 1991, p. 29).*

El enfoque restrictivo y la política de securitización de Migración Colombia surge de la alusión al orden público que hace la Constitución: "*La Ley Podrá, por razones de orden público, subordinar a condiciones especiales o negar el ejercicio de determinados derechos civiles a los extranjeros*". Teniendo en cuenta esta afirmación no sorprende que el antiguo Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) tuviera bajo su mando el asunto de la migración irregular, a todas luces separado de las políticas de los derechos civiles. Sin embargo, como se explicó en este capítulo, Colombia adhirió a pactos internacionales que la obligan a respetar derechos fundamentales como el debido proceso y la no discriminación. Es por esta contradicción que el país está en mora de formular una política pública coherente frente a las migraciones.

Este escenario puede ser interpretado como un arma de doble filo. Por un lado, existe la posibilidad – mínima – de que el Gobierno replantee la orientación política hacia la migración irregular, como lo hizo Rafael Correa en Ecuador, bajo el mandato de la movilidad humana, la cual permitió la exención de visados y ratificó que “ningún ser humano como ilegal por su condición migratoria”<sup>14</sup>. Por otro, el Gobierno Nacional podría acentuar su política migratoria selectiva, tomando las bases de la Política Integral Migratoria (PIM), que se enfoca en mejorar las condiciones de vida de los colombianos en el exterior y deja a la migración irregular en el olvido.

---

<sup>14</sup> Ver en <http://gkillcity.com/articulos/10-anos-rafael-correa-el-balance/movilidad-humana-fue-este-el-gobierno-los-migrantes>

Como referente de políticas migratorias, Colombia tiene a la Unión Europea (UE), que en los últimos años ha fortalecido la línea de expulsiones y deportaciones. Para controlar la migración, los estados miembros de la UE han optado por construir centros de internamiento o *camps*. “En la UE existen 220 campos de detención de migrantes, cuya función es esencialmente simbólica: delimitar las nuevas fronteras interiores del Estado, determinando quiénes son los excluidos de la comunidad. Los campos presentan características diferentes dependiendo del contexto nacional (...) Sin embargo, todos forman parte del sistema de gestión y exclusión de las fronteras europeas, por lo que estos dispositivos y sus prácticas están insertos en las mismas lógicas transnacionales, cuestiones globales y nuevas formas de vida política” (Espai per a la Desobediència a les Fronteres, 2008, p. 212).

Siguiendo la línea de los países europeos, Colombia podría implementar un tipo de política migratoria restrictiva para frenar los flujos migratorios clandestinos y adoptar medidas excepcionales para la regularización de extranjeros. Como se pudo evidenciar en el caso de Turbo, ninguno de los cerca de 3.000 migrantes obtuvo asilo político entre los primeros cuatro meses después de la coyuntura migratoria. En el caso de la migración venezolana en lo corrido de 2015 y 2016, el Gobierno tampoco mostró voluntad de regularización y amenazó con operativos para combatir el “trabajo ilegal” por parte de los migrantes indocumentados<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Ver en <http://zonacero.com/?q=generales/oficinas-regionales-de-trabajo-vigilaran-que-venezolanos-no-sean-explotados-en-colombia>

Continuar con esta política no representa ninguna garantía, ni para los migrantes ni para el Gobierno. Como ha quedado demostrado, en la Unión Europea la línea de securitización ha aumentado los flujos clandestinos y la marginalidad:

“La política de clausura de fronteras promovida por los gobiernos de la Unión Europea en las dos últimas décadas ha alimentado la entrada clandestina de extranjeros y también los fenómenos que surgen a su alrededor, como la explotación, la discriminación, la marginalidad social, la proliferación de mafias, la xenofobia y, en última instancia, los procedimientos administrativos de detención y expulsión de extranjeros, muchos de ellos trabajadores radicados desde hace tiempo en territorio europeo”. (Silveira, 2002, p.17)

Pese a los debates que han planteado las organizaciones europeas que defienden los Derechos Humanos de los migrantes, la expulsión como medida administrativa se ha sostenido a través de los centros de internamiento para extranjeros. Debido a un presupuesto insuficiente y a unas leyes incipientes, Migración Colombia no ha instalado centros de internamiento. Los centros de control migratorio, sin embargo, tienen más elementos en común con un centro de detención que con una oficina de atención al migrante. El problema, como lo explica Silveira, consiste en que “los centros de internamiento constituyen una de las expresiones más diáfanas de una cultura autoritaria que, por un lado, configura la inmigración clandestina como un ‘cuasi-delito’ al cual se responde con una detención especial y, por otro, no duda en utilizar el internamiento como instrumento de control” (Silveira, 2002, p.30).

El resultado de esta postura acentúa la migración irregular como un fenómeno peligroso per se, el cual debe ser abordado desde los instrumentos administrativos y policivos de defensa. De otro lado, a través del discurso de tráfico de migrantes, utilizado por el Ministerio de Relaciones Exteriores durante la coyuntura migratoria de Turbo, se criminaliza a la migración irregular, alejando cada vez más al migrante indocumentado de los derechos

civiles que podría poseer de acuerdo a la Constitución de 1991. Dicho de otra manera: la exclusión de los extranjeros de los derechos civiles “significa la puesta en marcha de un proceso de reducción de ciertas categorías de seres humanos de personas a no-personas” (Dal Lago, 2000, p. 139).

Paradójicamente, con el aumento en la llegada de migrantes venezolanos el Gobierno se ha mostrado “preocupado” por las condiciones de precariedad laboral de los migrantes; preocupación que ha justificado las deportaciones. Sin embargo, la expulsión del territorio constituye una medida incluso más grave para el migrante que la precariedad laboral, pues de inmediato lo despoja de los atributos que podría tener como ciudadano. Por el contrario, la regularización de los migrantes podría representar una salida para prevenir la marginalidad y la precariedad laboral. La irregularidad administrativa, como se ha visto en la Unión Europea, conlleva a la clandestinidad, a la precariedad y a la marginación social.

La Ley 1465 de 2011 es, actualmente, la norma bajo la que se rige el Gobierno en materia de migraciones. Desde su presentación ha sido criticada por los vacíos existentes en relación a los extranjeros. “En el documento no se visibiliza con el mismo esmero el interés por dar tratamiento y protección a los derechos de los extranjeros presentes en Colombia, aspecto que puede generar algo de preocupación, si se tiene en consideración que el deber ser de una política migratoria con enfoque en derechos humanos consiste en que debe realizarse de manera concertada, tanto con los países de origen, como de destino” (Palacios, 2012, p. 90).

Como se explicó en el presente capítulo, el Estado Colombiano se ha esforzado por innovar en materia legislativa para atender a los connacionales en el exterior a través de la Política Integral Migratoria (PIM). La Ley 1465 devela unos objetivos relacionados con

acuerdos bilaterales en beneficio de las condiciones de vida de los colombianos en el exterior (Palacios, 2012). No obstante, esa asistencia no es correspondida ni jurídica ni presupuestalmente con la atención de los extranjeros. Este desbalance de garantías puede resultar perjudicial cuando el Estado se enfrente a migraciones masivas como las que se vienen presentando – cada mes con más frecuencia – en Turbo. En última instancia, por los diferentes acuerdos internacionales suscritos, el Gobierno podría ser sancionado, como sucedió con el fallo del Consejo de Estado en favor de los migrantes cubanos.

En materia de política migratoria, las opciones no se limitan a dos líneas, una cerrada, vigilada, y otra abierta, con posibilidades de regularización. Héctor Silveira y otros académicos han propuesto medidas concretas para que los estados garanticen los derechos de los migrantes irregulares dentro del marco político actual. Un primer paso que podría dar el Estado sería respetar el debido proceso y analizar si los extranjeros indocumentados están dispuestos a regularizar su situación. En segundo lugar, la posibilidad de regularización podría ampliarse y no limitarse, como sucede actualmente, a casos “extraordinarios” y con procesos administrativos que pueden tardar meses en resolverse. Si se sostiene la excepcionalidad en la regularización aumentará la clandestinidad y la deportación se consolidará como mecanismo de control. (Silveira, 2002, p. 54).

El Estado también tiene la posibilidad de formular una política corresponsable. Como lo explica Sami Naïr, con la corresponsabilidad se puede lograr que tanto los países de acogida como los de origen se responsabilicen de los flujos bajo una visión de Derechos Humanos. “La inhibición de los estados en la gestión de los flujos migratorios provoca que los inmigrantes queden en manos de la oferta y de la demanda del mercado, con la posibilidad de caer en las redes de las mafias de trabajo clandestino” (Naïr 1998, p. 9-10). Otra medida

que está sobre la mesa es la flexibilización de la legislación laboral para favorecer el empleo, principalmente en los sectores en los que se necesita mano de obra. De esta manera se podría evitar la precariedad laboral.

No es imposible aplicar otras políticas migratorias en la región. En la Constitución de Ecuador, promulgada en 2008, el aspecto migratorio fue tratado desde la perspectiva de la movilidad humana, un tema que contó con 58 artículos enfocados en una misma dirección: la protección de los derechos humanos de la población migrante. En la carta política queda establecido que el Estado ecuatoriano, en primera medida, tiene que velar por los derechos de las personas en movilidad (Nasimba, 2010). El Artículo 40, por ejemplo, establece el derecho a migrar de las personas y la no criminalización de los migrantes irregulares. Se prohíbe todo desplazamiento arbitrario por parte de las autoridades a la población migratoria y se establece el derecho a no ser discriminados por razones como la condición migratoria, un aspecto que está ausente en la Constitución colombiana.

Otro elemento que no se puede perder de vista es el económico: las transferencias financieras y de mercancías de la inmigración "contribuyen al desarrollo del país de origen como contribuye al del país de acogida. Es la quintaesencia del codesarrollo. Debemos concienciar de este proyecto y orientarlo hacia fines socialmente emancipadores" (Naïr 1998, p. 9-10). El Estado podría, por ejemplo, incentivar proyectos que los migrantes puedan desarrollar en su país de origen, ya sea la creación de empresas o el desarrollo de actividades comerciales de tipo familiar, como la construcción de colegios, bibliotecas o hasta la electrificación de barrios sin acceso a servicios públicos. Para lograrlo, Naïr propone crear un sistema de financiación para gestionar microproyectos que les permita a los inmigrantes

superar las carencias de los bancos (Nair 1998, p. 9-10). Estas propuestas, sin embargo, solo serán posibles si se consolida una política migratoria incluyente.

El gobierno de Rafael Correa intentó implementar las leyes a través de la creación de nuevas entidades, como la Secretaría Nacional de Migrantes, dependencia encargada de brindar protección y atención a la población migrante. Sin embargo, en el momento de ejecutar las políticas el Gobierno estableció criterios de diferenciación de migrantes para otorgar las ayudas y reforzó la seguridad fronteriza, dificultando el libre tránsito. “En materia de inmigración, prima un discurso diferencial para la población inmigrante de acuerdo a la nacionalidad que se posea. Por ejemplo, el gobierno de Correa ha evidenciado una mayor voluntad política para regularizar la situación de la población peruana que vive en nuestro país. Mientras que para la población colombiana ha agudizado las medidas de control” (Nasimba, 2010, p.88).

## **Capítulo 2. Subjetividad y migraciones: saber migrar.**

*“Sometime you have to stand alone to prove you can still stand”, Don Ib, migrante nepalí.*

Oculto entre la maleza, unos centímetros debajo de la tierra. Allí estaba el brazo de un ser humano despedazado. El calor en la selva del Darién era insoportable. A las tres de la tarde el hambre aparecía con frecuencia. Al margen de estas condiciones, Andy tenía el recuerdo intacto: “Yo estaba parado sobre el pecho de un hombre sin saberlo. Cuando miré hacia abajo vi el brazo con el tatuaje de un nombre: Elizabeth. Todo eso pasó en mayo, cuando traté de pasar por primera vez por la selva del Darién hacia Panamá”.

7 de mayo de 2016. Hace unos días que Andy partió de Remedios hacia La Habana. Dejó a sus dos hijos en manos de su madre y su esposa. En el bolsillo tenía un pasaje de avión que lo llevaría desde La Habana hasta Guyana. El valor de ese tiquete es difícil de calcular. Andy, de 45 años, tuvo que vender su nevera, la moto, el computador, todo lo que le pertenecía para comprar el tiquete. El sueño era claro: llegar a Estados Unidos, trabajar unos años y llevar a sus hijos. Esta sería la primera travesía migratoria.

La selva del Darién, que comunica a Colombia con Panamá, es uno de los tramos más inciertos y peligrosos que Andy tendría que cruzar. Lo sabía desde La Habana, cuando leyó noticias sobre desapariciones, coyotes, guerrilla y paramilitares. La prevención fue desvaneciéndose a medida que continuaba su camino. De Guyana tuvo que salir a las 4:30 de la mañana en una lancha con 42 personas. Fueron 18 horas sin pararse de la barca. A medianoche pisó territorio venezolano. Después, 28 horas en bus para llegar a Táchira. En medio hubo intentos de robo y sobornos.

En Bogotá conoció al “coyote colombiano”, un joven que él describe como “de 20 años, con heridas en la espalda”. En la capital le entregó 900 dólares para cruzar a Panamá. Llegar a Medellín y viajar desde allí hasta Turbo no fue mayor problema. El trayecto se detuvo por unos meses en el intento por cruzar la frontera con Panamá. Parecía que algo más allá de sí mismo no le permitía salir de Colombia. Primero fue una panga de madera con un motor de 125 centímetros cúbicos, que lo trasladaría hasta el Darién. “Ahí trataron de meter a 28 personas, yo sabía que eso era para máximo 14 personas, por eso no me subí”.

A la selva del Darién llegó en la mañana, partiendo desde El Waffe, el puerto oficial de Turbo. Otro pago, un nuevo coyote, eso era lo de menos. “Yo llevaba poca comida, calculando que serían 10 días por la selva. Llevé mucha agua, maní, galletas. Caminamos desde las cinco de la mañana hasta las 12 del mediodía sin parar. El muchacho que nos llevaba paró y dijo, bueno, descansen dos horas. En ese momento me fui a orinar y me quité los zapatos. Los pies me palpitaban. Me sentí como liberado cuando me los quité. El piso estaba muy suave, pero ya misteriosamente suave. Ahí fue cuando me di cuenta que estaba parado sobre un brazo y pensé ‘tengo que salir de aquí’. Me retiro”.

Andy afiló dos lanzas que hizo con palos que encontró en la selva. Puso cada una en los costados de la mochila, agarró el machete y regresó solo hasta Turbo. Fueron cuatro horas y media caminando de vuelta. De ese trayecto apresurado, nublado y por momentos fangoso, poco recuerda. Regresó casi de manera inconsciente, con una idea fija en la cabeza: el brazo y el nombre Elizabeth. ¿Qué habría detrás de esa historia? “Cuando llegué al muelle era de noche. Unos malandros de esos que andan en moto me vieron desde el otro lado de la calle. Cuando la crucé y vieron cómo estaba, todo lleno de barro y con dos lanzas en la espalda, me

abrieron paso, como si fuera un líder. La verdad es que estaba lleno de llagas, cuando me bañé en el hotel gritaba porque las llagas estaban vivas, se veía carne y la sangre”.

Julio de 2016. Algunos lo pueden llamar destino, dice él, pero al regresar a Turbo se encontró con 1.500 cubanos que armaron casas improvisadas en un tugurio del municipio, muy cerca del barrio obrero. De la selva pasó a dormir en una bodega con familias cubanas que pedían, como otros, que el Gobierno colombiano los enviara en avión hasta Ciudad de México, una petición que terminó con amenazas de deportación por parte de la Ministerio de Relaciones Exteriores.<sup>16</sup> El trayecto de los cubanos se detuvo por lo menos dos meses, mientras buscaban una salida segura hacia Estados Unidos, o como pidieron en ese entonces, por lo menos hasta la vía Panamericana en Panamá.

Lo que les sucedió a centenares de cubanos en Turbo fue una novedad para las autoridades locales y el Gobierno central. No obstante, en los flujos migratorios hacia Europa la suspensión se ha convertido en un factor común. En las últimas décadas, autores como Arjun Appadurai (1996) y John Urry (2007) han estudiado cómo el fenómeno de la globalización altera los tiempos de las migraciones, a tal punto de generar múltiples tipos de movilidad. En el contexto actual, la suspensión migratoria se presenta con frecuencia por las barreras institucionales y los mecanismos de control de los Estados.

En los últimos tiempos, como lo ha explicado Appadurai, se ha hecho evidente que los intereses individuales están lejos de los que se traza cada nación.

“La transformación de las subjetividades cotidianas por obra de la medicación electrónica y el trabajo de la imaginación no es solo un hecho cultural. Está profunda e íntimamente conectada con lo político, a través del modo nuevo en el que las lealtades, los

---

<sup>16</sup> Ver en <http://migracioncolombia.gov.co/index.php/es/prensa/comunicados/comunicados-2016/agosto-2016/3183-migracion-colombia-inicia-deportaciones-desde-turbo>

intereses y las aspiraciones individuales cada vez se intersectan menos con las del Estado-Nación” (Appaduari, 2001, p.13).

La movilidad de los cubanos devela, por un lado, la fantasía de llegar a un país en el que sea posible el consumo, donde las directrices del Estado no influyan directamente en sus vidas. De otro lado, se presentan una serie de aspiraciones relacionadas con la “dignificación” de las familias y un futuro “bienestar”. Estos dos conceptos se alejan de lo que el Estado cubano ha ofrecido como bienestar y dignidad. Si bien estas motivaciones aparecieron frecuentemente en las entrevistas, existen razones individuales diversas: seguir “el camino de Dios”, demostrar que pueden cruzar la selva y llegar a Estados Unidos, demostrar que no tienen miedo, ni a los coyotes ni a los Estados. Demostrar que pueden desafiarlos.

La construcción de la dignidad en la mente de Andy, así como en otros interlocutores cubanos, está ligada directamente con lo que le puede ofrecer a sus familias, es decir, con una proyección de futuro en donde, además de educación y salud, hermanos, hijos o padres puedan viajar, ir a una universidad en el extranjero, comprar una moto o un carro nuevo; al fin de cuentas, vivir como los otros han vivido; un modo de existir que, hasta ahora, solo han observado.

Migrar no es un acto improvisado. En el punto de suspensión se pueden analizar las estrategias que tiene cada migrante para continuar su camino y elaborar, así sea a corto plazo, su destino. Jonathan Echeverri describe algunas experiencias de la suspensión migratoria a la luz de la categoría errancia, que envuelve conceptos como aventura, viaje, desaceleración, error y viajes sin un rumbo establecido (2012, p.4).

Estos procesos también son descritos a partir de la categoría “vagancia”, que implica en primera medida la omisión de vínculos con el lugar de origen. “Es un tiempo de

preparación, de paso por todos los despegos que implica el aprendizaje de saber-circular. Algunos, sin embargo, se pierden en esta situación: indocumentados, exiliados sin apoyo, fugitivos, o sencillamente por desgracia, individuos sin más recursos materiales y simbólicos" (Tarrus; 2000, p. 51).

El "saber migrar" se convierte en un eje fundamental de investigación. No solamente porque devela redes, motivaciones, interacciones con las instituciones sino porque permite comprender la subjetividad desde el mismo acto de migrar. Dimitris Papadopoulos, Niamh Stephenson y Vassilis Tsianos explican, por ejemplo, que algunos "imperativos" del sistema neoliberal se reflejan en la subjetividad y/o experiencia del migrante. La flexibilidad, por ejemplo, se traduce en vulnerabilidad; la disponibilidad en hiperactividad; la comunicación excesiva en inquietud; la movilidad en desaliento y la inteligencia emocional en afecto exhaustivo (2008, p. 235).

Las condiciones precarias por las que tienen que pasar los migrantes pueden ser subvertidas a través de la forma en la que ellos afrontan la experiencia. En el punto de suspensión, cuando están en riesgo adscripciones como la ciudadanía, el modo de afrontar la situación demuestra que la subjetividad puede transformar el modo de vivir la migración, subvirtiendo el orden precario. En ese sentido, la movilidad no se queda reducida a un simple trayecto en busca del consumo. En juego entran, además, las estrategias para cruzar fronteras, la capacidad para sobreponerse a situaciones adversas como los robos e interactuar, en la medida de lo posible, de acuerdo con el contexto.

"Los migrantes se conectan entre sí a través de sus devenires, a través de su propia transformación gradual y cuidadosa, a veces dolorosa, de su constitución corporal existente;

ellos cumplen sus deseos cambiando cuerpos, voces, acentos, pelo, altura, género, edad, biografías" (Papadopoulos, Stephenson y Tisanos, 2008, p. 216).<sup>17</sup>

En la experiencia migratoria el sujeto gestiona la errancia, es decir, aprende a moverse en la clandestinidad, sopesando riesgos, siendo consciente de sus límites y su representación ante el otro. "Los migrantes clandestinos no circulan 'a ciegas', sino que, su circulación por el contrario, su circulación es el resultado de las informaciones que recogen en diferentes lugares y de las elecciones que hacen" (Carnet; 2012, p.35). Si bien los migrantes en su mayoría no tienen proyectos en común después de llegar al lugar de destino, gestionan relaciones y recursos en el punto de suspensión.

No es extraño que los migrantes construyan *ghettos*, como sucedió en Turbo. Al establecer relaciones logran que "estos espacios sean habitables, los convierten en lugares de sociabilidad muy densa y lugares de resistencia" (Carnet; 2012, p.47). Esta resistencia es la que permite, en muchas ocasiones, la circulación. En el caso de Turbo, el Estado colombiano denegó las peticiones y realizó deportaciones. Aunque pareciera una "derrota", los migrantes lograron que los medios de comunicación abordaran la situación desde un punto de vista humanitario. Del otro lado, el aparato judicial les dio la razón a través de un fallo del Consejo de Estado<sup>18</sup>.

Como dice Carnet: el migrante clandestino "construye orden allí donde la marginalidad hubiera podido llevar al caos (...) el migrante se construye como 'clandestino', creando, a partir de la ilegalidad, unas nuevas formas de estar en el mundo, marcadas por el

---

<sup>17</sup> Cita original: "Migrants connect to each other through becomings, through their own gradual and careful, sometimes painful transformation of their existing bodily constitution; they realize their desire by changing bodies, voices, accents, patois, hair, colour, height, gender, age, biographies".

<sup>18</sup> Ver en <http://www.elcolombiano.com/colombia/deportacion-de-cubanos-fue-ilegal-consejo-de-estado-MK5387781>

saber-circular, el saber-fintar, el saber-encontrar brechas” (2012, p.47). Estancado muchas veces por las barreras estatales, el migrante se redefine desde su propia experiencia para continuar un camino que, como definen muchos de ellos, es heroico.

La historia de Andy es solo una de las que nos remite a los conceptos ligados con la errancia y, en general, con lo que denominó Carnet como “saber migrar”. En Turbo, mis interlocutores demostraron diferentes estrategias para llegar hasta Estados Unidos. Una de ellas consistía en definir los lapsos de espera, en perfeccionar la paciencia, como veremos más adelante con los casos de Andy y Jessica. También, como sucedió con otros migrantes provenientes de África, salen a flote diferentes puntos de vista sobre el trayecto migratorio, trayectos que, valga la pena decirlo, no suelen coincidir con el Estado. Como lo veremos, el análisis institucional y oficial se limita a definición de trayectorias y análisis cuantitativo de migrantes. De fondo, como lo admiten, hay mucho por comprender.

## **2.1 Las rutas identificadas por la OIM**

Son contados los estudios académicos que han abordado el tema de la migración en la frontera entre Colombia y Panamá. Migración Colombia, que tiene una capacidad menor en la zona por escasos recursos y personal, ha sido la fuente primaria de la mayoría de informes. De estas cifras se desprende, por ejemplo, que la mayoría de migrantes sean cubanos, nepalíes y chinos. Uno de los informes recientes sobre los migrantes en esta región fue elaborado por la Policía Nacional. Encontraron, por ejemplo, que entre 2011 y 2012 hubo un aumento del 69% en lo que llaman “tráfico de migrantes”. La mayoría de ciudadanos provenían de Cuba (54,57 %), China (17,86%) y Nepal (7 %). (Estupiñán, Salcedo y Montaña, 2014, p.89).

Un informe transversal que recopila rutas y cifras de la migración en América Latina es “Migrantes Extracontinentales en Sudamérica”, escrito por investigadores de la Organización Internacional para las Migraciones (OIM). Entre 2000 y 2010, según el documento, los flujos migratorios superaron 11 millones de personas (OIM, 2013, p.12). El estudio confirma la ruta migratoria de cubanos que pasan irregularmente hasta Estados Unidos: “Muchos de los cubanos primero llegan a Ecuador, donde no precisan visa, y desde allí continúan su viaje por Colombia, Centroamérica y México con rumbo hacia los Estados Unidos” (OIM, 2013, p.15).

Estas son las rutas que, en su momento, identificó la OIM:

**Cuadro 3: Rutas hacia Centro y Norteamérica por nacionalidades representativas en la región**

SOMALÍES	CHINOS	HINDÚES	NIGERIANOS	ETIOPESES
Arriban a Dubai, luego a Emiratos Árabes, después a Moscú y al final Cuba; posteriormente van a Colombia, para terminar provisionalmente en territorio mexicano	Pagan entre 30 mil y 50 mil dólares para llegar a México. Vuelan desde Ecuador al DF, después son trasladados por tierra hasta a Tijuana	Están exentos de visa para ingresar a Guatemala, donde se mezclan entre los ciudadanos centroamericanos para ingresar a México por Tapachula, Chiapas y continuar con su sueño americano	Se trasladan a Italia y España con pasaportes falsos. De ahí viajan en barco a Cuba, Colombia, Ecuador y/o Argentina, donde permanecen seis meses trabajando para juntar dinero, y continuar a México	Salen desde Sudáfrica con pasaportes falsos hasta Brasil, donde no se pide visado a los sudafricanos. Desde ese lugar viajan a Colombia para seguir hacia México

*Fuente: El Universal Online (2011).*

Partiendo de los cubanos que entrevisté, el camino conocido era Guyana-Brasil-Perú-Ecuador-Ipiales-Medellín -Turbo. “Uno se pone de acuerdo con los amigos desde Cuba y ya sabe que otros han pasado por ahí y que hay más migrantes que suben por ese mismo camino

entonces se hace más seguro, aunque más largo”, me explicaba Toño, un migrante cubano, ex empleado del Estado, de unos 42 años de edad.

Los cubanos, a partir de testimonios de parientes o amigos que habían llegado a Estados Unidos sabían, en la mayoría de los casos, que por 10 dólares o menos se podían quedar en un hostel decente en Turbo, que el agua no era potable, que era mejor llevar atún y galletas en las maletas, que los mototaxistas los podían robar, que seguramente los policías pedían sobornos. Andy, por ejemplo, sabía que el policía no lo podía deportar. Se negó a entregar todo su dinero, con la certeza de que el agente no podía hacer mucho más. Esta acción, sin embargo, no es común para todos los migrantes que transitan por Colombia.

Otra ruta concurrida era la que tomaban nepalíes e hindúes. Tiquete en avión hasta Brasil, que puede costar cerca de 2.200 dólares. Desde ahí toman la misma ruta de los cubanos: Perú, Ecuador, Colombia. A diferencia de los cubanos, ellos no conocían el trayecto con tanta precisión. La selva del Darién era, por ejemplo, un punto verde más en Google Maps. Coincidían con los cubanos en que tenían números de teléfono de coyotes que sus amigos les había recomendado, pero no siempre todo salía bien, no siempre el precio era el mismo. Lo mismo con la policía y los funcionarios de Migración Colombia. En una conversación con Tuli, migrante de Somalia, y Disnay, de Cuba, escuché una premisa en la que estuvieron de acuerdo: “O me muero o llego allá”. Le dijo Disnay a Tuli. Hice la traducción en inglés. “Agree (de acuerdo)”, respondió.

La diferencia entre los migrantes cubanos y los latinos es muy amplia con los ciudadanos de África o Asia que no saben hablar español. Mientras que Don Ib, un migrante nepalí de 24 años, me confesó que para llegar hasta Costa Rica había gastado 40.000 dólares, los cubanos, hasta Turbo, gastaban a lo sumo 6.000 dólares. Esta diferencia se acentúa por

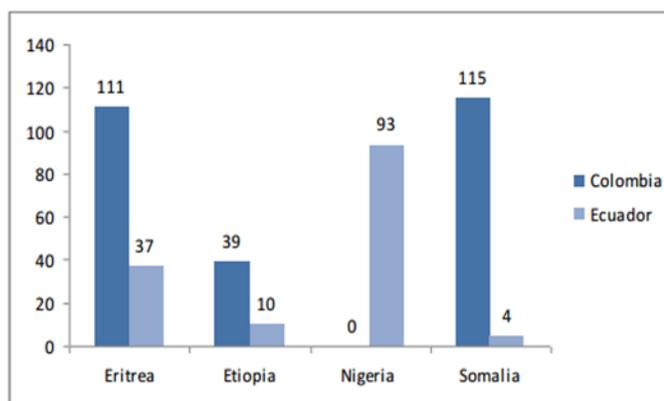
los sobornos, los precios de los hoteles, de la comida, hasta del mismo transporte. En la mayoría de los casos en los que interactuaba con personas de Asia o África me desempeñaba como un intermediario entre ellos y la señora de la tienda, la del almuerzo, el de la lancha. Hablaban conmigo y después me pedían el favor de traducir. Era muy fácil que les cobraran de más, que les robaran sus pertenencias.

A veces es Sao Pablo, otras Brasilia o Rio de Janeiro, pero los migrantes africanos coinciden en la ruta Suráfrica, Brasil, Perú, Ecuador y Colombia. Que pasen por Turbo es una cuestión de azar. Los dos compañeros de Tuli lo consideraban así. Viajaban con un mapa viejo, tachando lugares, escribiendo signos en donde podía haber policía, hostales, comida. Todo lo sacaban de Google Maps. De ahí a que ellos me pidieran un tiquete en bote para el municipio de Unguía, en Chocó. Viendo el mapa les parecía más cercano cruzar por el Parque Nacional Katíos y llegar a Panamá, sin saber que la guerrilla del Eln controla la zona y que no existen mayores garantías de seguridad o un grupo grande de acompañantes.

De las rutas identificadas por la OIM es interesante observar algunas continuidades y cambios por la transformación de las políticas migratorias y de los contextos locales. Es así como, por ejemplo, los cubanos dejaron de acudir masivamente a Ecuador y optaron por Guyana. La razón: el requerimiento de visa exigido por el gobierno de Rafael Correa en noviembre de 2015. Llama la atención, además, que Brasil constituya un punto crucial de paso para los cubanos después del cambio en la legislación ecuatoriana. Brasil también aparece en las trayectorias de migrantes africanos que decidieron viajar desde Suráfrica hasta allí.

El siguiente gráfico también resulta pertinente en la medida en que muestra una continuidad en relación a la migración de somalíes.

**Gráfico 1: Nacionalidad de los inmigrantes africanos solicitantes de refugio en 2009 en Colombia y Ecuador**



Fuente: OEA-CEAM, 2010

De acuerdo con la investigación, el paso irregular entre la frontera de Colombia y Ecuador se da principalmente desde El Carchi hacia Ipiales, desde donde llegan en buses. Posteriormente se trasladan a Cali. En el caso del Valle del Cauca y Cauca, la vía Panamericana permite movilizar a los migrantes de manera rápida y con bajo costo hasta Antioquia (OIM, 2013, p.46). Sobre Antioquia y Chocó el estudio señala lo siguiente: “Se ha detectado actividad de los ‘Coyotes’ en el terminal de transporte de Medellín, en las selvas del Chocó y en el Urabá antioqueño y chocoano, los cuales, por su ubicación geográfica, son utilizados como centro de operaciones donde los traficantes trasladan a los extranjeros hasta puertos marítimos en Turbo (Antioquia) y Acandí (Chocó), lugares donde finaliza la ruta nacional y comienza el siguiente tramo vía marítima o terrestre a través del ‘Tapón del Darién’ hasta Panamá, con destino a Estados Unidos o Canadá” (OIM,2013, pp. 47-48).

En relación con Turbo, el informe da cuenta de algunas situaciones que recientemente también han cambiado. “Se ha identificado que los ‘coyotes’ de Turbo prefieren movilizar a los extranjeros los fines de semana en altas horas de la noche, bordeando la costa y utilizándolos como remeros hasta llegar a mar abierto, donde encienden motores y continúan

su ruta por el Golfo de Urabá hasta Acandí (Chocó)” (OIM, 2013, p.47). El estudio también reconoce que hay presencia de bandas criminales en la zona que cobran hasta 200 dólares por migrante para transportarlos. También influyó la presencia del frente 57 de las Farc, quienes tenían control en el Tapón del Darién y, según la OIM, pueden llegar a cobrar hasta 1.000 dólares por migrante para movilizarlos hasta Panamá.

Con el acuerdo de paz con las Farc, la zona ha dejado de ser controlada por el frente 57 de esa guerrilla. De hecho, las bandas criminales, en su mayoría, se han abstenido de “traficar migrantes”, teniendo en cuenta que el tapón del Darién también es una zona transversal para el tráfico de estupefacientes, un negocio para ellos más lucrativo. De otro lado, los cobros actualmente oscilan entre 200 y 300 dólares para pasar a Panamá. Desde allí otro “coyote” puede pasar a los migrantes. Es decir que los pagos y los grupos detrás de la definición de trayectos pueden cambiar, así como las rutas en Centroamérica.

La OIM acepta los límites en el alcance de su investigación y reconoce, como lo mencionaré más adelante, que la migración en la frontera entre Colombia y Panamá va más allá de la comprensión del Estado y se camufla constantemente. “Si bien el DAS hace un esfuerzo importante en la sistematización de los datos estadísticos nacionales, aún no es posible establecer tendencias estadísticas, hacer análisis longitudinales por nacionalidad, grupos etarios, etc. Lo anterior se debe a que faltan mayores avances en la cobertura, desagregación y sistematización oportuna de los datos recopilados o a que éstos no lo permiten” (OIM, 2013, p.62).

Más allá de las cifras y análisis institucionales existen otros factores de la migración en Turbo que vale la pena observar. Partiendo de los estudios sobre migraciones que profundizan en la subjetividad del migrante, incluyendo también las perspectivas

psicológicas recientes sobre las migraciones, este trabajo ahonda en rasgos personales como el heroísmo y la resiliencia, aspectos que se hicieron evidentes en las historias de algunos de mis interlocutores.

## **2. 2 Aspiraciones, heroísmo y resiliencia en Turbo**

27 de julio de 2016. No había señal en la selva del Darién, era un milagro que el celular, después de 8 horas de caminata, funcionara como en el día en que partió. En Puerto Obaldía, un restaurante remoto tenía incrustado un aviso: “señal Wi-Fi”. Andy corrió y se conectó de inmediato. Abrió Whatsapp y se quedó mirando un rato la pantalla, con los ojos perdidos. Ya habían pasado tres meses desde el día en que dejó a su familia en Cuba. El Gobierno colombiano había forzado su salida de Turbo y ahora, por fin, estaba de nuevo en el camino. El mensaje que leyó en su teléfono móvil lo invitaba a regresar a Colombia, a vivir en Apartadó.

En junio, cuando vivió con otros cubanos en los cambuches del barrio obrero, conoció a una mujer que todas las mañanas llevaba alimentos, ropa y medicamentos. No era la única que lo hacía: la Alcaldía los visitaba todos los días, lo mismo hacía la Iglesia, la Defensoría del Pueblo y la Cruz Roja. Ella sostuvo charlas prolongadas con Andy. Cuba, el régimen de los Castro, cómo llegar a Colombia, en fin, todas las aventuras fueron entretejiendo una amistad.

“Yo me quedé pensando ¿ahora qué hago? En el mensaje ella me decía que si yo de verdad estaba enamorado de ella regresara a Turbo o a Apartadó, donde ella tiene su casa.

Ya sé que te va a parecer una locura pero crucé ¡por tercera vez la selva del Darién! Ya me conozco ese camino hasta mejor que los coyotes”, dijo entre carcajadas.

27 de agosto de 2016. Quedarse en Colombia era una posibilidad. Necesitaba que la Cancillería aprobara su solicitud de asilo político que presentó tan pronto regresó de Panamá. Mientras tanto trabajaría como mecánico en los talleres de Apartadó. “Cuando uno ha sufrido tanto en Cuba esto...esto no es tan difícil ¿qué te puedo decir? Cuando mi país dependía de la Unión Soviética estaba todo bien. Luego vivimos más de 30 años bajo el mandato del ‘no hay: no hay comida, no hay fiesta, no hay ropa, no hay vacaciones. Acá estoy bien”.

Cuando regresaba de Puerto Obaldía, Andy se cruzó con Jessica, una cubana que por razones distintas también estaba estancada en la frontera. Quizá pasó por el mismo camino en donde está el restaurante en el que Jessica trabaja, por una calle destapada, silenciosa, tranquila, con un mar verde al fondo; hostales y casas de colores rodean la playa. Desde hace cinco meses Jessica se despierta mirando el mismo horizonte.

Jessica puede tener unos 28 años. Es una mujer que en Sapzurro no pasa desapercibida. Algunos tenderos la definen como “querida y carismática”. Yo la vi sonriente. Era una “mujer bella, bellísima, una rubia muy linda”, me decían antes de llegar al restaurante. Detrás del mostrador del restaurante, Jessica parecía tranquila. Guardaba cervezas en la nevera y picaba verduras para el almuerzo. Su vientre era más grande de lo que imaginaba. Tenía cinco meses de embarazo y su esposo, el dueño del restaurante, es colombiano, de Sapzurro.

El sueño americano estaba presente, pero podía pasar a un segundo plano. Esta es una premisa que con el tiempo Jessica comprendió. Resolver el tiempo inmediato, dar a luz.

Jessica, por decisión, sabía que le quedaban cinco meses de embarazo, cinco meses en Sapzurro. El dinero no alcanzó para llegar a Estados Unidos, de esto se dio cuenta cuando ya había cruzado la selva del Darién. Ahí apareció el mismo interrogante que en un momento asaltó a Andy: ¿regresar a Colombia y esperar?

En el momento decisivo había imágenes y recuerdos que la guiaban por el camino de regreso. No había una escena tan visceral y desgarradora como la que Andy retuvo en su memoria. Eran, por el contrario, la suma de muchos esfuerzos, días sin comer, robos, intimidaciones y pérdida de contacto con algunos integrantes del grupo de cubanos con el que viajó. En sus palabras:

“Llegamos a la selva sin coyotes. Lo que pensamos fue en seguir el río, seguir siempre el camino del río. Cuando crecía nos mojábamos todo. La comida se acabó, se mojó y en un punto del camino, yo no sabía si era la mitad, solo nos quedaba coco y mango para comer. Yo no comía ni dormía nada. Era mucho estrés el que llevaba. Me pasó que me despertaba y los pies y los pantalones estaban todos mojados por el río, se crecía y yo no me daba cuenta. Había muchos mosquitos, el clima era muy difícil y mis pies al final ya estaban muy cansados. Cuando llegamos a Puerto Obaldía un grupo de indígenas nos ayudó. Yo estaba ya con un grupo de haitianos. Para mí seguir ahí era difícil porque ni siquiera podía comer, se me cerraba la garganta, estaba muy nerviosa. Estando allá nos dijeron que Panamá había cerrado la frontera, que lo mejor era que nos devolviéramos a Colombia”. (Entrevista con Jessica, octubre de 2016).

Las circunstancias develaron otras opciones. Estando embarazada, Jessica buscó ayuda de la Acnur, esperando un asilo político. Su familia está en Kentucky, Estados Unidos. Solamente faltaba ella por cruzar la frontera. La esperanza de obtener el asilo político era alta: su madre y su padrastro lo tenían por pertenecer al Partido Democrático 30 de Noviembre, crítico del Gobierno de Fidel y Raúl Castro. Ella hacía parte de ese partido y por esa razón regresar a Cuba no era una opción, por lo menos no ahora. Hace unos años apenas,

en 2012, había sido liberado el cofundador del partido, Rafael Ibarra, quien permaneció 18 años en prisión por rebelión.

La respuesta de la Acnur llegó, la del Gobierno no. En la organización le ayudaron con los trámites pero pasaron cinco meses y la Cancillería no respondió. “Me dijeron que podía tardar un año en recibir respuesta pero ya sabes yo tengo el bebé y acá solamente hay una farmacia, se va la luz durante el día. No sé si pueda esperar tanto tiempo. Acá la mayoría de comida siempre es pescado, casi no se consigue carne. Es bueno porque es tranquilo, las montañas, la playa todo eso, pero no sé si sea lo mejor para el bebé”. Por el momento, el turismo ecológico intermitente permite que el restaurante continúe, que la vida con su esposo se sostenga en medio de un ambiente apacible.

El restaurante de Jessica es de su esposo, un tipo alto, moreno, desconfiado, que merodeaba la cocina mientras ella sostenía una conversación conmigo. Se conocieron en uno de los momentos más difíciles para ella. Cuando regresó de Puerto Obaldía por el cierre de la frontera, la Defensoría del Pueblo le recomendó quedarse en Sapzurro por las deportaciones que la Cancillería estaba haciendo en Turbo. En su momento, su esposo y la familia de él le ayudaron con trabajo y con estadía. Después, como ella dice, “se dieron las cosas, pero yo no me lo esperaba, acá el bebé ni siquiera tiene salud, tenemos que llegar a Estados Unidos”.



Foto 3: La vista desde el restaurante de Jessica. Crédito: Santiago Valenzuela

Las montañas, las playas, la selva. Jessica no fue la única cubana que me habló sobre los paisajes como un elemento tangencial de su historia migratoria. En una digresión, los cubanos se detenían para explicarme, de manera detallada, la vida en la selva, los horizontes nuevos que se extendían. Afuera de la casa de Migración Colombia en Turbo, una cubana me describía la selva amazónica desde su perspectiva: una lancha llena de migrantes desconocidos, donde no se podía parar, solo observar por horas.

“Recuerdo mucho la parte del camino entre Tabatinga y Leticia. Ya sabes yo nunca había visto el río así, tan ancho, a las mujeres indígenas caminando, llevando su vida en la selva, como si, como si el tiempo no hubiera pasado. Eran todas las tribus en su estado natural, yo no pensé que pudiera ver eso en toda mi vida. Y en el camino fueron muchas cosas así, hasta que llegamos a Quito”.

Este pasaje, además de revelar fragmentos de la relación entre el migrante y el lugar, demuestra un aspecto subjetivo de la indeterminación. En una barca, con un paisaje desconocido e imponente en frente, no surgió la ansiedad ni el temor. Hubo un espacio para la curiosidad, para el descubrimiento. La experiencia con lo incierto puede terminar en algo bello, desconocido y esperanzador. El lugar, que es visto durante un lapso corto, no mayor a cinco o seis horas, adquiere sentido en la travesía por el valor intersubjetivo que representa. Más adelante ocupa un lugar especial, reservado, en el discurso del migrante cuando relata la indeterminación.

La relación entre el lugar y el migrante es solo un aspecto de la travesía. Existen otros elementos trasgresores que remiten directamente a la subjetividad, por ejemplo, los lazos con la comunidad y las amistades a veces fugaces con otros grupos de migrantes. En estos escenarios surge la creatividad para migrar, sobrevivir y detenerse cuando es necesario hacerlo. Más que angustia, en Turbo pude ver paciencia en el momento en el que los migrantes cubanos debían tomar decisiones. Paciencia que se apoyaba en los otros, en el escenario del actor.

### *Heroísmo*

Del trayecto de los migrantes irregulares en el mundo usualmente quedan imágenes construidas sobre depresión, angustia, ansiedad y desarraigo. Imágenes que han sido reforzadas por los medios de comunicación y algunas organizaciones como la Acnur o la Organización Internacional de Migraciones (OIM). Si bien estos elementos han sido objeto de estudio desde las ciencias sociales y la psicología, la “victimización” del migrante ha eclipsado en cierta medida los factores de resiliencia y los matices de aventura y heroísmo que surgen de los trayectos migratorios.

En la tarde del 10 de octubre de 2016, Turbo estaba en silencio. Los migrantes partieron en la mañana desde el Waffe, como es costumbre. En las calles el comercio estaba quieto, no había mucho movimiento. Frente a la casa de Migración Colombia encontré a un grupo de migrantes nepalíes sentados en el suelo, quietos, concentrados. Mientras los oficiales revisaban sus documentos para entregarles los salvoconductos, ellos jugaban con unas piedras que encontraron en el suelo y un pedazo de ladrillo que les servía como lápiz en el asfalto.



Foto 4: Juego de migrantes nepalíes. Crédito: Santiago Valenzuela

Eran tres: dos no mayores de 22 años y uno de 28, el más serio. Todos hablaban inglés y, a diferencia de la mayoría de migrantes, no se asustaron cuando un extraño se acercó a hablar con ellos. El juego se trata de armar una secuencia, partiendo desde diferentes puntos, el primero que logre ubicar las tres piedras en una línea recta gana. Me lo explicaron amablemente, y me ofrecieron ayuda en caso de que yo necesitara acercarme a Migración Colombia. No habían pasado 15 minutos y ya había sido introducido al juego.

Fue una conversación intermitente. Solamente pudimos interactuar durante un día, al segundo debían irse a la selva. Ellos no sentían que dejaran “todo atrás”. Don Ib era uno de ellos. Estaba conectado siempre en su celular Samsung, hablando por Whatsapp con su mamá, sus amigas. En Facebook publicaba imágenes de la plaza del Turbo, del pescado, del muelle con el mar de fondo. “Estaremos hablando por ahí”, me decía, tranquilo. Y, en efecto, no fue una despedida. Cada vez que obtenía Wifi en el camino hacia Estados Unidos me contaba qué estaba viviendo a través de Whatsapp.

Esta relación con los tres nepalíes, inmediata, inesperada reflejaba un ámbito intersubjetivo, alegre, que surge en la migración.

“A un nivel externo, el migrante tiene que redescubrir los límites aceptables del espacio interpersonal. La extensión del contacto físico, la proximidad espacial y la intimidad psicológica se convierten en una cuestión de renovada negociación y práctica psicosociales. El migrante se encuentra ‘demasiado lejos’ de sus país de origen, una distancia que él, como en la fase de la infancia, podría disfrutar durante un tiempo prolongado” (Akhtar, 1995, p.6).<sup>19</sup>

Los nepalíes eran amigos, vivían en un barrio periférico de Katmandú. Si bien no se definían como hinduistas, practicaban la religión. Al principio no hablaban de ello, quizás por una posible interpretación errónea de su interlocutor. Cuando les conté que estaba leyendo un libro de Paramahansa Yogananda quedaron sorprendidos. Lo admiraban. Este comentario abrió una puerta para comprender algunos fragmentos de su religiosidad. Hiperconectados con el mundo externo, la música, el rock and roll y al mismo tiempo conscientes de que, si no es por el sentido religioso, el viaje no tendría un final gratificante.

---

<sup>19</sup> Cita original: At the external level, the immigrant has to rediscover the acceptable limits of interpersonal space. The extent of physical contact, spatial proximity and psychological intimacy becomes a matter of renewed psychosocial negotiation and practice. More important, the immigrant finds himself “too far” from his country of origin, a distance that he, like the practicing phase toddler, might greatly enjoy for some time”.

El padre de Jurdu, uno de los jóvenes, era militar en la India. Su principal preocupación era que se desatara una guerra con Pakistán y su padre quedara involucrado en el medio. Sin mayores oportunidades de trabajo y un entorno político hostil, Jurdu pensó en viajar a China y conseguir trabajo: “No fuimos porque después de estar dentro de ese país, es muy difícil salir”, me dijo. La segunda opción fue Europa, donde los medios de comunicación tenían instalados las mayorías de sus reflectores, mostrando una “ola de migrantes”, una situación “insostenible”. Dos amigos de Jurdu llegaron a Europa pero pasaron meses sin trabajo.

Estados Unidos apareció como el destino más probable. Una razón de peso para emprender un viaje más extenso es que allí podían solicitar asilo político, en ciudades como Dallas, Nueva York o Chicago. Ya las tenían en mente. Los tres coincidían en que la crisis política de su país los había forzado a migrar, por lo que tendrían el derecho a obtener asilo político. “En el último año renunciaron tres ministros, no hay estabilidad política y tampoco trabajo”, me contaba Jurdu. El cambio continuo de políticos generaba nuevas reglas en el mercado, lo que cerraba puertas para crear nuevos negocios.

Antes de irse de Nepal, la situación había empeorado. El 25 de abril de 2015 un terremoto de 7,8 grados, el peor desde 1934, dejó 9.000 muertos y cerca de 22.000 heridos. En Sankhu, una población cercana a donde vivían, el 80% de las casas quedaron destruidas<sup>20</sup>. Familiares de Jurdu y de Don Ib, el otro joven, tuvieron que refugiarse en campamentos después del terremoto. De acuerdo con la organización internacional Oxfam, alrededor de 26.000 personas se asentaron en campamentos después del terremoto. Campamentos que, para abril de 2016, seguían en pie.

---

<sup>20</sup> Ver en <http://cnnespanol.cnn.com/2016/04/25/nepal-un-ano-despues-del-mortal-terremoto-que-dejo-casi-9000-victimas/>

Unas semanas después, en Sapzurro, hablé con unos migrantes nepalíes que estaban a unas horas de cruzar a Panamá. Además del terremoto, me llamó la atención el énfasis que hicieron en la política local como causa del desplazamiento. Para que yo comprendiera la situación de Nepal lo comparaban con Corea del Norte, precisando que la situación del último país era mucho peor. El maoísmo era un tema reiterativo en sus discursos.

En la época que los migrantes estaban viajando, Nepal se sumergía en la crisis política. El partido maoísta anunció en mayo de 2016 que rompería la coalición con el primer ministro K.P. Oli, quien estaba en el centro de las polémicas, en parte, por los escasos avances en la reconstrucción de viviendas después del terremoto. El contexto en el país natal era tan difícil, que los migrantes nepalíes esgrimían un argumento similar al de los cubanos: las condiciones allá son mucho peores que las de acá.

El esfuerzo para salir de Nepal no era menor. Con un contexto económico difícil (una de cada cuatro personas vive por debajo del umbral de la pobreza, según el Programa Mundial de Alimentos PMA), los migrantes necesitaban reunir 2.000 dólares para llegar a Ecuador o Haití, puntos intermedios para subir a Estados Unidos. Don Ib, quien me siguió hablando en su trayecto por Centroamérica, se quedó sin dinero en México. “Mi familia cubrió todos los gastos. Casi termino de gastar 40.000 dólares. Es mucho dinero, sabes...”, me escribió por Whastapp.

Don Ib era popular en Facebook. Cerró su cuenta al cruzar la frontera mexicana, sin embargo, en su trayecto utilizaba la red social para informar sobre su trayecto. Tenía fotos

en la selva del Darién con más de 400 “Me gusta”. Lo mismo hacía Jurdu. De su cuenta en Facebook me llamó la atención que subiera una foto en una calle sucia de Turbo, sonriendo. Después, tras cruzar la selva del Darién, escribió un estado que tuvo 90 “Me Gusta”: “No importante dónde estés. Recuerda todos estamos debajo del mismo cielo. ¡Gracias a todos por su apoyo!”<sup>21</sup>.

En su interacción con las audiencias era recurrente que lo felicitaran, le dieran ánimo, lo admiraran. Solo una foto no tuvo comentarios: una que subió desde la selva del Darién con una escopeta, caminando en la orilla del río. Además de informar sobre el trayecto, Facebook les permitía representarse a sí mismos ante la comunidad local. No era solamente un espacio de actualizaciones, en ese espacio virtual era evidente una relación estrecha con otros lugares, con los de paso y con el de origen. Estaban conectados, aquí y allá, con la escopeta en la mano y después una sonrisa con un paisaje de fondo en la siguiente fotografía.

### *Lejos de la quietud, por un tiempo*

El país de origen como significado de coacción e inercia. Así podían ver, los migrantes cubanos y nepalíes, sus tierras natales. La inercia no necesariamente representa una cualidad negativa. Muchos de los pobladores, como ellos lo advertían, podían vivir tranquilamente con “lo básico”, pero había otros, los que eran considerados “valientes”, quienes buscaban algo más, así fueran declarados traidores de la patria o perdieran la vida.

En la forma de contar las historias, los cubanos demostraban que el proceso migratorio era más gratificante que estar en casa. Andy lo dijo muchas veces: “Mis hijos me ven como un héroe. El futuro de ellos depende de mí, de que consiga un buen trabajo y les

---

<sup>21</sup> Traducción al español por el autor.

pueda dar lo mejor ya sabes, que el mayor sea un cantante de reggaetón con mucho éxito, que venda muchos discos”. Como Andy conocí a más cubanos que se sentían responsables de la esperanza de su familia, y asumían ese peso con orgullo.

En la trayectoria cubana el factor financiero es crucial. Me quedó claro después de conocer a Ricardo, Toño y Disney, tres cubanos, todos mayores de 40, que estaban viajando hacia Estados Unidos desde agosto de 2016. Llegaron en bus a Turbo a las 6 de la mañana, después de viajar ocho horas desde Medellín. Querían irse cuanto antes a la selva. Todos tenían listas las botas pantaneras, los machetes, las garrafas de agua, los enlatados. Eran, a diferencia de otros migrantes, mucho más precavidos y quizás preparados para cruzar el tapón del Darién.

Al fin de cuentas, no era la primera vez que transitaban, bajo diferentes riesgos, la selva tropical. Disney, por ejemplo, era un militar que fue apartado por el Estado luego de que su hija se quedara a vivir en Italia, sin autorización del Gobierno y con una visa temporal. Fue entonces cuando tuvo que vender todas las pertenencias y emplear todos sus ahorros en este viaje. Antes de llegar a Turbo había tenido que sortear largos trayectos en Guyana para cruzar a Brasil o Venezuela.

Los cubanos tienen que hacer un ejercicio similar al de los nepalíes e hindúes: revisar en la lista de países cuáles son los que no solicitan visa. De ahí mirar cuál es el destino más barato y cercano a los Estados Unidos. Hablar con familiares o amigos que hayan transitado la ruta y ahorrar el dinero. Por eso, algunos cubanos preferían cruzar directamente de Guyana hasta Venezuela, conscientes de que había que pagar cientos de sobornos, pero que esta ruta podría ser mucho menos costosa que la de Brasil.

Los tres cubanos querían llegar a Ecuador y desde ahí subir hasta Estados Unidos. Así estaba planeado pero sorpresivamente el Gobierno de Rafael Correa solicitó visa para ciudadanos cubanos desde el 1 de diciembre de 2015. Sobre Ecuador recaían diferentes presiones por convertirse en un punto clave de “tráfico de migrantes”. La opción más viable fue viajar a Guyana y desde ahí emprender un viaje por Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica. El pasaje en avión desde La Habana hasta Guyana puede costar alrededor de 2.000 dólares, precio que pagó Andy, como dos cubanos más que aceptaron confesarme la cifra que pagaron por ese tiquete de avión.

A diferencia de Andy, Disney, Toño y Ricardo llegaron a Guyana y de ahí se fueron en lancha hasta Brasil, para continuar una ruta que pasaba por Perú, Ecuador y después cruzaban la frontera en Ipiales. Desde Cuba sabían que los “coyotes” les cobrarían entre 200 y 400 dólares por trayecto específico, por ejemplo, desde Turbo hasta Puerto Obaldía. Unos 40 días tardaron para llegar a Turbo desde Cuba. Además de los pagos a los “coyotes”, tenían que pagar sobornos, especialmente en las carreteras de Colombia.

Toño repetía incesantemente los gastos. Era como si contara una anécdota de casino, como si estuviera jugándose todo su dinero en la ruleta rusa. “Mira yo trabajé 25 años con el Estado, 25, tenlo ahí presente. Después de ese trabajo pude ahorrar 28.000 pesos, lo que en Estados Unidos equivale a unos 1.000 dólares. Yo manejaba un camión del Estado y para poder salir necesité muchas veces sacar mercancías del camión, no solo para reunir el dinero para el viaje, también para alimentar a mi familia”.

Estas historias las contaban desde el balcón de un hotel en Turbo, donde pagaron 60 mil pesos por una habitación para tres. “Sí, fueron semanas por el río Amazonas, se veían muchos indios, veíamos todos los paisajes que quieras. Pero eran muchas horas sentados, ya

al final sin comer nada. Pero te aseguro que es mucho más difícil sobrevivir en Cuba”. Una sonrisa, la cerveza a la boca.

Que te meten preso si guardas carne de res en la nevera, que no puedes tomar leche todos los días, que no puedes hablar mal del Gobierno en público, que el salario mensual equivale a 200 pesos colombianos, que nunca podrás probar los camarones, que la energía eléctrica se va intermitentemente, que con 150 pesos alcanzan a comprar, a lo sumo, carne de cerdo para una semana. Estas eran las principales quejas de Toño y Ricardo, que en general repetían la palabra “no alcanzaba”. No desconocían, sin embargo, las bondades de la educación cubana y del modelo de salud. “¿Viste lo de la haitiana que murió de cáncer acá en Turbo?”, le pregunté. “En Cuba la habrían atendido sin cobrarle nada, eso te lo aseguro”, le decía Ricardo a Disney en lo que fue el comienzo de una acalorada discusión sobre el comunismo.

No eran suficientes las bondades del Estado. Esa era la conclusión de la conversación. Si se quedaban en Cuba, la hija de Toño, de 15 años, jamás podría tener el computador soñado: un MacBook Pro. Si se quedaba, Disney jamás podría viajar a Italia a ver a su hija, y no quería esperar a que ella se lo llevara con sus propios medios. Si se quedaba, Ricardo se veía en la obligación de vender frutas en la calle, pues el Gobierno lo había despedido de su trabajo en el área de inteligencia militar. “Lo importante es sentirse libre”, decía Disney, quien llevaba un arma en su maleta y una gorra con el símbolo de las avispas negras, las fuerzas de élite de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba (FAR).



Foto 5: Gorra de Disney, de las Avispas Negras. Crédito: Santiago Valenzuela

Disney se consideraba valiente. Justificaba su desacuerdo frente al régimen castrista con frases de José Martí. “No te olvides de esta frase: ‘Cuando el pueblo migra, los gobernantes sobran’”. Insistía en la libertad, un concepto confuso, resbaladizo. Él lo admitía. Se sentía libre comiéndose un pedazo de carne en el parque de Turbo con media botella de aguardiente. En Colombia han intentado robarlo, la policía le cobró sobornos en la carretera, entre 40 y 50 mil pesos por retén. Si le preguntan sobre el miedo también tiene una frase preparada: “Cuando te dé miedo tu sombra, párate, quédate quieto, y entiérrate”. Por la “libertad”, Disney había gastado la mayoría de sus ahorros en el trayecto hasta Turbo: 6.000 dólares. Para pasar la frontera de México con Estados Unidos, un coyote lo estaba esperando para cobrarle 2.500 dólares. “La libertad lo vale”, me dijo.

Las horas sin comer, las llagas de Andy, los sobornos de la Policía, los riesgos de los coyotes, las amenazas de una deportación, las noches sentados en un bote o debajo de un

árbol. Todos estos escenarios apuntarían a una vida miserable, muy lejos de lo que podría considerarse “digno”. Sin embargo, es justamente la oposición a esa representación la que le permite al migrante camuflarse entre los preceptos, confundiendo a los Estados, a las autoridades migratorias. Andy sabía que la solidaridad era necesaria, que de no ser por el cambuche que hicieron los medios jamás habrían llegado, ni la Cancillería. ¿Cómo se habrían estado en un supuesto estado depresivo y desolador?

Papadopoulos, Stephenson y Tisanos problematizan los conceptos predominantes sobre los migrantes, haciendo énfasis en la autonomía del migrante y de la migración en general.

“El enfoque de la autonomía de las migraciones no considera, por supuesto, la migración aislada de las estructuras sociales, culturales y económicas. Empero, lo opuesto resulta verdadero: la migración se entiende como una fuerza creativa dentro de estas estructuras. Este cambio cuestiona la dualidad que está presente en la teoría de la migración ortodoxa, es decir, el pensamiento economista de la así llamada nueva economía de la migración versus el humanitarismo del pensamiento comunitario y de los estudios sobre refugiados. También subvierte el discurso liberal del nuevo migrante como un trabajador útil y adaptable, así como la lógica de la victimización que prevalece en el intervencionismo paternalista de las ONG” (2008, p.203)<sup>22</sup>.

La trayectoria cubana, además de dejar en evidencia las estrategias y los costos de migrar, también devela otros aspectos de la migración que van más allá de los aspectos laborales y humanitarios. Si bien es cierto que la figura de asilo político desempeña un papel fundamental dentro de las motivaciones de los cubanos para llegar a Estados Unidos, existen otras razones que no son del todo visibles para el Estado. En el discurso de Disney, por

---

<sup>22</sup> Ver cita original: “The autonomy of migration approach does not, of course, consider migration in isolation from social, cultural and economic structures. The opposite is true: migration is understood as a creative force within these structures. This shift challenges the holy duality of orthodox migration theory: i.e. the economic thinking of the so-called new economics of migration versus the humanitarianism of both communitarian thinking and refugee studies. It also subverts the liberal discourse of the new migrant as a useful and adaptable worker as well as the logic of victimisation prevalent in NGO paternalistic interventionism”.

ejemplo, está presente de manera constante su historia como militar, como un hombre valiente que no le teme a las vicisitudes de viajar.

Como lo mencionaba anteriormente, existe una representación del migrante que se ha extendido entre las ONG: que se encuentra en una situación de vulnerabilidad, que no tiene la capacidad para ser un interlocutor con el Estado y que migra bajo condiciones de riesgo que no pueden prever. Aunque esta idea tiene soportes en la realidad — en efecto el migrante pierde comunicación con el Estado al ser considerado “ilegal” y pasa por condiciones vulnerables y riesgosas — no es una verdad absoluta. Las estrategias de los migrantes en Turbo demostraban, por el contrario, que la improvisación tenía un margen de acción mínimo.

La relación entre el régimen político y las aspiraciones de los migrantes nepalíes y cubanos era más fuerte que la de otros migrantes; los que provenían de África, por ejemplo. Andy, Ricardo, Disney, Jessica y Toño coincidían en una visión de futuro lejana a las limitaciones materiales, independiente de la atadura a una ideología política particular. De esta visión hacía parte la familia; en algunos casos se trataba de la reunificación familiar, como en el caso de Jessica y en otros de una búsqueda para “mejorar la calidad de vida” de los familiares en Cuba.

El argumento político no aparecía de manera tan frecuente en la etnografía de Jonathan Echeverri sobre las migraciones en Dakar, Senegal. Otros elementos y motivaciones salían a la luz. El deseo de permanecer en movimiento, de buscar un lugar que en un principio está en el ámbito de la fantasía, es uno de los argumentos centrales que expone el autor en trabajo. De hecho, la búsqueda por “otra parte” permanece, así el migrante haya alcanzado el lugar que estaba en el terreno de la fantasía (Echeverri, 2012). Los cubanos, por el contrario, tienen familias asentadas décadas atrás en Estados Unidos.

En las migraciones frecuentemente los gobiernos establecen dispositivos de control más allá de las fronteras, éstos pueden generar una desaceleración en el trayecto migratorio. Las fronteras funcionan para permitir el paso tanto como lo hacen para negarlo, trabajan para incrementar o aminorar la rapidez del movimiento así como para prevenirlo o invertirlo. Los gobiernos y los acuerdos internacionales son claves para este tipo de regulación. Es en las maneras en que las fronteras multiplican esta clase de posiciones subjetivas y sus tensiones correspondientes entre acceso y negación, movilidad e inmovilización, disciplina y castigo, libertad y control. (De Genova, Mezzadra y Pickles, 2015, p. 2).

En el caso de los cubanos, el mismo gobierno fue el que generó diferentes barreras. El plan de vida de Disney, por ejemplo, se vio frenado directamente por el poder político.

“Cuando yo trabajaba para las Avispas Negras todo estaba bien, era un militar del Gobierno, bien pago. Me daban 20.000 pesos al mes y tenía comida, educación y salud garantizadas. Hace unos años el Gobierno permitió que mi hija se fuera para Italia por dos meses pero ella se quiso quedar allá. Perdí el trabajo, me comenzaron a decir que yo estaba en contra de los Castro y perdí todo. Mira, mi hermano quería ser militar y estudiar publicidad, pero los servicios de inteligencia del Estado no lo dejaron porque era hermano mío”.

Había casos totalmente opuestos. En mi segundo día de campo en Turbo conocí a Wislet, un haitiano joven, no mayor de 25 años, con el pelo rojo y una barba pronunciada. La mayoría de haitianos que estaban sentados ese día en el Waffe no querían hablar, eran familias enteras, la mayoría me respondía en francés o portugués, sin interés de entablar una conversación. Al notarlo, Wislet se acercó y me dijo que hablaba español y se ofreció a ayudarme. En su trayecto migratorio, a diferencia del de Disney, existían más barreras en los países de tránsito que en el país de origen.

En media hora que faltaba para que saliera su embarcación me contó apartados de su historia. Después nos contactamos por Whatsapp, lo que me permitió estar al tanto de su trayecto y de los problemas que se le presentaban en el camino. El punto más angustiante que me contó fue cuando cruzó a Panamá y el Gobierno lo retuvo en un campamento ubicado cerca de la comunidad Nicanor, en la provincia del Darién. Justamente en agosto de 2016, el Sistema Nacional de Protección Civil levantó dos campamentos para mantener “el flujo de migrantes controlado”.<sup>23</sup>

El Gobierno de Panamá justificó la instalación de los campamentos argumentando razones de “sanidad” de la población local y en la necesidad de controlar los “migrantes irregulares”. Los funcionarios a cargo de los campamentos no dejarían salir a los migrantes sin aplicar una revisión médica y otros “controles biométricos”. La Secretaría de Comunicaciones del Estado aclaró que, más que un control policivo, buscaban tomar “todas las medidas sanitarias y de seguridad necesarias para que estos migrantes no representen un riesgo de salud o de seguridad para la población panameña”<sup>24</sup>.

Wislet quedó atrapado en este campamento por 40 días. “Es muy difícil, no tengo donde conectarme, no he podido hablar con mi familia, la comida es muy mala, se me acabó el dinero y duermo mal, el clima es muy muy caliente”, me contaba en una conversación telefónica por Whatsapp. En una segunda llamada le pregunté si podía juntarse con Don Ib y el otro grupo de nepalíes; Wislet viajaba solo. Soltó una carcajada y me dijo: “Aquí hay muchas personas, muchas familias, es imposible encontrar a alguien, hay más de 600 personas por campamento y todos los días llegan más”.

---

<sup>23</sup> Ver en <https://mundo.sputniknews.com/americalatina/201608161062834134-panama-colombia-migrantes/>

<sup>24</sup> Ver en [http://www.prensa.com/sociedad/Panama-construye-refugios-migrantes-Darien\\_0\\_4552794770.html](http://www.prensa.com/sociedad/Panama-construye-refugios-migrantes-Darien_0_4552794770.html)

Cuatro años atrás, en 2011, Wislet llegaba solo a Brasil. El terremoto de Haití del 12 de enero de 2010, que dejó al menos 150.000 muertos<sup>25</sup>, lo forzó a migrar hacia el Sur, principalmente por la ausencia de trabajo. Escogió Santa Catarina, al sur de Brasil, como su lugar de destino. Desde Haití le recomendaron asentarse en ese país por las oportunidades de trabajo que brindaría el Gobierno para adaptar la infraestructura del país a los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro en 2016 y al mundial de fútbol en 2014.

Su familia se dispersó, “algunos se fueron de Puerto Príncipe y otros se fueron a Bahamas”. En Santa Catarina terminó trabajando en una casa de cambio, atendiendo en las madrugadas. Se despertaba a las 3 de la mañana a trabajar y en las tardes estudiaba computación y español. “Después del mundial el negocio no era tan bueno. Al final me pagaban 200 dólares al mes y con eso no vivía bien. Ahorré más de un año para hacer el viaje, en Estados Unidos puedo tener un mejor trabajo. Eso espero porque hasta Ecuador me gasté 1.200 dólares”.

La última vez que hablé con Wislet fue el 5 de enero de 2017. Estaba desesperado. Llegó al norte de Panamá pero no podía cruzar a Costa Rica por falta de dinero. Su familia, desde Haití, le envió una transferencia que no podía reclamar. “Es muy duro, necesito 1.200 dólares para llegar a México, un amigo está en Honduras y tiene las personas que me pueden ayudar. ¿Cómo se llaman tus amigos de la India? Aquí no me dan el dinero que envió mi familia, no tengo cómo pedirlo”. Le di el número de Don Ib y desde el 18 de enero no se volvió a conectar. Por conocidos cubanos supe que todos los cubanos llegaron a Estados Unidos, de Wislet no supe más.

---

<sup>25</sup> Ver en [http://www.bbc.com/mundo/america\\_latina/2010/01/100124\\_haiti\\_terremoto\\_muertos\\_jp.shtml](http://www.bbc.com/mundo/america_latina/2010/01/100124_haiti_terremoto_muertos_jp.shtml)

En el Waffe, donde hablé con Wislet por primera vez, conocí a Frank, un migrante de Camerún. Simpático de entrada. Cordial. Alto, con ropa limpia y un maletín organizado. Vio algo en mí que no representaba peligro. Las percepciones eran importantes para él, pues como me explicaría después, “Dios sabía a quién ponía en su camino”. A su lado había un grupo de migrantes tomando cerveza. Su silueta, apartada de las demás, contrastaba en el escenario. Estaba solo, leyendo uno de los papeles que luego guardó en el maletín.

No tuvo reparos al decirme su edad: 32 años. “Soy Cristiano, eso es lo más importante que te debo decir de mi vida”. La risa le dio paso a un silencio que no supe cómo interrumpir. “Bueno te puedo decir más, yo era diseñador de interiores en Camerún, tuve una vida ‘normal’ en mi país hasta el año 2001. Lo recuerdo bien porque mi madre me regaló una Biblia para que siguiera ‘el camino de Dios’”. Su religión no se ajustaría a la política local, eso me lo confesaría después.

Era difícil explicar toda la situación local, el contexto político y las motivaciones de salir. Frank acudió a un recuerdo: el 30 de junio de 2016, justo cuando partía desde Camerún, 480 civiles aparecían en la lista de muertos por los intensos ataques de Boko Haram<sup>26</sup>, grupo armado, islamista, fundamentalista y al margen de la ley. La violencia era una de las razones para buscar un “lugar seguro”, al norte de Estados Unidos.

Si bien los cristianos en Camerún representan un 63% de la población y los musulmanes a un 14%<sup>27</sup>, los grupos radicales hacían que Frank se sintiera amenazado. Desde 2009, Boko Haram se expandió y recrudeció sus estrategias de lucha. El norte de Camerún

---

<sup>26</sup> Ver en <https://www.es.amnesty.org/en-que-estamos/noticias/noticia/articulo/camerun-casi-500-muertes-en-un-ano-por-ataques-de-boko-haram/>

<sup>27</sup> Ver en <http://africanarguments.org/2015/09/08/cameroons-rising-religious-tensions/>

comenzó a ser una zona infranqueable para Frank y su familia. Al revisar la situación en esta región, registros oficiales señalan que desde 2014 Boko Haram asesinó a 90 soldados con 150 ataques, causando, además, una cifra de 500 civiles heridos.<sup>28</sup>

A este escenario se sumaba la probabilidad de que el presidente Paul Biya fuera reelecto en 2018, consolidando así un régimen de 36 años de poder. Frank lo considera un “loco peligroso, que no ofrece garantías para la gente”. Una especie de visión o fantasía lo impulsó a salir de su país hacia Sudáfrica para comenzar la ruta hacia América Latina y después Estados Unidos. En la fantasía estaba Dios, así me lo dijo. “Quiero ser un pastor, no un diseñador, quiero cumplir con el plan que Dios tiene para mí, puede ser en Massachusetts, Indiana o Minnesota”.

En su historia todo se explica a través de las señales de Dios. No fue robado ni herido, tampoco retenido por las autoridades migratorias. “Te doy un ejemplo. Cuando llegué a Medellín desde Bogotá no sabía cómo pedir un tiquete, no sabía y no sé nada de español. Le dije Dios envíame una señal. Una persona se me acercó sin que yo le dijera nada y me ayudó a comprar el tiquete. En Brasil, Dios quiso que viajara en primera clase. Compré un tiquete de clase Económica hasta Perú pero me dieron uno de primera clase. Es Dios”.

Nuestra despedida terminó con otra anécdota: “Ayer llegué a Turbo. Dormí y temprano me vine al muelle. Ahí me enteré de que debía tener un papel de Migración Colombia para pasar, un salvoconducto, exacto. Le pregunté a Dios ¿Es hasta aquí a donde debo llegar? Después de preguntar uno de los jóvenes que viajaba conmigo me entregó una fotocopia de su salvoconducto. Ya me lo revisaron y me dejaron pasar, pude comprar el

---

<sup>28</sup> *Ibíd.*

tiquete a Capurganá. Ahora me pregunto si mis dos hijas también deben venir a Estados Unidos conmigo. Todo lo sabe Dios”.

De manera recurrente, los estudios psicológicos sobre la migración se enfocan en el análisis de los rasgos “vulnerables” de los migrantes, como la depresión, la ansiedad, el desarraigo y la nostalgia. Los diagnósticos surgen, en buena medida, partiendo de la diferencia entre asimilación y disociación, ahondando en el trauma familiar. Cuando se trata de migrantes irregulares se fortalece la hipótesis sobre episodios de angustia y pánico por una amenaza latente de deportación. (Lobban, 2012, p.76).

Las investigaciones antropológicas que analizan la subjetividad del migrante van un poco más allá, incluyendo la relación entre el migrante y el Estado para la definición de una subjetividad que no es invariable en el tiempo. En la relación migrante-comunidad-Estado aparece lo que Morales denomina “campo de interlocución”, el cual, en sus palabras constituye “un territorio simbólico donde participan, se posicionan e interrelacionan diferentes actores e instituciones sociales – incluyendo el Estado- y hacen circular representaciones divergentes sobre ‘lo propio’ y ‘lo ajeno’, es decir, producen significaciones, en un contexto de relaciones de poder y desigualdad” (Morales, 2012, p.2).

Justamente, ese campo de interlocución es un factor determinante de la subjetividad, de las aspiraciones y el presente y futuro de los migrantes. Al respecto, Bourdieu da luces sobre el estado subjetivo en el que queda el migrante: “Ni ciudadano, ni extranjero, ni verdaderamente del lado de lo Mismo, ni totalmente del lado de lo Otro, el inmigrado se sitúa en ese lugar ‘bastardo’ del que habla también Platón, en la frontera del ser y del no-ser social” (Bourdieu, 1999, p.16).

Los migrantes en América Latina enfrentan pruebas continuas impuestas por las autoridades, los “coyotes” o las autoridades locales. Es justamente a partir de esa capacidad

de sobrepasar los límites que el Estado considera bien definidos que también se construye la subjetividad, que oscila entre el sujeto como sometido por el poder y el sujeto como imbuido del poder para superar los procesos de sometimiento que lo han moldeado. Tecnologías del gobierno y tecnologías de auto surgimiento como entrelazadas de manera inseparable”. (De Genova, Mezzadra y Pickles, 2015, p. 28).<sup>29</sup>

En las trayectorias de vida de mis interlocutores, los episodios de aspiración o fantasías sobre el futuro eclipsaban aquellos momentos difíciles, que sin duda fueron mencionados. La ruptura familiar en el caso de los migrantes cubanos era una variable constante. Sin embargo, el anhelo de llegar como un héroe o una heroína a Estados Unidos para traerlos en un futuro pasaba a un primer plano. Se desvanecía un poco la idea de nostalgia cuando ellos podían hablar con sus hijos o padres por Whatsapp o Skype, herramientas tecnológicas hasta una década inexistentes. Hoy, esas plataformas les permiten comunicarse con sus familias, comunicación que, en la mayoría de los casos, actúa como un aliciente en momentos de dificultad y temor. De hecho, en los últimos años la capacidad de resiliencia ha sido estudiada por psicólogos especialistas en migraciones:

“Los seres humanos tienen la capacidad de procesar internamente, apoyándose en la familia y la comunidad, eventos y experiencias dolorosas y transformarlos en posibilidades de crecimiento. El trabajo terapéutico que se centra en el trauma del refugiado como fenómeno patológico mono-causal no logrará capitalizar este potencial. El uso positivo del papel de la imaginación, la simbolización, así como la matriz de la transferencia y la contra-transferencia puede ser subestimada” (Papadopoulos, 2002, p.417)<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Traducción por Gloria Elena Naranjo.

<sup>30</sup> Cita original: “Ultimately, human beings have the capacity to process internally and within their families and communities painful events and experiences, and to transform them into potentially growth-ful possibilities. Therapeutic work that is focused too closely on the refugee trauma as a mono-causal pathological phenomenon will fail to capitalize on this potential; the positive use of the role of imagination, symbolization as well as the whole transference counter-transference matrix can be underestimated”.

La fantasía, la imaginación y la aspiración como sinónimos con diferentes matices a la vez representan una serie de categorías fundamentales para comprender no solo el trayecto migratorio sino la forma en la que los migrantes lo afrontan. Tampoco hay que olvidar que en el momento de señalar a un migrante con “problemas de desarraigo” o “trauma” porque se “alejó de sus raíces” se está asumiendo una posición política que sugiere que los migrantes son de difícil “adaptación” a una cultura determinada.

Estas posturas, que usualmente victimizan al migrante, también han sido controvertidas. “Las raíces no se quedan en un solo lugar. Ellos cambian de forma. Cambian de color. Y crecen” (Malkki, 1992). Es importante, entonces, reconocer las consecuencias analíticas de ver al migrante como “desarraigado” y “desplazado”. Una de ellas: potenciar el argumento de que un “migrante no encaja” en determinado territorio, por lo que está “fuera de lugar”.

La línea entre la xenofobia y este tipo de argumentos es muy delgada, en buena parte porque la visión del “choque cultural” se refleja en juicios sobre los rasgos fenotípicos o en los diacríticos de la identidad. De ahí se desprende, además, que sea “normal” que los migrantes se ubiquen en “guetos”, aislados en las periferias de las ciudades. Esa visión esencialista, en el peor de los casos, alimenta prejuicios económicos, sociales y culturales sobre los migrantes, dándole cabida a políticas cada vez más restrictivas.

### **2.3 Saber migrar en América del Sur**

“Un amigo va más adelante”. Cuando los migrantes hacían alusión al trayecto hacia Estados Unidos mencionaban esa frase. A quién pagarle, dónde dormir, dónde no tomar un taxi, cuánto te deben cobrar en la lancha, dónde te van a requisar, qué papeles te van a pedir y lo más importante, qué rutas debes tomar. Todos mis interlocutores cubanos tenían ese discurso

muy claro. Migrar no era fácil, tampoco los países de América Latina y mucho menos México y la frontera con Estados Unidos. Los cálculos de dinero estaban claros, el monto a pagar en sobornos también.

En los relatos anteriores Guyana aparecía como un punto de partida para los migrantes cubanos, quienes necesitaban al menos 2.000 dólares para llegar hasta allí en avión. De ahí en adelante los trayectos podían cambiar. Algunos optaban por cruzar a Brasil, pasando después por Perú, Ecuador y finalmente Colombia. Otros, por el contrario, se arriesgaban a pasar directamente por Venezuela y llegar a la frontera colombiana. La decisión no era fortuita. El trayecto por Brasil es considerado más seguro y tiene una red de “coyotes” establecida.

Sin embargo, Andy fue uno de los cubanos que se atrevió a cruzar Venezuela y llegar por Cúcuta. Una travesía que le dejó pensamientos como “donde los Castro ponen la mano todo se daña. En Venezuela muy pobres las familias, no tenían que comer”. En ese trayecto específico no tuvo que gastar mucho dinero en sobornos. Desde Cuba tenía enlaces, “coyotes” en cada uno de los puntos esperándolo. Tener el plan no significaba estar fuera de peligro, principalmente del agente que más dinero le quitó: las autoridades colombianas.

Cuando Andy llegó a Cúcuta, los “coyotes” le ofrecieron comida y le dieron “unas horas de descanso”. No había pasado una hora cuando tocaron a la puerta del hostel en el que estaba durmiendo: “¡Rápido, rápido! ¡Salga ya que se va el bus!”. “De pronto me suben a un bus y me habían cobrado 250 dólares por llevarme hasta Bogotá. Yo sabía que algo no andaba bien porque era un bus cualquiera, íbamos con más gente del pueblo, no entendía por qué me habían cobrado tanto”.

Esa era apenas una primera molestia. “No habían pasado ni siquiera tres kilómetros cuando vimos un puesto de control de la Policía. Yo me había dado cuenta de que el bus

había hecho señales con las luces para que lo pararan. La Policía me pidió papeles y revisó mi morral. Me amenazaron con deportarme. Yo les dije que si querían me deportaran pero no iba a dejar que me quitaran mi dinero, tenía 900 dólares. Un policía me dijo ‘quítate malparido’ y me alcanzó a quitar 300 dólares. ‘Malparido tu madre’, le dije al final”.

Andy tomó sus prevenciones. Dejó de pagar por adelantado y buscó cómo seguir sin la necesidad de un “coyote” como intermediario. Esta búsqueda de salidas lo llevó a formar el campamento con más de 1.500 cubanos, quienes, en lugar de pedir la ayuda de “coyotes”, se unieron y le hicieron una petición seria al Estado colombiano. “En ese campamento vi toda la ayuda que nos podía dar la gente, la Iglesia y mi misma novia que conocí ahí. Aunque no nos dieron el avión para salir hasta México sí pudimos hablar y definir la mejor ruta para todos”.



Foto 6: Migrantes cubanos rumbo a la selva del Darién después de la deportación.  
Crédito: Cortesía de Andy

Las prevenciones y la confianza varían dependiendo del país de origen. Así lo comprendí después de sostener una discusión álgida con Don Ib. Le escribí cuando estaba en Panamá. Ante su frustración le explicaba que a Disney lo habían robado en la frontera con Nicaragua, que los riesgos estaban presentes para todos. “Sí, pero no es igual, ustedes hablan español, saben cómo pedir las cosas, cómo ver cuando los quieren estafar. Nosotros tenemos que confiar en mucha gente que no conocemos y por eso hemos perdido mucho dinero”.

No solo había una diferencia importante entre el presupuesto que destinaban los cubanos para el viaje con el que llevaban, por ejemplo, nepalíes o somalíes. También existía una diferencia radical en los tiempos migratorios. En el caso de los grupos de Don Ib y Tuli, la desaceleración era frecuente, ya fuera por ausencia de dinero o por prolongadas jornadas con las autoridades migratorias, como sucedió en Panamá. Los cubanos, por el contrario, buscaban salidas alternas cuando el paso se veía truncado. En Nicaragua, por ejemplo, cruzaron la selva ante la amenaza de deportación de las autoridades locales.

El 30 de octubre hablé con Disney por llamada de Facebook. “En cuatro días pasamos por la selva del Darién, no estuvo tan difícil como pensábamos. En Panamá nos demoramos una semana y pasamos sin tanto control ni problema a Costa Rica. Ya cuando estábamos llegando a Managua nos cogieron unos guardias y nos deportaron a Costa Rica”. ¿Qué pasó con los coyotes?, le pregunté. “Son los peores, peores que los colombianos, solo nos han robado y mira, nos dejaron con guardias que nos deportaron. Con las córdobas nos han sacado muchos dólares”.

Tras la deportación, Disney, Ricardo y Toño cruzaron la frontera de Nicaragua por la selva, un trayecto alternativo que conocían de antemano por familiares y amigos que están esperándolos en Estados Unidos. Estos riesgos los podían asumir, en buena medida, porque

tenían diferentes “coyotes” en el camino. Por el contrario, el grupo de Don Ib esperaba una salida más segura, como el salvoconducto o el respaldo de un grupo más grande de migrantes. También llamaba la atención que en las “leyendas” o “historias” del trayecto migratorio fuera constante escuchar historias de “haitianos asesinados por indígenas en Panamá” o “hindúes y chinos perdidos y robados en Nicaragua”. Los cubanos, por ahora, no hacían parte de estas memorias colectivas.

### *Camuflarse*

Sería pretencioso definir quiénes son los migrantes. Andy no es solo lo que dice, tampoco Jessica, Disney ni Toño. Cada uno articula su discurso de acuerdo con la situación y con el interlocutor. De esto me di cuenta cuando observé la interacción del grupo de Disney y de Andy sin mi intervención. Cuando yo estaba al margen, el discurso cambiaba. El odio aparente al régimen castrista no era tan evidente cuando hablaban entre ellos, cuando comparaban el servicio de salud de Colombia con el de Cuba o el modelo educativo. Sin embargo, en un comienzo, yo era un interlocutor con el que tenían que validar el trayecto, como lo harían después con los oficiales de Migración Colombia o con la Acnur.

Como lo explicaron Papadopoulos, Stephenson y Tisanos (2008), la subjetividad del migrante se enmarca en un contexto político transnacional, donde la representación ante el Estado y la ciudadanía se hacen flexibles. “Las subjetividades precarias constituyen una forma radical de política imperceptible que apunta hacia una fuga del régimen contemporáneo de regulación laboral<sup>31</sup>” (2008, p. 250). Para moverse entre el régimen de control global, el migrante debe, en muchos casos, abandonar la identidad unidimensional

---

<sup>3131</sup> Cita original: “Precarious subjectivities constitute a radical form of imperceptible politics which points towards an escape from the contemporary regime of labour regulation”.

que le es asignada por el Estado. En lugar de asumir ese sujeto simplificado, el migrante cambia de forma, color y personalidad para continuar su camino.

Cuando Disney me mostró su gorra de las Avispas Negras, un militar pasaba en moto por la calle. Se detuvo y reconoció el logotipo de la gorra. Disney no lo dejó hablar: “Dame tu pantalón y yo te doy este gorro si te gusta”. El militar le dijo que lo esperara unos minutos, fue hasta su casa y trajo el pantalón. “Este pantalón me va a servir en la selva, mucho más que el gorro de las avispas, me sirve para camuflarme y, además, a los militares los respetan”. Puede que no sea buena idea, le dije, en el camino, si te encuentras con guerrilla del ELN, te pueden disparar solo por ese pantalón. “Bueno, mejor lo guardo, de pronto me sirve más en Panamá o Nicaragua”, respondió.

Este era tan solo un intento por camuflarse. Un intento menor si se compara con el momento en el que les ofrecieron pasaportes de Nicaragua o Costa Rica para cruzar en un tiempo corto hacia Estados Unidos. “Los coyotes nos mostraron los pasaportes a ver cuál nos gustaba pero pedían 500 dólares por cada uno y te soy sincero, no se veían muy reales”. Por esta razón, Disney prefirió seguir con su pasaporte cubano: “Además nosotros tenemos una ventaja, somos considerados perseguidos políticos y es más fácil que nos escuchen o nos dejen pasar”.

En la frontera, la construcción de sujeto puede transformarse. Como sucede en la frontera de Tijuana, la categoría de mestizo se pone en juego, se vuelve confusa y volátil.

“[El mestizo] se repite en el ámbito de la subjetividad individual. Bajo ciertas circunstancias, el mestizo se vuelve volátil. Es una figura inherentemente inestable, y en los esfuerzos individuales por habitarla en la interacción cotidiana —al presentarse uno ante un otro como mexicano y específicamente como mestizo— propicia momentos de desequilibrio, vueltas repentinas en las que la persona que se creía con toda seguridad mestiza se encuentra inesperadamente reflejada o como indígena o como extranjera” (Yeh; 2015, 406).

Las redes informales que se construyen en el camino, la cooperación entre comunidad local y migrantes y los grupos que permanecen unidos en los campamentos retan a las autoridades de control y, cuando todo sale bien, los hace imperceptibles. Más allá de la adaptación, la desidentificación de los migrantes les permite interactuar en diferentes escenarios, desde en una maloka con los indígenas Embera en Panamá hasta en un puerto de Turbo con los pescadores. Se trata, en el fondo, de utilizar la “imperceptibilidad” para llegar al lugar de destino. Esta era una de las razones por las que, en un comienzo, los migrantes se mostraban como las autoridades o las organizaciones internacionales los han construido: víctimas de un tráfico ilegal. Más adelante, por lo menos con los cubanos, las descripciones propias cambiaron.

En la frontera, el sujeto está en juego. Del yo circunstancial depende en muchas ocasiones si logras o no cruzar. Las fronteras, como explica Balibar, son polisémicas. Por polisemia entiende “la circunstancia de que las fronteras nunca existen del mismo modo para individuos pertenecientes a grupos sociales distintos. Por último, su heterogeneidad. Siempre hay varias funciones de demarcación, de territorialización cumplidas simultáneamente por las fronteras, entre materias o flujos sociales diferenciados, entre distintos derechos”. (Balibar, 2005, p.80).

El migrante transnacional define su “modo de estar en el mundo” de acuerdo con el contexto del tránsito. En el caso de los migrantes africanos en Sao Pablo, Bartolomeu Costa analizó una “subjetividad transgresora”, procesual, no estable. Si bien es construida por “fuerzas que circulan el exterior”, es histórica y se desarrolla en una construcción diaria, de tiempos simultáneos. El migrante dibuja territorios subjetivos y se comunica al mismo tiempo con su familia, amigos, personas de su país, migrantes que se encontró en el camino,

es decir, cruzando esferas nacionales y culturales. “Por lo tanto, esa misma experiencia transnacional produce disidencia, y es ahí cuando emerge una subjetividad transgresora” (Costa, 2016, p.88).

Los cubanos, como mencionaba, oscilaban entre la representación y la imperceptibilidad. Sabían de antemano que su país de origen es considerado una dictadura y que, por venir de allí, algunos países los acogerían. Sin embargo, esta construcción de sujetos políticos no siempre podía funcionar, como quedó demostrado en la emergencia migratoria en Turbo. El Gobierno colombiano ordenó deportaciones, más allá de las razones políticas. Es entonces cuando aparece el familiar que va más adelante o el que está en Estados Unidos. Es entonces cuando aparece la comunidad local para ayudar, recibir transferencias y explicar el camino. La migración se convierte en un momento: cuando decides estar en el escenario, dejando al sujeto, al ser social, en un segundo plano.

### Capítulo 3. “A los chilangos los ayudamos”: el desplazamiento y la violencia como marcos de significado compartidos

*[...] La dimensión radical y acongojadora del exilio encierra, pues, estas premisas: el ser exiliado es [...] estar sumido en otro lugar infinitamente misterioso en el que se produce una metamorfosis profunda del tiempo y del espacio y en el que el mundo (la imagen del mundo) devorado por el extrañamiento se vuelve enigmático y desconocido.  
Eugenio Borgna, “La patria perdida en la Lebenswelt psicótica”*

El imaginario que tenía sobre la frontera entre Colombia y Panamá se tornó difuso y violento cuando me enteré, a través de los medios, del asesinato de una pareja de cubanos que intentaban atravesar la selva del Darién hacia Panamá<sup>32</sup>. El episodio, dado a conocer públicamente el 8 de septiembre de 2016 – un mes antes de mi salida de campo – despertaba algunas inquietudes. Uno de los cubanos que sobrevivió contó que permanecieron dos días perdidos en la selva, que los dos coyotes les cobraron 1.500 dólares por persona para llevarlos hasta Panamá, que después quisieron robarlos y al final asesinaron a dos de sus compañeros. ¿Cómo es el punto de partida en Turbo? ¿Quiénes son los “coyotes”? ¿Qué tan clandestina es la migración en Turbo?

El 5 de octubre de 2016 llegué a Turbo, después de un viaje en bus de siete horas desde Medellín. Era la primera vez que conocía Urabá, una región mencionada en los textos sobre la historia de la violencia en Colombia, sobre las raíces del paramilitarismo y, recientemente, sobre las actividades ilícitas de los “Urabeños” o el Clan del Golfo. Este contexto y la noticia sobre los cubanos pesaban en el viaje, fundamentaba una prevención. Las plantaciones de plátano que se extendían sobre el horizonte y los corregimientos deprimidos en las afueras de Turbo me daban una impresión de “tensa-calma” en Urabá.

---

<sup>32</sup> Ver en <http://www.eluniversal.com.co/colombia/dos-presuntos-coyotes-van-la-carcel-por-el-crimen-de-pareja-cubana-235476>

Sabía de antemano que los terratenientes estaban presentes, que el Estado era frágil – instalaciones precarias de puestos de salud y colegios – y quizás lo más importante: que el proceso de Justicia y Paz no había sido del todo exitoso, lo que representaba una presencia latente de antiguos integrantes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en el territorio.

“Tenga cuidado con el barrio Obrero”, me dijo una de las trabajadoras del hotel cuando le conté que mi investigación se centraba en la migración hacia Panamá por la selva del Darién. El barrio Obrero está ubicado a cuatro cuadras del muelle principal: el Waffe. Del Obrero, se decía, vienen los “coyotes”, los pandilleros, los traficantes de droga. La frontera entre este barrio y el muelle parecía demarcada por dos ambientes opuestos: calles silenciosas para llegar al “barrio peligroso”, poco alumbrado y casas construidas en madera. El muelle, por el contrario, se podía identificar por un edificio blanco de cemento imponente en el paisaje, con comerciantes y restaurantes alrededor. Los hostales abundaban en la zona, tenían las puertas abiertas 24 horas y era común ver a la Policía o a los oficiales de Migración Colombia rondar el lugar. No parece tan clandestino, pensé.

El entorno del Waffe es el escenario de interlocución entre migrantes, autoridades estatales y población local. Es un espacio difícil de leer, cambiante. Algunos lugares son predeterminados, como los puntos donde se compran los boletos de salida para Sapzurro y Capurganá. Los hostales, aunque siempre están ahí, recibían huéspedes que a lo sumo permanecen dos días en Turbo. Más tarde me daría cuenta de que “los coyotes” también variaban. Aunque usualmente se camuflaban en el mismo espacio, cambiaban. Un día podía ser un mototaxista, otro un comerciante ambulante. No había regularidad.

En el puerto trabajan cinco personas: el director, Fabricio Marín, y cinco funcionarios que se encargan de la logística. Cuando llegué a Turbo eran las cinco de la tarde y el muelle estaba vacío. “Tienes que venir en la mañana, a esta hora ya no salen lanchas, es peligroso”, me dijo una mujer en las afueras del lugar. En efecto, desde las 5 de la mañana comenzaban a llegar las familias y el último bote autorizado partía a las 10:30 a.m. Como lo comprobaría más tarde, la mayoría de migrantes permanecen dos días en Turbo. Durante el primer día se registran en un hostel y solicitan el salvoconducto en Migración Colombia. En la tarde

compran víveres, elementos básicos para cruzar por la selva del Darién. Dejan todo listo para el momento de partida, que usualmente es a la madrugada del próximo día.

Mínimo, me contaba Fabricio, coordinador de El Waffe, salen 50 botes diarios desde Turbo. Su aspecto llama la atención de los turistas. Es un tipo con gorra de policía, ojos azules, muy cercano a la estética de guardabosques gringo. Cada bote puede llevar entre 30 y 50 personas. El dato me lo contaba en la madrugada del 6 de octubre, mientras yo veía de reojo las filas que se formaban en la sala de espera del muelle. Desde que Migración Colombia comenzó a otorgar salvoconductos, el Waffe se convirtió en un lugar en el que se subían a un mismo barco los haitianos, los cubanos, los europeos y las familias colombianas que salían de vacaciones. Si eras un “indocumentado”, solo necesitabas un salvoconducto para salir.

Cualquiera entraba al Waffe. En mis últimos días de campo hablé con dos “coyotes” que se sentaban en la última fila de la sala de espera. Por esos días también acompañé a un grupo de cubanos que conversaron con un grupo de prostitutas mientras bebían aguardiente. . Hablaron sobre Cuba, desayunaron juntos. Por supuesto, también entraban al muelle algunos revendedores de boletos que, al notar que un migrante no hablaba español, le cobraba el doble de lo que podía costar el tiquete. Durante una semana, una mujer nigeriana se sentó en la entrada del muelle, esperando a un grupo de amigos que la acompañaría en la travesía. La presencia estatal se resumía en dos funcionarios de Migración Colombia que solicitaban salvoconductos y que llamaban a la Policía si se presentaban grescas o algún tipo de alteración.

*Las madrugadas en el muelle son agitadas. Los cinco funcionarios del puerto no pueden atender toda la demanda. Las 10 filas de sillas se llenan. Los tres locales comerciales también. Los migrantes compran agua, mucha agua. También compran cosas para comer y bolsas pequeñas para que los aparatos electrónicos no se le mojen en el trayecto. Buscan redes para conectarse al Wi-Fi. No hablan con nadie que no sea de su grupo. Tienen ansias de partir<sup>33</sup>.*

---

<sup>33</sup> Apunte del diario de campo, durante el segundo día.

Del Waffe me quedaba una sensación de hospitalidad. El muelle contrasta con un aeropuerto moderno, donde la mayoría de viajeros caminan solos, prevenidos y vigilados. No existen filtros de seguridad, tampoco locales de cambio de moneda; su frontera con la calle es casi inexistente, lo que permite que los pobladores estén en contacto permanente con los migrantes y con las personas que controlan el flujo de las lanchas. Una constante en el muelle era la llegada diaria de familias y de grupos de amigos. El primer día, cuando me dijeron que el muelle estaba cerrado, pasé a visitar un hostel de la zona. Eran cuatro cuartos, todos con las puertas abiertas. Del lugar salía un olor a comida y Benjamín, el periodista local que me recomendó ese lugar, me contó que los cubanos estaban cocinando juntos, que usualmente, para ahorrar costos, hacían mercado juntos, compraban los insumos para el viaje y se distribuían equitativamente en los cuartos. “También se emborrachan en la noche, son como otros turistas”, contaba Benjamín.

Como unos turistas... La frase me puso a pensar. La distancia social entre los migrantes y los pobladores locales no era tan grande como lo imaginé en un momento. Alejandra, la periodista de Q Hubo Urabá que me acompañó durante mi estadía, me decía que durante el episodio del represamiento de cubanos en Turbo muchas familias les abrieron las puertas de sus casas a los migrantes, que en ese momento se estableció una relación de solidaridad que ella no había visto antes. Aunque no existía una resistencia con los migrantes, después de que miles de cubanos se quedaran durmiendo en las calles de Turbo, las relaciones cambiaron. Unos a otros comenzaron a conocerse.

La miré sorprendido. Recordé que en los registros de prensa que recopilé antes de viajar mencionaban los procesos judiciales contra algunos pobladores locales por cometer el delito de “tráfico de migrantes” al albergar cubanos en su casa. “22 capturas en Turbo por ayudar a los migrantes cubanos”, tituló El Colombiano el 24 de agosto de 2016<sup>34</sup>. El alcalde del municipio, Alejandro Abuchar dijo públicamente que algunas de las personas capturadas “solo sacaron su parte humana al servicio de una calamidad pública, los verdaderos delincuentes no están en Turbo”.

Unos meses más tarde supe que la pareja asesinada había viajado en una panga que no salió del Waffe. Decidieron salir de noche, desde las playas de Turbo, por miedo a una

---

<sup>34</sup> Ver en <http://www.elcolombiano.com/antioquia/seguridad/capturas-por-trafico-de-migrantes-en-turbo-HH4845081>

deportación. Este tipo de pangas salían ocasionalmente, sin horarios ni lugares identificados. En algunos casos, como lo conté en el capítulo anterior, las pangas salen sobrecargadas, sin medidas de seguridad y por caminos inhóspitos, donde pueden presentarse robos y agresiones. Las partidas que vi en el Waffe eran diferentes. La angustia, por lo menos en ese momento, pasaba a un segundo plano. Era eclipsada por las charlas, la elaboración de planes, la revisión de los mapas entre familias, los desayunos previos a las partidas...

Mi rutina comenzó a ser la rutina del muelle. Madrugaba, caminaba, hablaba con Benjamín y con Fabricio. Me sentía ansioso cuando los funcionarios del muelle llamaban a una familia de migrantes que había dialogado conmigo. Me aturdían las filas para embarcar porque, sentía, hacían mucho ruido en mi trabajo de campo. No podía sostener diálogos prolongados. A veces, solamente veía las partidas.



Foto 7: Partida de una panga en el Waffe. Crédito: Santiago Valenzuela.

Un día, cuando caminaba por las calles todavía oscuras de Turbo, vi a un grupo de migrantes dirigiéndose hacia el muelle, cargando botellones de agua, ollas, mercado, maletas y un machete para cortar la maleza de la selva. Hacían chistes en francés mientras avanzaban con sus botas pesadas. El amanecer les iluminó el último tramo del camino. Sonreían. Cuando llegué al Waffe le conté a Alejandra, la periodista de Q Hubo, que la escena me había

parecido bellísima. “Ellos siempre viajan así, en familia. Usualmente llevan un lazo para subir las trochas, para cruzar los ríos. En el camino por la selva tienen que ayudarse, tienen que ser amigos”.

### **3.1 La muerte latente: violencia en Urabá**

El 6 de octubre madrugué al muelle. Hablé con Fabricio y me senté con algunas familias que estaban esperando el bote que partía a las 9:00 a.m. hacia Capurganá. Como a las 10 de la mañana me llamó Alejandra: “No puedo estar contigo en el Waffe. ¿Me puedes acompañar a un corregimiento? Tengo que buscar un muerto. Me dicen que mataron a alguien y que el cadáver puede estar ahí”. El periodismo judicial es así, imprevisto; aunque me sorprendió que Alejandra no viajara con fotógrafo ni conductor, como lo hacen los periodistas de las capitales. Me recogió sola, y en una moto salimos hacia Villa María, el lugar donde se había reportado un asesinato.

Mientras dejábamos atrás las calles asfaltadas de Turbo, el ambiente se tornaba silencioso y tenso. En Villa María no había comercio, juegos en los parques o carros transitando. Estábamos perdidos en un laberinto de carreteras destapadas. Unos pobladores en una esquina nos dieron indicaciones, precavidos, mirándonos con desconfianza. Cuando llegamos al lugar en donde había ocurrido el asesinato una vecina contó que había escuchado tiros, que al hombre lo había matado “el Clan”, que esta zona era muy peligrosa, que saliéramos de ahí. Alejandra pudo ver manchas de sangre en el suelo: “El CTI ya se lo llevó, ahora me toca buscar el cuerpo en el hospital”. Pronunciaba las palabras tranquila.

Ese día comprendí lo difícil que es asumir un trabajo como periodista en Turbo. Para Alejandra todos los días eran así: recibir informes sobre muertos, peleas y accidentes en las madrugadas, luego ir al lugar, tomar una foto, escribir, enviar un artículo a Medellín. Fui al hospital y conocí a la familia del hombre asesinado. Existe un momento difícil para los periodistas judiciales: cuando tienen que hablar con las familias, “extraer testimonios”, romper el silencio y el duelo. Puede ser – y usualmente lo es – una interacción violenta. “Son tantos muertos que tú ya no preguntas por las circunstancias de la muerte, sino sobre la persona que era, sobre lo que hacía para que no quede en el olvido”, me decía Alejandra.

En el momento de la conversación entre Alejandra y la familia del muerto preferí alejarme, dar unos pasos al costado y sentarme en el andén, en frente de la sala de Urgencias. De repente salieron tres hombres. Uno de ellos estaba contando que el día anterior unos sujetos entraron al billar en el que estaba. Esos sujetos querían matarlo y él lo sabía. “Se me acercaron y me dijeron, ‘¿usted por qué ya no saluda? Y yo les respondí ‘¿desde cuándo los muertos saludan?’”. Contaba la historia entre risas, con tranquilidad, haciendo de la muerte y las amenazas un chiste. Después, cuando leí a la antropóloga Silvia Monroy (2013), entendería que la muerte es un concepto latente en la vida cotidiana de Urabá, siempre presente.

De regreso me encontré con Benjamín, el periodista veterano de Turbo, un tipo viejo, fornido, calvo; siempre con una cachucha puesta. Sentados en una panadería comenzamos a escuchar unos gritos de clemencia en la calle principal que conduce a la Iglesia. Al ver la cantidad de gente que estaba marchando, la Policía decidió cerrar la vía. Benjamín solamente volteó la cabeza, miró y centró de nuevo su atención en la entrevista. Cuando notó que el episodio era ajeno para mí, dijo: “Esto es normal acá, Santiago. Cuando matan a una persona conocida en el pueblo salen las personas cargando el ataúd y pidiendo por su bienestar en el cielo. Estoy seguro de que le va a tocar ver muchas procesiones así”.

Cuando terminamos de hablar me acerqué a la procesión. Estaban haciéndole un homenaje a “Diomedito”, un reconocido imitador de Diomedes Díaz en la región y a una mujer que justamente ese día habían asesinado en un bar. Su nombre no aparecía en las carteleras y Alejandra no tenía registros sobre el caso; al parecer, el asesinato de “Diomedito” la había eclipsado. En la marcha hacia la Iglesia un grupo de mujeres vestidas con camisas blancas cantaron canciones de vallenato, pidiendo entre versos por el alma del cantante asesinado a mano armada. Más tarde, Alejandra me preguntaría qué era lo que me había llamado la atención de Turbo: “llevo dos días y ya van dos ataúdes”, le dije. Sonrió.



Foto 8: Procesión por la muerte de Diomedito en Turbo. Crédito: Santiago Valenzuela

La sonrisa develaba compasión por mi desconocimiento. Era la distancia entre las ciudades y los municipios que aparecen en el inconsciente colectivo pintados de rojo sobre un mapa que no cambia desde los años cincuenta. Y no se trataba de reforzar un estereotipo violento, tampoco de estigmatizar zonas. Existían problemas más profundos que coincidían en esas escenas de asesinatos, que demostraban hasta qué punto el concepto de paz que por esos días se estaba construyendo en el país no se correspondía con la realidad de otros, como la de Diomedito.

En este punto es importante hacer alusión al contexto en Urabá, una región que ha sido marcada por el conflicto armado en diferentes esferas. Para el propósito de este capítulo fue crucial el abordaje etnográfico que realizaron diferentes investigadores sociales alrededor de la violencia en Urabá. Estas miradas son alimentadas por textos de carácter histórico en donde se encuentran las raíces de grupos armados como las Farc, el EPL y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC).

Urabá es diversa. En Turbo se puede ver vegetación de selva húmeda tropical y unos kilómetros más adelante, camino hacia Apartadó, un paisaje homogéneo por el monocultivo

de banano. Es una región fronteriza no solo con Panamá por la selva del Darién; sus límites tocan a Chocó, Antioquia y Córdoba. Los ríos y los laberintos de la selva son ideales para el tráfico de drogas. Los cultivos de plátano me remitían directamente a la historia política de Urabá, marcada por la presencia de los sindicatos – basta recordar el dominio de United Fruit Company en la década de los sesenta y la disputa sindical entre empresa bananeras—.

En 1930 Turbo figuraba como uno de los tres distritos electorales de Urabá, con Chigorodó y Pavarandocito. En ese entonces, el 90% de la población con capacidad de voto militaban en el partido Liberal (Monroy, 2013). Antes del proyecto económico bananero, Turbo se caracterizó por la actividad maderera. Las experiencias en los dos sectores económicos estuvieron marcadas por una serie de tensiones entre empresarios y trabajadores que sostenían ideas liberales, también sindicales, que en algunos casos llegaron desde el centro, como los de Jorge Eliécer Gaitán. En los sesenta, por ejemplo, fueron acogidos grupos como el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), la Alianza Nacional Popular (ANAPO), el Movimiento Estudiantil Campesino (Moec), la Fuerza Armada de Liberación (FAL) y Ejército Revolucionario de Colombia (ERC).

Desde ese entonces, Urabá también empezó a recibir población proveniente de diferentes sectores del país:

El caso de Urabá no es diferente, en el sentido de haber albergado poblaciones desterradas por la expansión de las grandes haciendas al norte y migrantes estimulados por la oferta de colonización basada en una voracidad extractivista derivada de proyectos ideológico-regionales divergentes. En los años treinta, por ejemplo, se crearon varias colonias penales y agrícolas, ubicadas en regiones vinculadas a Urabá: una en Titumate, en el Urabá chocoano, otra en la región del Alto Sinú, en Córdoba, y la colonia de Antadó (en el municipio de Ituango, Antioquia). De hecho, se insinúa que algunos presos de esa colonia fueron los fundadores de las guerrillas de la región (Uribe, 1992).

Los sindicatos bananeros, así como la presencia de las guerrillas de las Farc y el Epl, influyeron en la configuración de la Urabá violenta a finales de los años setenta. El Epl, guerrilla que se expandió en el norte de la región, confrontó a las Farc, asentada en el sur y poseedora *de facto* del grupo sindical Sintrabanano. El sindicato Sintagro, controlado por el Epl, generó una lucha armada que terminó afectando al eslabón frágil de la cadena: los trabajadores bananeros (Monroy, 2013). El peso de la violencia entre guerrillas se siente pero no bajo los mismos recuerdos. La introducción de otro actor permite ver un mapa más

completo: la conformación de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU), presentes desde finales de los ochenta pero oficializadas en 1997.

El exterminio del partido Unión Patriótica (UP) también se extendió en Urabá, donde se consolidó el paramilitarismo. En la década de los noventa se registraron 96 masacres, una por mes entre 1992 y 1993, y una cada veinte días entre 1994 y 1995. “En menos de una década de purgas insurgentes y contrainsurgentes, el 10% de la población de Urabá fue exterminada. A comienzos de 2010 se registraron 17.000 víctimas correspondientes a la época de consolidación del control paramilitar (1997-2005)” (Monroy, 2013, p. 259).

Paradójicamente, en el municipio de Apartadó se presentó un conflicto armado entre las milicias de las Farc y los comandos populares, afectando principalmente al barrio Obrero, ocupación irregular similar a la que existe en Turbo. El exterminio en barrios de invasión no era una práctica nueva. Desde 1988 los grupos paramilitares cometieron masacres en diferentes asentamientos, como la de Punta Coquitos, en Turbo, que dejó un saldo de 25 personas asesinadas.

Los últimos cinco años del fin del milenio fueron catastróficos para Urabá. Como cuenta Monroy, "además de las 96 masacres 'políticas', los signos del exterminio pueden leerse en los 2.950 asesinatos perpetrados entre 1995 y 1997 (2.105 en el Eje Bananero y 845 en el sur) y en las cuarenta mil personas expulsadas, desterradas y desplazadas de Urabá entre 1995 y 2005" (2013, p.252). El poder paramilitar se extendió en la región del Atrato en 1997, donde tenía presencia la guerrilla de las Farc.

La violencia paramilitar vino acompañada de un proceso de expropiación directa de tierras en favor de grupos narcotraficantes. Esta relación económica con los traficantes de droga les permitió a las AUC infiltrarse en los poderes políticos regionales, controlando el territorio desde diferentes esferas. El poder de Carlos Castaño y su hermano Fidel, fundadores de las Autodefensas, también se extendería en el Magdalena Medio con al menos 550 masacres.

En la década del 2000, Urabá sufrió la arremetida del Bloque Bananero de las AUC, afectando principalmente a los municipios de Turbo, Apartadó, Carepa y Chigorodó. El ingreso de los grupos armados comenzó en corregimientos de Turbo que hoy son

frecuentados por migrantes cubanos: El Tres y Currulao. En Turbo, el comandante Éver Veloza, alias H.H, conformó el Comando de los Escorpiones, transformado más adelante en el Frente Turbo. En 2005, cuando comenzó la desmovilización, los líderes de este bloque admitieron que las empresas bananeras Delmonte, Chiquita Brands, Banacol, Dole, Proban y Uniban pagan a los grupos paramilitares por servicios en la logística de exportación. Como fuente de financiación, los paramilitares también utilizaron el tráfico de drogas y armas<sup>35</sup>.

El proceso de desmovilización de los paramilitares bajo la Ley de Justicia y Paz tuvo como propósito la reinserción de integrantes de los grupos armados garantizando los derechos de verdad, justicia y reparación de las víctimas. En este proceso la Fiscalía registró tres millones y medio de desplazados y trescientas mil víctimas. De acuerdo con el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo, 35.353 paramilitares se desmovilizaron. Del total, el 89% fueron beneficiados con amnistías y no fueron obligados a confesar la verdad sobre violaciones de derechos humanos y delitos de lesa humanidad.

Paralelo al proceso de Justicia y Paz, las disidencias de las AUC conformaron nuevos grupos armados en 17 departamentos, según la Organización de Estados Americanos (OEA). "En 2009, se reportaron 153 ciudades con presencia de las llamadas 'bandas emergentes', cuyos objetivos militares incluían desmovilizados de las AUC, de los cuales aproximadamente 2.000 fueron asesinados entre 2004 y 2009. En la mayoría de casos, esas 'bandas' se han encargado del mantenimiento de los corredores de producción y embarque de cocaína. Urabá es señalada, una vez más, como uno de los focos de reclutamiento" (Monroy, 2013, p.260).

En Urabá, después de la desmovilización, se presentó una disputa entre el bando de Daniel Rendón Herrera, alias Don Mario, el grupo armado de H.H y las bandas de Diego Murillo, alias Don Berna. De los grupos armados que dominaban el territorio surgieron las llamadas "bandas criminales" (Bacrim), identificadas como Los Paisas, Los Rastrojos, Los Urabeños y más adelante el Clan Úsuga y el Clan del Golfo. Del bando de Don Mario surgieron las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, todavía presentes en el territorio. De hecho, su alcance se extiende en cerca de 70 municipios y cuenta con más de 1.200

---

<sup>35</sup> Comparar con <https://verdadabierta.com/que-empresas-bananeras-podrian-responder-por-crimenes-de-lesa-humanidad/>

integrantes (Monroy, 2013). Los Paisas fueron ligados a Don Berna y Los Rastrojos, vinculada a Carlos Mario Jiménez, alias Macaco.

El sostenimiento de las bandas criminales tiene una relación profunda con la apropiación de tierras – un tema que va más allá de este trabajo –. El proceso de restitución de tierras es transversal para comprender la realidad actual de Urabá. Desde 2005, cuando arrancó este proyecto, comenzaron a surgir reclamaciones por la tierra. De hecho, según revista Semana, entre ese año y 2010 se presentaron 21.000 denuncias por la devolución de cerca de 75.515 hectáreas. En ese lapso, solamente 139 propiedades fueron devueltas. Con la aplicación de la Ley 1448 de 2011, conocida como Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, se esperaba mayor efectividad en las devoluciones. Sin embargo, los procesos todavía avanzan lentamente. En Turbo, por ejemplo, se instauraron 2.095 solicitudes de restauración. No obstante, en el departamento de Antioquia se han resuelto 531 casos por jueces especializados, de los cuales 47 corresponden a Urabá<sup>36</sup>.

En 2016, Urabá tenía entre sus problemas diarios la presencia de los grupos posdesmovilización, como las Bacrim. De acuerdo con organizaciones como Ideas para la Paz, estos grupos cuentan con cerca de 3.500 integrantes. Esta cifra es de 2014 y, por ende, demuestra un aumento frente al número de integrantes que tenían estos grupos en 2013: un total de 2.000 hombres (Indepaz, 2014). Estos grupos “también se dedicaron desde el principio a la persecución de diferentes sectores cuyas reivindicaciones eran consideradas como una amenaza. Esta situación se evidencia principalmente en la intimidación y asesinatos contra las víctimas del conflicto armado, en particular contra los reclamantes de tierras” (García, 2017, p.107).

El paramilitarismo seguía – sigue – en las zonas que dominó. Basta observar algunas cifras. Según el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep), los grupos que se desprendieron del paramilitarismo cometieron 1.064 violaciones de derechos humanos entre enero y diciembre de 2015. Hubo, en este lapso, 99 ejecuciones extrajudiciales y 873 amenazas<sup>37</sup>. Estos grupos, también denominados como “bandas criminales”, se han

---

<sup>36</sup> Comparar con <http://www.verdadabierta.com/restitucion-de-bienes/6301-restitucion-de-tierras-en-uraba-balance-agridulce>

<sup>37</sup> Ver en [http://cinep.org.co/Home2/images/bandatos/INFORME\\_DDHH\\_2015.pdf](http://cinep.org.co/Home2/images/bandatos/INFORME_DDHH_2015.pdf)

disputado el territorio con las Farc y el ELN. El tapón del Darién, sin el dominio de las Farc o las AUC, pasó a manos de grupos armados que se consolidaron al servicio del narcotráfico. Actividades como el cultivo de coca y la minería ilegal sostienen, todavía, a estos bandos.

La violencia en Urabá no solo ha sido cuantificada. El trabajo de Silvia Monroy muestra, por ejemplo, cómo en el caso de las víctimas de la violencia se sostiene un cataclismo constante en el presente, en el ámbito subjetivo. "Podría inferirse que la violencia no está en el vínculo social, sino en el rompimiento del vínculo, en el miedo al abandono, que es una ruptura definitiva. El abandono en Urabá tiene diferentes facetas: destierro, desplazamiento, muerte, exilio y desaparición" (Monroy, 2013, p.35). La violencia se puede percibir en actos cotidianos como los cobros gota a gota – una modalidad de préstamos con altos porcentajes de interés – donde la violencia al momento de pedir el dinero de vuelta se convierte en un “motor sustituto de las relaciones” (Monroy, 2013, p.36).

Desconfianza y miedo permanente en la vida diaria: dos efectos de la violencia exacerbada en Urabá. El miedo, cuando es extraordinario, se configura como un compuesto psicológico estable, duradero y eficaz. Es "la anulación de otros tiempos de vida" (Monroy, 2013, p.44). Cuando me enteré de que Diomedito tenía problemas de dinero con otras personas, recordé la violencia permanente: "el pago, visto como retribución en algunos casos, solamente puede concretarse mediante el miedo a la pérdida, al abandono, es decir, mediante el amedrentamiento o por la vía de una intermediación violenta" (Monroy, 2013, p.44)

El miedo no actúa por sí solo. En el ámbito subjetivo también es determinante la violencia como instrumento de identificación. El *ethos* guerrero, como lo argumentan Zaluar (1997) y Cecchetto (1998), se hace evidente cuando las actividades sociales como el tráfico de drogas toman un lugar preponderante en la vida de las personas. Tanto así que se crean valores sociales en torno a la violencia, a la criminalidad. Esto deriva, por ejemplo, en una interpretación flexible de la muerte, como lo demostró el chiste en el hospital: un verdadero guerrero siempre está al borde la muerte. Identificarse con la violencia implica, además, una construcción de masculinidad ligada a las demostraciones violentas durante el tiempo libre y en las interacciones cotidianas. Y se extiende, por supuesto, en el control sobre otros, y en el caso del Urabá, con preponderancia, sobre el territorio.

Que exista un *ethos* guerrero en Urabá implica una relación profunda, íntima, con el enemigo. Tanto los grupos paramilitares como los integrantes de las Farc comparten unos valores construidos sobre heroísmo, patriotismo y rebelión ante un Estado ausente. Este sistema de valores compartido genera identificación en corto y mediano plazo. El fundador de las Autodefensas, Carlos Castaño, lo confesó: “Hay momentos en que pienso que si no hubiera tenido razones para ser contrainsurgente, habría sido guerrillero” (Salas, 2008, p. 131). Así las cosas, en Urabá se configura un *nosotros interno* que sobrevive a través de las dinámicas de la guerra, sin importar si el territorio está bajo el dominio de una guerrilla o una banda criminal. La proyección de ese *nosotros* en la población civil puede ser una motivación constante de violencia.

Estas características subjetivas de la violencia terminan configurando una "percepción del cotidiano como un estado de guerra, latente o inminente (...) Los hombres cambian de uniforme constantemente, aunque retornar a determinados uniformes sea inviable" (Monroy, 2013, p.134). El cambio de bandos, común en Urabá, se remite directamente a una transferencia de patrones militares, de un *nosotros interno*. La usurpación de la tierra y el uso de la violencia extrema para “conquistar” territorios alimentan ese *nosotros interno*. “En estos procesos, las tierras se convierten en territorios por medio de un estado naturalizado de guerra latente o permanente” (Monroy, 2013, p.166).

La relación que existe entre la violencia y la vida cotidiana también ha sido estudiada por Patricia Madariaga, quien en su libro “*Matan y matan y uno sigue ahí*” (2006) demuestra, a través de la etnografía, cómo se rompió el tejido social en Urabá bajo el dominio de los paramilitares. El uso de la fuerza para sancionar socialmente e imponer el miedo por parte de los paramilitares en la región desencadenó, por ejemplo, un ambiente de desconfianza extrema y de resistencias por parte de grupos vulnerables, como los jóvenes. La ausencia del Estado fue aprovechada por las Autodefensas para imponer el control en esferas públicas y privadas de la comunidad.

Las masacres cometidas por las AUC a mediados de los noventa marcaron un quiebre en la historia de la región. Después de la desmovilización, Madariaga recoge testimonios que dan cuenta de la permanencia del temor, así la zona sea aparentemente “segura”. Este es uno de los testimonios que recopiló:

“En esa caseta se reúnen todos esos paracos, eso es una fila de motos que no se ve el final y se forman ahí como soldados y este tipo se para al frente y les habla. Ellos se hacen pasar por seguridad privada, usted ve un tipo con una gorra con un triangulito o que dice un nombre de pájaro y ahí mismo sabe que ese es paraco. Lo de la desmovilización qué, eso llegan y se desmovilizan quinientos y se movilizan mil. O se desmovilizan y se quedan quietos porque saben que a ellos la ley los sigue como tres meses. Después vuelven a lo suyo” (Madariaga, 2006, p.37).

Una de las paradojas que plantea Madariaga y que no es tan visible en el trabajo de Monroy es que la “pacificación” que llegó con los paramilitares sigue existiendo a través de diferentes mecanismos. Es decir, ahora hay un control social basado en el miedo, asesinatos a personas que no compartan la ideología de las AUC o su forma de controlar el territorio. Todo esto así no exista una confrontación armada con las Farc. De ahí a que algunas personas manifestaran temor ante un escenario en el que las Farc irrumpieran en el territorio, pues este factor podría desencadenar en una “ola de asesinatos como la arremetida inicial de los paramilitares” (Madariaga, 2006, p.41).

Detrás de este contexto hay varias explicaciones. El aislamiento que ha sufrido la región del Urabá frente al gobierno colombiano generó sentimientos de desconfianza en la población. El “orden”, como lo explica Madariaga, llegó de la mano con los grupos paramilitares, quienes irrumpieron en la vida social a través de normas sobre la vestimenta, la música, las infidelidades, las actividades, entre otros aspectos. (Madariaga, 2006). El castigo – que podía ser fácilmente la muerte – cambió algunas dinámicas, acrecentando la desconfianza por parte de los pobladores. A manera de anécdota, por ejemplo, ella cuenta que los jóvenes que usaban aretes se los guardaban tan pronto veían un paramilitar a distancia.

La modalidad de violencia ejercida por los grupos paramilitares pasó a ser una especie de “microterrorismo”. Mientras existía algún tipo de tranquilidad porque, en teoría, las masacres eran cosa del pasado, otra violencia se comenzó a expandir y se materializó en extorsiones, en asesinatos selectivos, en la publicación de listas de personas amenazadas o en la regulación de la vida privada. Como le decía una persona a Madariaga: “El pueblo está amenazado, pero todo ocurre debajo de un velo, y del otro lado seguimos repitiéndole a todo el que nos oiga que aquí todo es muy tranquilo. Urabá en paz una y otra vez mientras rogamos para que un adolescente al que queremos no se gane una bala” (Madariaga, 2006, p. 80).

El estado de miedo, desconfianza y paranoia no es exclusivo de Urabá. En su trabajo en Guatemala, Linda Green (1994, p.231) cuenta cómo la rutina va eclipsando un estado de miedo crónico que se esconde bajo un velo de normalidad. Ese miedo, inconscientemente, va desgarrando el tejido social. Si bien en Turbo existen algunos lugares en donde ese velo se rompe, como el barrio obrero, lo cierto es que en las calles se percibe la desconfianza hacia el otro.

Las muertes constantes en Turbo las percibí como parte de algo más profundo que no conocía. No era la violencia mediática la que estaba surgiendo en el trabajo de campo; los asesinatos y la sangre en el suelo eran algunos elementos. Existía un modo de vida atravesado por el nosotros violento. Lo entendí con más claridad cuando leí a Monroy:

“El presente permanente es el tiempo dominante, el futuro y el pasado transcurren a través de él, pero esos tiempos están condenados a participar de la impermanencia del presente (...) Hablé del presente permanente como una noción englobadora de tiempo en Urabá, vinculada al sometimiento prolongado de la violencia. Ese sometimiento está contenido en la noción de guerra que, a su vez, se relaciona con la dupla tierra/territorio. Dentro de las relaciones que se dan dentro de un territorio en el que hay un ‘dueño’ o de un territorio pacificado o reconquistado, es decir, controlado por la vía armada, la existencia de un nosotros interno permite que la vida social se reproduzca y borre involucramientos previos con grupos armados que no son los dominantes. En otros casos, el nosotros interno opaca las complejas interacciones entre personas clasificables, en primera instancia, como víctimas y verdugos” (Monroy, 2013, 192).

### **3.2 “A los chilangos los ayudamos, ellos han sufrido como nosotros”**

El 13 de octubre de 2016 me levanté temprano para observar el proceso de elaboración y trámite de salvoconductos en la sala transitoria de Migración Colombia. La directora, Myriam, fue muy clara en que debía permanecer en una esquina: “No tomes fotos, no los interrumpas mientras terminan, tampoco mires la información de los computadores. Espera”. Un sujeto parado en una esquina no generaba ningún tipo de confianza con los grupos de migrantes que entraban, pensé. Además, por momentos se me acercaban los funcionarios de Migración a susurrarme que las órdenes eran muy estrictas por órdenes del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Sentado en el andén, pensando en un plan de trabajo para ese día, se me acercó Toño, un cubano que estaba tramitando el salvoconducto. Mientras esperaba a un grupo que lo acompañaba, se sentó a mi lado, me preguntó que hacía ahí con cara de preocupación y me

contó por qué estaba ahí después de 40 años de vivir en Cuba. Cuando llegaron tres hombres que lo estaban acompañando, me presentó como un amigo: “este joven está trabajando con los migrantes”, les dijo. Con los salvoconductos en las manos, sin bañarse ni dormir por más de dos días, me pidieron que los visitara en la noche para hablar con más calma.

Ese mismo día, cuando llegué al hostel en el que se estaban quedando, vi que ellos estaban ayudando a un grupo de pakistaníes. Vi algunas cajas de enlatados y le pregunté a Toño qué estaba pasando: “Mira, ellos no saben lo de los precios y los estamos ayudando a que compren las cosas a un precio justo. Es que venir de una guerra, desde tan lejos y que te roben o que te cobren más no hombre, eso no es justo y toca ayudar”. Es probable que en la selva del Darién pakistaníes y cubanos viajaran juntos, caminando. Y Andy ya me lo había dicho: las personas que están migrando tienen en común una aspiración que se define en un destino todavía inacabado, construido a diario.

En la teoría también existe una alusión concreta a las “lucha de los migrantes”, organizadas, creativas y solidarias. Frente a las políticas de movilidad dominantes, materializadas a través de detenciones, deportaciones y controles fronterizos, la unión y la creación de redes migratorias son necesarias para subvertir o por lo menos escapar ese orden. Las ‘luchas de los migrantes’ se refieren a las estrategias diarias, los rechazos y las resistencias a través de las cuales los migrantes promueven su (disputada) presencia, aún si no se expresan como batallas “políticas” que exigen algo en particular (...) A veces son luchas que son visibles en el ámbito público o luchas que permanecen relativamente invisibles” (Nicholas De Genova, Sandro Mezzadra y John Pickles, 2014, p.18).

Escenas como la de los cubanos haciendo mercado con los pakistaníes se repetirían en otros momentos del trabajo de campo. Usualmente, los migrantes llegaban al Waffe en grupo, en familia. Sin embargo, había situaciones en las que se encontraban solos, como cuando tenían que pedir el salvoconducto o cuando compraban los tiquetes hacia Capurganá. Allí aparecían con frecuencia otros viajeros que, si podían, ayudaban a traducir o al menos explicaban a través de gestos cómo estaban construyendo su camino. En la observación de estas situaciones alcancé a ver una intención de hospitalidad por parte de los habitantes de Turbo. Y digo intención porque en muchos casos no era posible una comunicación fluida ni una interacción constante, construida. Así no duraran días, las cortas interacciones entre

migrantes y pobladores locales decían mucho sobre la particularidad de Turbo como espacio de frontera.

A cuatro cuadras del hotel donde estaban los cubanos quedaba la Personería de Turbo, un lugar al que entré días antes de regresar a Medellín. En el primer piso de un edificio viejo, en medio de cubículos improvisados, estaba la oficina de la personera municipal: Karen Janeth Gamboa Ruiz. No había tenido tiempo para atenderme. Apenas cumplía seis meses en el cargo y las disputas de grupos armados por territorios vulnerables copaban su agenda. Venía de trabajar como asesora de la Alcaldía: “Yo soy chocoana, pero como mi papá es docente, tuve que venir aquí y gracias a Dios pude estudiar y trabajar para el municipio”, me decía antes de comenzar la conversación.

Cuando se presentó el represamiento de migrantes en el municipio, la Alcaldía, como primera medida, llamó a la Defensoría del Pueblo, a la Cruz Roja, a la Personería y la Acnur para que actuaran y resolvieran la situación. La personera llegó a los albergues improvisados del barrio Obrero y se encontró con una situación no tan novedosa, atravesada por la precariedad. En el momento de intervenir, lo hizo como en otros contextos vulnerables: emitiendo alertas a Bogotá, solicitando recursos, otorgando servicios básicos de alimentación y salud. “La diferencia es que algunos no hablaban nuestro idioma, como los migrantes que venían de Pakistán o Nepal. Eso complicó un poco el trabajo pero nosotros tratamos de resolver la situación al menos entregándoles agua, comida, salvoconductos”.

En las primeras semanas, Karen Gamboa recibió una orden desde Bogotá: “Claro, nos dijeron que decirles migrantes ilegales estaba mal porque estábamos revictimizándolos. Pero es que aquí no sabíamos de eso, aquí se les han conocido como chilingos o chilangos. Ahora sabemos que en todos los trámites pues toca poner migrante irregular, aunque suene raro”. Esta confesión, una vez más, desequilibraba un precepto que tenía antes de llegar a campo. Derrumbaba una percepción sobre el otro. El migrante irregular no era una categoría conocida, como tampoco la política de Estado frente al tema. En palabras de la personera:

“¿Por qué reaccionamos así cuando quedaron los cubanos represados? Bueno, no sé. Aquí las personas hemos sido bastante afectadas por la violencia. Usted mira los estudios y el 90% de la población de Turbo es víctima del conflicto: la mayoría saben qué es salir de sus casas e irse a un lugar completamente desconocido sin tener nada. Ellos conocen el drama de la migración, solo que dentro del país o dentro de Urabá. Saben qué es el desplazamiento forzado, una situación incluso más difícil en la que el Estado no los apoyó. Por eso es que cuando llegaron los cubanos los apoyamos y

el pueblo los apoyó. Cuando el Gobierno tipificó las ayudas como delito de tráfico de migrantes las personas comenzaron a estar más prevenidas, pero diariamente uno ve que hay una compañía de las personas de los hoteles o de los restaurantes. Es que en verdad se la llevan muy bien”.

La reacción de la personera ante la llegada masiva de migrantes fue similar a la que tuvieron algunos habitantes de Turbo. En los primeros días, cuando dormían en cambuches improvisados del barrio Obrero, llegaron donaciones de familias, incluso los presos de la cárcel de Turbo donaron voluntariamente sus desayunos un día para los migrantes cubanos. Andy, uno de los migrantes que durmió en los cambuches, fue quien recibió la oferta de dormir con todo el grupo de cubanos – más de 300 – en una bodega. “Mira es que nos han ayudado mucho. Donde dormíamos pues eran palos con bolsas, y un señor dueño de una bodega me vio un día en el suelo y me dijo que nos la prestaba por un tiempo. Además los presos nos regalaron el desayuno, eso me queda de Colombia”.



Foto 9: Desayunos donados por los presos de la cárcel de Turbo a los migrantes. Foto: Cortesía migrantes cubanos.

Cuando le pregunté a Alejandra sobre estas donaciones, me contó que hubo un tiempo en el que los migrantes pasaban desapercibidos, eran transeúntes impermanentes, no existía una regularidad. “Después de que estuvieron alrededor de ocho días vagando por las calles

se quedaron sin dinero, sin donde dormir. Un ciudadano les cedió la bodega porque los vio en condiciones muy difíciles. Algunos se quedaron casi tres meses mientras lograban encontrar los medios económicos para salir. Los vecinos querían ayudarlos a llegar a Estados Unidos, su destino final”.

El defensor del Pueblo de Urabá, William González de la Hoz, llegó a la bodega cuando la Cancillería ordenó las deportaciones. En ese entonces, cuando vio a la comunidad local rodeando a los migrantes, dijo que existía una “solidaridad espontánea”. En un principio lo llamaron para que atendiera la situación humanitaria: “Llamó el alcalde, el secretario de Gobierno: que se les acabó el agua, que no tenían baños. Nosotros nos dimos cuenta que no había tiempo para formalismos con el Gobierno y fuimos a atenderlos. Claro, el Estado no estaba preparado para esta situación y respondimos espontáneamente. El día que llegué vi una familia con un bebecito recién nacido. Como padre, esa escena me partió el corazón y me empeñé en ayudar”.

El discurso del defensor del Pueblo es similar al que sostuvo la Alcaldía de Turbo, cuestionada desde el Ministerio de Relaciones Exteriores por amparar a los migrantes. El primer paso que dio la Alcaldía fue garantizar derechos básicos: como salud y alimentación. Lo primero que enviaron fue un carro tanque con agua potable y un camión de Aguas de Urabá para que se hiciera cargo de los residuos sólidos. El segundo paso fue enviar elementos para la higiene personal. La respuesta institucional surgió, como me dirían más adelante los funcionarios, como la única que tenían preestablecida: la atención a las víctimas del conflicto, con todas las dificultades que eso implicaba.

Esta hipótesis me la confirmó el secretario de Gobierno de Turbo, Emérides Muñoz. Cuando le pregunté sobre la solidaridad espontánea respondió con base a su experiencia, a la experiencia de los habitantes:

“Hay un concepto que se aplica a Turbo: la resiliencia. Esta población sabe lo que es vivir en situación de vulnerabilidad, la mayoría han sido víctimas del conflicto. Como han estado así saben que hay que echar pa'lante?, que no se pueden quedar llorando. Y los migrantes estaban llorando y ellos, los vecinos, los animaron a seguir, como ellos mismos lo han hecho con sus familias. ¿No tienes comida? Bueno, ven, yo solo tengo un pan pero compartamos el pan. Esas eran las escenas que se veían en el albergue de migrantes. Nosotros queríamos que ellos resolvieran su situación y aunque hubo discordias con el Gobierno Nacional, les tendimos una mano”.

Poco a poco se comenzaba a desvanecer el imaginario violento que fundamentó mi prevención. Se diluía entre los gestos de solidaridad de los vecinos y las instituciones. Sin negar los riesgos que corren los migrantes en el tapón del Darién y las estafas a las que muchas veces son sometidos, existía un trasfondo que la violencia estaba opacando, que las noticias del Clan del Golfo y las disidencias del paramilitarismo estaban eclipsando. Las historias sobre el albergue y los testimonios de los migrantes me llevarían a conceptos como empatía, solidaridad, hospitalidad y errancia gestionada. En general, a otros caminos lejanos de la narrativa violenta presente en diferentes textos históricos y periodísticos sobre Urabá.

De estas historias quedaba un sentimiento de hospitalidad, un concepto que puede ser transversal en las migraciones. Cuando un migrante llega a una ciudad y no es conocido por la población, su estatus es, paradójicamente, el de ser un extraño que no tiene un estatus definido (Pitt-Rivers, 2012). El migrante se sitúa en un limbo de hostilidad y hospitalidad. El resultado depende del contexto y, en el caso de Turbo, el marco de significado compartido por el desplazamiento inclinaba la relación hacia la empatía. Así, la ambigüedad del estatus de “pertenecer y no pertenecer” que caracteriza la migración, toma un matiz más cercano, de camaradería quizás, en la frontera entre Colombia y Panamá.

Los lazos que se generan en el marco de la hospitalidad no surgen de la noción de igualdad, sino de la reciprocidad. “Therefore their reciprocity resides, not in an identity, but in an alteration of roles (...) The law of hospitality is founded upon ambivalence. It imposes order through an appeal to the sacred, makes the unknown knowable, and replaces conflict by reciprocal honour.” (Pitt-Rivers, 2012, p.509)<sup>38</sup>. La relación empática entre los habitantes de Turbo con los migrantes se acentuó cuando los cubanos se quedaron atrapados en Turbo, sin dinero ni donde dormir, como decía Alejandra. Dejaron de ser vistos por un momento como turistas y adquirieron un lugar cercano al de los “desplazados” en las ciudades, solo que en uno de los epicentros de la violencia en Colombia: Urabá.

Que la relación entre migrantes y población local se presente en Turbo nos traslada a un marco de análisis distinto: ante la ausencia del Estado, la hospitalidad de los vecinos es la

---

<sup>38</sup> “Su reciprocidad reside, no en una identidad, sino en una alteración de roles (...) La ley de la hospitalidad se basa en la ambivalencia. Impone orden a través de un llamado a lo sagrado, hace que lo desconocido sea cognoscible, y reemplaza el conflicto por honor recíproco”.

que puede brindarle al migrante un acceso mínimo a la ciudadanía. Con el reconocimiento de su existencia y su pasado por parte de la población local, el migrante se desplaza hacia otra categoría, como dirían en Turbo: "ellos son chilangos". La donación de desayunos y los almuerzos comunitarios, por ejemplo, elevaban esta relación hacia la construcción de comunidad. "Commensality is the basis of community in a whole number of contexts" (Pitt-Rivers, 2012, p.509). Estos momentos fueron posibles por un sentimiento recíproco entre los individuos y nos dio luces sobre el grado de incorporación que se le estaba permitiendo a los migrantes en Turbo.

En los primeros días, el trabajo de campo pesaba, sentía que en el lapso de dos horas en el muelle no podía concretar entrevistas profundas. Me sentía como un periodista: intruso, inoportuno, lejano. Las historias que escuché más adelante llegaron por una relación de amistad entre los habitantes de Turbo y los migrantes. Un día, por ejemplo, Alejandra me mostró una conversación de Whatsapp con un cubano que viajaba hacia Estados Unidos. Alejandra y William, el defensor del Pueblo, me contactaron con los cubanos que se quedaron a vivir en Urabá. Estas relaciones ponían en evidencia un nuevo rol del migrante: aunque no tenía un estatus de miembro de la comunidad, su estela de extraño se opacaba por la afinidad con los habitantes de Turbo.

La relación que menciono tiene un contexto profundo, íntimamente relacionado con la historia de Urabá como tierra de migrantes. Mientras que el norte de la región es predominantemente "chilapa" (en su mayoría nativos de Córdoba que se desplazaron a Urabá), el sur es un enclave "paisa", en donde conviven con poblaciones indígenas. En el Eje Bananero confluyen los tres grupos: "paisas", "chilapos" y "negros" (Monroy, 2013). En Turbo existe una estrecha relación entre las poblaciones de origen ribereños como "los chocoanos" y los grupos de origen caribeño. Este municipio, sobre todo, se ha inclinado hacia las costumbres ribereñas, conviviendo al mismo tiempo con "paisas" y "chilapos".

La consolidación de Urabá como una región de conflicto y grandes industrias – controladas principalmente por personas de Bogotá o Medellín – hacen de este territorio un lugar de "personas de tránsito y, por ello, las trayectorias personales son diversas y necesariamente explicitadas para establecer vínculos (...) Estar en Urabá – en su territorio – obliga esa identificación conspicua." (Monroy, 2013, p.69). En este contexto se

desenvuelven los migrantes y, aunque resulte paradójico, los acerca a los habitantes de Turbo por sus experiencias pasadas, bajo el marco de la “irregularidad”. Como ellos, los habitantes de esta zona han sido estigmatizados desde el centro por ser un territorio de “personas al margen de la ley”.

Al enfocar la mirada en Turbo vemos, por ejemplo, que existen unas características diferenciadoras incluso dentro del mismo Urabá. La relación histórica entre los pobladores de esta zona y los habitantes ribereños de Chocó ha consolidado algunos valores compartidos, como la solidaridad. “Una líder de Turbo, ‘paisa’ –nacida en Medellín y de familia antioqueña – que pasó parte de su vida adulta en Chocó y Turbo, indicó que la diferencia entre ‘paisas’ y ‘negros chocoanos’ radica en la solidaridad, diciendo que estos últimos se ponen en los zapatos de los otros, mientras que los ‘paisas’ están ocupados vendiendo zapatos” (Monroy, 2013, p.74).

La llegada de población chocoana a Turbo se remonta a la primera mitad del siglo XX, con el auge industrial, principalmente del sector bananero. La migración masiva se presentaría tres décadas más adelante, principalmente en las fincas del Eje Bananero. De hecho, en 1983, según Uribe Hincapié (1992), el 49% de los trabajadores bananeros provenían de Chocó. Costumbres chocoanas como la pesca y el arraigo a la religiosidad popular son visibles en las calles de Turbo, donde se pueden ver grandes casas lujosas al lado de barrios populares. Por su ubicación geográfica es escenario de convivencia entre grupos que se dedican al tráfico de drogas y víctimas del desplazamiento en la región.

En los últimos años, Turbo ha sido testigo de una tensión entre las antiguas generaciones de chocoanos que habitan en la zona y los nuevos grupos delincuenciales que se asentaron en periferias. Esta tensión alcanza a tocar la esfera de lo ético por la incursión de jóvenes afrodescendientes en estructuras armadas y, en algunos casos, pandillas. La ausencia de solidaridad y la incorporación de ellos en el presente de la violencia ha generado fracturas sociales entre las primeras generaciones de chocoanos en Turbo y las posteriores (Monroy, 2013).

El represamiento de migrantes fue un escenario en el que se hizo evidente la manifestación de solidaridad y, en consecuencia, de hospitalidad. Como se contó anteriormente, la reacción espontánea de solidaridad frente a los migrantes contrastó con las

órdenes de deportaciones del gobierno central. La política de seguridad no tuvo los efectos esperados, entre otras razones, por la ausencia de un pie de fuerza que ejecutara las órdenes y por la desconexión entre la institucionalidad local y nacional. Si bien es cierto que el Gobierno logró llevar a cabo su política de deportación voluntaria, en Turbo se sostuvo una proyección de políticas humanitarias frente a los migrantes.

Cuando eso pasó muchas personas incurrieron en ‘errores’ al ayudar a los migrantes porque el Gobierno decía que eso no era legal, por eso después se abstuvieron de ayudarlos directamente. Es que mire, por ejemplo aquí a la Personería llegó un habitante del municipio y me dijo: ‘allá en el parque hay una cantidad de chilangos y como que van a dormir ahí. Vengo aquí para que usted los ayude’. Nosotros como Personería fuimos y hablamos con ellos para ver dónde podían dormir. Se nos ha aumentado el trabajo porque la gente, aunque quiere ayudar, se asusta y acude a nosotros”. (Entrevista personera de Turbo, 2016).

En el momento del represamiento, la Iglesia fue una de las primeras organizaciones que llegó al lugar. El arzobispo de Apartadó, Hugo Alberto Torres Marín, convocó a los párrocos de Urabá a unirse a las campañas humanitarias por los derechos fundamentales de los migrantes. De hecho, tuvo serias discusiones con delegados del Gobierno Nacional por su intención de utilizar un predio de la Iglesia para crear un albergue temporal – y fue enfático en este punto – para ayudar con las condiciones mínimas de dignidad durante el lapso de estadía.

Cuando nos enteremos de que cientos de familias cubanas estaban desamparadas en Turbo tratamos de dar una respuesta caritativa, buscando que estas personas pudieran vivir con cierta tranquilidad. Dentro del grupo de migrantes que estaban represados había niños, mujeres en condiciones difíciles de salud, adultos mayores. Cuando les prestaron la bodega nos dedicamos a servirles en todo el tema de alimentación. Lo primero que hicimos fue ir con médicos para que por lo menos los revisaran. Luego ayudamos con alimentos y cuando el número ya creció demasiado empezamos a solicitar la ayuda de la ministra de Relaciones Exteriores. La respuesta que recibimos fue: ‘no se puede hacer nada. Toca deportarlos a través de una medida de choque”. (Entrevista con el arzobispo de Apartadó, Hugo Alberto Torres. Octubre de 2016).

La política enfocada en la soberanía resultaba contradictoria para el arzobispo Marín. Los presupuestos de la Iglesia, como me lo comentó, tenían un énfasis en el respeto y la protección de la condición humana, algo que no estaba sucediendo con los migrantes cubanos. “Siempre hemos sido migrantes. El pueblo de Israel fue migrante y todavía lo es. Los grandes movimientos de población responden a una condición de búsqueda de mejores

condiciones que es connatural a la humanidad”, decía. En su discurso, Marín se remitía a las directrices de la Pastoral Migratoria y a la doctrina social de la Iglesia frente a la migración. El punto cinco de esta doctrina dice, por ejemplo, que “las personas que entran a una nación sin la autorización o que se queden más tiempo de lo permitido, deben ser tratadas con respeto y dignidad. No deben ser detenidos en situaciones inhumanas y por tiempo indefinido”<sup>39</sup>.

El arzobispo también hacía énfasis en la “precariedad a la que se someten los migrantes actualmente”. En este momento histórico, la Iglesia tenía el deber de ser coherente frente a las “necesidades humanas de los migrantes”. Si bien estaba de acuerdo en que las naciones “debían regular el flujo de migrantes”, existía un límite en el que “el abandono de otro ser humano se convierte en algo inadmisibles”. En este sentido, las discusiones con la Cancillería se centraban en aspectos como los recursos y el padre insistía constantemente en que cuando se trata de ayudas humanitarias el Gobierno no debía dudar y ser corresponsable, por ejemplo, de posibles episodios de violencia o muerte en las migraciones.

Las personas más vulnerables en la región, tanto para la Iglesia en Urabá como para las instituciones con enfoque de derechos humanos, eran los desplazados. “A nivel global son los migrantes. Inequidad a nivel jurídico, a nivel económico, social. En todo sentido. Los efectos los sufren los niños y las mujeres migrantes, ellos pagan los platos rotos”, decía. Este mismo argumento el arzobispo se lo presentó a la Cancillería, que esgrimía razones, una vez más, de soberanía y seguridad. En este episodio de interlocución se hizo notable una diferencia en la aproximación al *otro*, donde la política no era leída de la misma manera por los habitantes de Urabá. Aunque manifestaban una postura a favor de la regulación exigían, a su vez, medidas de reparación comunes a las que se les brinda, por ejemplo, a las víctimas de la violencia. Existía, por parte del arzobispo, una conciencia por la lucha migratoria:

“Con toda la normatización y el cierre de las fronteras, los Estados están protegiendo siempre a los que mejor están. Los más pobres, que se jodan, ese es el mensaje. Ahí es cuando uno tiene que pensar cómo actuar, cómo hacer. Estados Unidos y Europa tienen una deuda moral y económica con los países tercermundistas, y la van a tener siempre. Ellos vinieron y explotaron, como Reino Unido con África, se enriquecieron y ahora niegan las entradas. Muchos de los musulmanes que se van a Francia y les niegan la entrada vienen de colonias francesas. Lo mismo Estados Unidos con América Latina. Todo su desarrollo urbanístico lo saca de acá, todo su ‘desarrollo’. En estas cuestiones tenemos que pensar cuando llegan los migrantes a Urabá”. (Ibíd.).

---

<sup>39</sup> Ver en <http://www.catholicsandimmigrants.org/wp-content/uploads/Doctrina-Social-PM-Rev-Draft.pdf>

Cuando caminábamos por los talleres de mecánica de Apartadó, Andy, uno de los cubanos que durmió en la bodega, me contó una anécdota. Uno de los días en los que no tenían suficiente comida, un vecino poderoso, como él lo describió, le preguntó que si tenían suficiente comida. Andy le contó, entre otras cosas, que en Cuba se había acostumbrado a pasar días sin comer carne, que eran buenos aguantando. “Este señor llega al día siguiente con una vaca entera. Escucha lo que te digo, una vaca entera. Me la regaló y me dijo que la compartiera con mis compañeros. Hicimos un asado muy grande entre todos, también compartimos con los vecinos”.

### **3.3 Deconstruir los conceptos, buscar salidas conjuntas**

La construcción del chilango tiene que ver con la empatía y la construcción de salidas conjuntas. En el trabajo de campo conocí a dos migrantes que se enamoraron de habitantes de Urabá. Detuvieron su paso, intentaron construir una vida en Colombia – el mismo arzobispo de Urabá me contó que una de las parejas le pidió que los casara– y luego siguieron viajando para alcanzar las aspiraciones iniciales. El acceso a la ciudadanía, entendida en este contexto y en relación con el Estado colombiano como un la disposición individual de derechos y representación, pasaba por un reconocimiento del migrante como un sujeto que no tenía que ser visto bajo las categorías oficiales de refugiado, migrante irregular o ilegal. La relación intersubjetiva se construía en episodios cotidianos como la conversación que tuvo Andy con el “vecino poderoso”. En el caso de los migrantes africanos, la interlocución se hacía difícil.

El reconocimiento de los migrantes como sujetos sociales con derechos era evidente en las calles de Turbo. Cuando se trataba de las autoridades centrales, la relación era inversa. El migrante no podía tener acceso a salud, alimentación ni orientación legal. Un funcionario de la Agencia de la ONU para los Refugiados (Acnur) en Urabá me describió la situación solicitándome que mantuviera su nombre en reserva: “Aquí no hay una ausencia de política migratoria sino de política humanitaria. No está reglamentada la responsabilidad de atención humanitaria ni garantía de derechos a la población migrante. El Gobierno Nacional dice que la Alcaldía se encargue, y ellos no tienen con qué responder. Aquí no hay redes de protección para los migrantes”.

El desinterés del Estado por enfocar la política migratoria en el marco de los derechos humanos ubicaba a los migrantes en el no ser social. La existencia de migrantes en Turbo parecía ignorada por el Estado, y las instituciones locales, con dificultades para responder ante su propia población, trataban de hacer lo posible para que salieran en un tiempo corto del país, otorgando salvoconductos y entregando algunas ayudas humanitarias. En el caso de la Acnur, las solicitudes de refugio eran mínimas. Durante mi trabajo de campo solamente supe de dos casos que estaban en trámite. Sin embargo, el consejo de los funcionarios de esta organización era que “siguieran su camino”, pues la Cancillería dilataba los procesos y comprobar, por ejemplo, que un migrante es perseguido político, se podría convertir fácilmente en una tarea de meses.

En el caso de Colombia, la Acnur no tiene potestad para decidir si a un migrante se le otorga refugio, un factor común con otros países, como Senegal. El caso debe pasar a la Cancillería, que en un lapso entre uno y cuatro meses decide, a través del comité de elegibilidad, quiénes pueden estar sujetos a refugio. Cuando sucedió el episodio de Turbo, los migrantes recibían amenazas de deportación por parte de la misma entidad que, en caso de que ellos lo necesitaran, analizarían los casos de refugio. El poder se concentraba entonces en el Estado Colombiano, que hace presencia en Turbo a través de Migración Colombia. “Nosotros no tenemos ninguna posibilidad de incidir en la valoración de los casos”, me decía el funcionario de la Acnur.

Existen otros factores que influyen en que la situación de los migrantes se resuelva en la vida cotidiana de Turbo, no en las instituciones donde, a lo sumo, les pueden ofrecer salvoconductos. Teniendo en cuenta las limitaciones que tiene en Colombia, la Acnur se ha enfocado en trabajar en los casos de desplazamiento interno y, recientemente, en la revisión de casos de migrantes venezolanos, quienes han comenzado a llegar de manera masiva al país por la crisis política de su país<sup>40</sup>.

Quiero destacar dos elementos importantes. La Acnur se ha concentrado en trabajar en temas de desplazamiento en Colombia. Hasta hace muy poco se comenzaron a girar recursos para

---

<sup>40</sup> De hecho, Migración Colombia tiene reportados 40.000 venezolanos viviendo con documentos en el país, y 60.000 de manera "irregular". No obstante, la Universidad Simón Bolívar, a través del Laboratorio Internacional de Migraciones (LIM), calcula que 900.000 venezolanos llegaron al país durante los últimos 20 años. Ver en: <http://www.eltiempo.com/especiales/migracion-de-venezolanos-en-colombia-cifras-e-historias-de-vida-72946>

la protección internacional. Teníamos hasta hace unos meses recursos para otorgar asistencia humanitaria en casos específicos de desplazamiento. No tenemos casi plata para trabajar en las fronteras. Y... hermano yo si le digo algo... Los migrantes dependen de Migración Colombia, una entidad construida con la misma base del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad). Los funcionarios que trabajan ahí venían de la Fuerza Pública, entonces suelen estigmatizar a los migrantes, ejercer una visión policial frente a ellos. Las consideraciones humanitarias no son su prioridad, por eso es difícil la relación con la Acnur” (Entrevista con un funcionario de la Acnur en Urabá, octubre de 2016).

Así, el migrante en Turbo se fue desplazando poco a poco hacia lo cotidiano, el escenario donde definía su estatus. A juicio del funcionario de la Acnur, el migrante quedaba envuelto “en una cultura arraigada a las economías ilícitas, característica de la frontera. Ellos entraban como nuevos clientes de combos o pandillas que vieron en el tráfico de migrantes una nueva fuente de recursos”. Sin embargo, y como se ha dicho anteriormente, el migrante que pasa por Turbo tiene diferentes entradas, distintos caminos y formas de relacionarse con los habitantes, no solo como un “cliente” de una pandilla.

En la Acnur tienen identificados 30 pasos “irregulares” en la frontera entre Colombia y Panamá. El tapón del Darién era solo uno de estos puntos; quizás el más accesible. En los municipios de Riosucio y Acandí, Chocó, había otras rutas que no habían sido exploradas por el Estado. En los 266 kilómetros de frontera entre los dos países se han creado diferentes rutas para movilizar las economías ilícitas, como el narcotráfico. El migrante, muchas veces dependiente de sí mismo, entraba en estas mismas rutas y podía convertirse en una amenaza para los grupos armados: “Están casi siempre totalmente solos. No conocen el territorio, no hablan el idioma. Los suben a trochas y muchas veces no llegan. Nosotros sabemos que hay un subregistro grande de migrantes que han muerto en los pasos irregulares de la frontera”, me decía el funcionario de la Acnur.

“Cuando el Darién está caliente, los migrantes pasan a unos sectores no muy conocidos del río Atrato, donde las comunidades los ayudan a pasar. Dependiendo del momento se activan rutas clandestinas muy complicadas por el control que ejercen los actores armados”, contaba el funcionario, haciendo énfasis en que no existe una relación estrecha con las instituciones panameñas, lo que impide verificar la situación de derechos humanos de las rutas clandestinas. “No hay posibilidad de monitorear, ni siquiera la Acnur puede estar ahí”.

En los últimos días de trabajo de campo, Alejandra me ayudó a conseguir un espacio para hablar con el comandante de Policía de Urabá, el coronel Luis Soler. No fue fácil acceder a él. Usualmente, como me dijo, no acepta entrevistas para universidades. Tampoco fue una entrevista muy larga. Fue cortante y evasivo en algunos temas. Sin embargo, su testimonio ratifica lo que me decían en la Acnur y en la Alcaldía: el migrante está a la deriva y, para el Estado, lo conveniente es que abandonen el país cuanto antes, que sean invisibles.

Nosotros solamente intervinimos cuando Migración Colombia solicite nuestro apoyo antes situaciones irregulares. Lo que pasa es que los migrantes se han convertido en un negocio ilícito. Aquí hay unas personas que se aprovechan de las personas que están haciendo tránsito y les cobran dinero por ayudarlos a salir del país. Este no es un tema de ayuda humanitaria o de ‘ay, pobrecitos los migrantes’, no. Aquí hay personas que les prestan servicios ilícitos. Inicialmente fueron 25 personas capturadas por ayudar a los cubanos que se querían quedar en Turbo. Nosotros como Policía seguimos investigando con la Interpol para determinar quiénes están involucrados en el problema de tráfico. (Entrevista con el coronel Luis Soler, comandante de la Policía de Urabá, octubre de 2016).

En medio de la conversación le pregunté sobre la seguridad de los migrantes, haciendo alusión a la pareja de cubanos asesinada en el tapón del Darién a lo que respondió: “La verdad es que casi no hemos tenido casos como ese. Lo que uno encuentra es que los engañan, les quitan el dinero, la plata. Les dicen que los van a sacar del país y no lo hacen porque el recorrido no es fácil, es una zona selvática muy compleja”.

Del testimonio del coronel quedan definidas algunas características que tiene el migrante, más no el chilango. Así como algunos ven a la población local “inmersa culturalmente en economías ilegales”, el migrante es catalogado como “un sujeto que hace parte del tráfico de migrantes”, pues no es reconocido como víctima. La contraparte de ese discurso generalizado es la solidaridad que se presenta en la cotidianidad y que deconstruye progresivamente la definición de migrante. Un chilango es una definición que desplaza las características que utilizó el coronel para definir el problema. Él reproduce con su testimonio una categoría institucional que, en el caso de los desplazados, termina reduciendo al *otro* al terreno de la “irregularidad”, del no ser social.

El desplazamiento, como lo define Alejandro Castillejo, es “un proceso de transformación en las ‘definiciones del otro’”. (2016, p. 176). Esta transformación tiene que

ver con la incorporación de una persona dentro de un régimen extraño, donde puede ser vista como “invasora”. Esto depende, no obstante, de la comunidad receptora, la cual entra en una dinámica de mutua constitución. En Urabá, ser desplazado no es lo mismo que serlo en Bogotá o en Medellín. La relación con el otro, extraño, “invasor”, ha significado en esta región alianzas y construcción de planes comunes, como es el caso de la formación de los sindicatos bananeros en 1964.

En el análisis de Castillejo, el desplazamiento aparece como un fenómeno donde es clave la autoreferencia. Los desplazados se constituyen como “un grupo de personas” que no pertenecen a “otro grupo de personas”. A veces, son los guerrilleros que no son guerrilleros (2016, p. 176). Inscritos en un esquema diferenciador ambiguo, los desplazados – y diría también que los migrantes – acuden a la autoreferencia para definirse a sí mismos. Son, en ese sentido, la clase de sujetos que no pertenecen a ninguna clase (Castillejo, 2016, p. 106). Viven en un estado de paradoja donde, aunque el discurso oficial los margina, éste no es asumido del todo por los habitantes locales.

Alrededor del migrante, así como del desplazado, giran mecanismos de representación que los pueden ubicar en un marco discursivo como “ilegales” o como “chilangos”, dependiendo del contexto. En el caso específico de Turbo, los migrantes llegan como habitantes ambivalentes para el Estado, subordinados, inferiores y, en algunos casos, temidos. Turbo, por el contrario, se encuentra en la periferia del campo social, donde las representaciones colectivas no necesariamente implican una relación de subordinación con el otro, el habitante local. Mientras que en las grandes ciudades del interior el desplazado no hace parte de las posibilidades de interacción, en Turbo es una interacción cotidiana, no por eso desprovista de violencia o hospitalidad.

Las imágenes construidas alrededor del desplazado y el migrante coinciden. Ambos, para el Estado, están desprovistos de subjetividad. . La vulnerabilidad que caracteriza a estos grupos es construida desde las ciudades: llegan como personas sin voz, sin historia, sin derechos. Es aquí cuando, en el mejor de los casos, entra el discurso de asistencia humanitaria. El *otro*, incomprendido o ininteligible, pasa al campo de las políticas públicas de seguridad o de la asistencia humanitaria. No hay más espacios. Cuando se dan, y esto lo vimos en Turbo, suceden en las interacciones con los habitantes locales, quienes no los ven

como incomprendidos sino, por el contrario, como seres que al igual que muchos de ellos están varados en sus caminos.

El migrante, situado en el campo del anonimato y lo extraño, puede ser familiar para los habitantes de Turbo. Urabá, en general, es definida como una región caótica, violenta. Cuando se habla sobre las víctimas del conflicto en esta zona del país aparece una pretensión estatal por incluirlas en unas tipologías de marginalidad, confinamiento, sufrimiento y caos. Esa ininteligibilidad es compartida con los chilangos, y lo pude ver en el trabajo de campo. A finales de octubre acompañé a Alejandra a un barrio deprimido, donde, ella me decía, vivía la nueva reina de Turbo. Llegamos justo cuando la reina regresaba de unos actos protocolarios en la Alcaldía, donde estaba siendo reconocida y aplaudida, donde le hablaban sobre oportunidades de educación, reinados, visitas a Cartagena y Bogotá y su imagen futuros avisos publicitarios. Cuando regresó a su casa, a esa realidad marginal, comenzó a sentir la distancia.



Foto 10: La reina de Turbo de regreso a su barrio. Crédito: Santiago Valenzuela.

La representación del desplazado como un ser que habita en la periferia, que perdió su casa, que no tiene símbolos a los cuales aferrarse por su condición fantasmal y errante, es similar a la construcción que se ha hecho sobre los barrios deprimidos de Urabá, donde la intervención estatal es nula y los vínculos de los habitantes con los estatus de ciudadanos están en juego cada día. Ese escenario fangoso del barrio Obrero, donde los migrantes instalaron sus cambuches y durmieron los primeros días, es el lugar de encuentro e interlocución entre los chilangos y la población local, donde se generaron vínculos de empatía.



Foto 11: Asentamiento de migrantes cerca del barrio Obrero. Crédito: cortesía de un migrante.

Leamos el siguiente fragmento de Alejandro Castillejo, donde describe la visión oficial de los desplazados en Colombia: “Oleadas de hombres, mujeres y niños de espacios rurales deben migrar y salir de un universo en el que se ha disuelto el grupo familiar y que es sustituido por un lugar de ‘refugio’, cerrado y hasta cierto punto endogámico que le ofrece a la comunidad receptora (Castillejo, 2016, p.206). En el caso de Turbo, la comunidad receptora representa, en algunos situaciones, la hospitalidad.

Las imágenes que constituyen el marco de significado de migrantes y desplazados están relacionadas con hacinamiento, desamparo, muerte, abandono, destrucción, amenazas

y soledad. Como está expuesto en otro apartado de este trabajo, esa construcción simbólica que rodea a los migrantes puede ser una construcción de marginación política en sí misma, pues al pensarlos como sujetos desamparados y violentados en todos los niveles pierden agencia y no son “aptos” para ser interlocutores con el Estado. En su lugar entran las ONG’s oenegés como entidades mediadoras. Algunas, como la Acnur, tienen un discurso político sujeto a los derechos humanos pero también a la regulación migratoria, lo que genera diferencias y tensiones con los migrantes y sus aspiraciones.

Esta comparación entre desplazados y migrantes tiene unos límites. Si bien existe una correlación entre las imágenes de abandono, zozobra y vulnerabilidad que los rodean, el desplazado lleva un marcador de diferencia que lo ubica, en algunos contextos, debajo del migrante. Colombia, el segundo país con más desplazados en el mundo (7,4 millones)<sup>41</sup>, tiene las ciudades pobladas por las víctimas del desplazamiento forzado. Y en el imaginario colectivo se ven desfigurados: “son de aquí y de todas partes”, como diría Castillejo (2016, p. 211). A diferencia del migrante, quien no tiene un pasado importante en el país (ver capítulo 1), el desplazado ha estado en las entrañas de la historia, aunque a raíz de su propia construcción ha sido deshistorizado en el imaginario colectivo. Esto no quiere decir, por supuesto, que el lugar de origen no sea esencial para el desplazado, sino que la importancia del mismo para el Estado o las institucionales locales ha sido ignorada a la hora de definir políticas públicas, de comprenderlos, algo que por el momento no sucede con los migrantes.

“Aparecen grupos dispersos de desplazados recorriendo lugares sin una fisionomía que los identifique. Las multitudes llorosas han desaparecido de las imágenes. Los grupos de desorientados, como espíritus sin rumbo transitan por lugares desmantelados que no representan nada y que solo ven arribar más desplazados bajo el control militar (...) Sus voces resultan tan imperceptibles que apenas las escuchamos. Y este es el otro punto que se refuerza en las imágenes: han desubjetivado a la persona. Los espacios y los objetos son portadores de la ausencia” (Castillejo, 2016, pp. 213-215).

Para los mismos medios de comunicación los migrantes son más visibles, también porque existe una exotización y un discurso político de por medio. La llegada masiva de migrantes venezolanos, por ejemplo, generó campañas de solidaridad en los medios de comunicación y en las empresas. Cuando sucedió lo de Turbo, los grupos políticos de derecha

---

<sup>41</sup> Ver en <https://www.elspectador.com/noticias/el-mundo/colombia-sigue-siendo-el-pais-con-mas-desplazados-internos-74-millones-articulo-698945>

exigieron un trato “respetuoso” para quienes, según ellos, habían sido víctimas del comunismo. El desplazado no tiene ese protagonismo, no genera el capital político que genera el migrante y tampoco causa la misma empatía, el mismo interés. Ellos están ahí, en la periferia, hace décadas.

Un día, en una mañana soleada en el muelle, le pregunté al coordinador, Fabio Marín, qué sentía sobre su trabajo, si se aburría, si quería volver a Medellín. Mire, me dijo, “esto es muy gratificante porque ayudamos a que los migrantes cumplan sus sueños y tengan una salida agradable. Ellos vienen de lugares muy difícil, son historias tremendas. Yo me siento bien cuando los ayudo con un chaleco salvavidas, cuando vigilo las condiciones de seguridad en las que se van”. Las historias de los migrantes le interesaban, también hablar sobre las “culturas” que conocía cuando hacía su trabajo, los idiomas foráneos, las “costumbres”, etc. No era lo mismo, y él lo sabía, decir que trabajaba por los migrantes a que trabajaba por los desplazados.

Algo similar sucedía con el discurso del defensor del Pueblo de Urabá. Si bien su trabajo estaba íntimamente ligado con las violaciones de derechos humanos a la población colombiana, me confesó que el episodio de Turbo lo marcó significativamente, a tal punto que comenzó a estudiar una especialización relacionada con Derecho Internacional y migraciones. “Hermano, a mí me partió el corazón ver a mujeres embarazadas viajando, niños pequeños, como mi hija, a la deriva por la selva. La verdad desde ahí me comprometí con esta causa porque al escuchar sus historias entendí las razones por las que migraban. No quería que nada les pasara y por eso nos esforzamos mucho en identificar los riesgos a los que estaban expuestos. Quiero seguirme especializando en la línea de los Derechos Humanos”.

Las voces de los desplazados resultan imperceptibles, apenas los podemos escuchar. El grito de auxilio de los migrantes, aunque ignorado por el Gobierno central, fue oído por la Defensoría del Pueblo y la Iglesia. En Acandí, el defensor del Pueblo encontró que los migrantes utilizaban unas rutas clandestinas incluso más riesgosas que las del Tapón del Darién. “Se iban en las noches en lanchas, cuando la marea estaba muy alta, viajaban con sobrecupo y muchas veces terminaban perdidos en la selva. Esa imagen me partía el corazón.

Tomé los números de algunos de ellos y por Whatsapp me contaban cómo iban en el camino. Algunos llegaron divinamente a Estados Unidos”, contaba.

El hecho de que el defensor hablara constantemente con los migrantes, incluso con Andy y Jessica, quienes se quedaron en Urabá durante unos meses para definir proyectos futuros, acentúa la diferencia entre el chilango y el desplazado. Desde la institucionalidad local se puede leer un esfuerzo por reconocer la autonomía del migrante, algo que no suele suceder en el caso de los desplazados desde las entidades gubernamentales. Puede que la alteridad que históricamente se ha creado alrededor de los desplazados sea similar para los migrantes irregulares desde las políticas de centro. Sin embargo, esta alteridad no se corresponde con la construcción del otro que surge en la cotidianidad de Turbo. No se presenta, como diría Castillejo, la desaparición del sujeto. El chilango existe, tiene una historia individual.

Si bien Urabá es descrita por Monroy y Madariaga como una región en donde la violencia se extiende por todas las dimensiones cotidianas, la situación de agosto de 2016 en Turbo devela un primer plano de solidaridad que fractura esa visión tipificada de la violencia. Visión que hace parte de un desenlace histórico que en efecto ha dejado miles de víctimas pero que al mismo tiempo ocluye escenarios de interlocución donde la violencia puede quedarse en paréntesis. Cuando Urabá es vista permeada de violencia en todos sus ámbitos se corre el riesgo de invisibilizar procesos y escenarios distintos a lo que el Estado también ha construido en el imaginario colectivo.

“Tipificar nos conduce inevitablemente a invisibilizar, a reemplazar a la persona por el grupo, en última instancia, a configurarlos, dentro de una cadena de representaciones, como modalidades de lo Unheimlich. El anonimato es un punto nodal dentro de toda esta red que genera las formas sociales de administración, en clave de la racionalidad y control de la alteridad. En un contexto asociado a la peligrosidad y a lo demoníaco —siempre irreconocible e inmanejable—, y en otros, a la locura, también inmanejable (...) Estas personas son tipologizadas de nuevo bajo la ausencia de dignidad y de sentido de lo real, de agresividad instintiva y pérdida de historia. En este contexto concreto, el desplazado se ha convertido en otra modalidad de alteridad radical. La violencia los hace monstruos, seres casi irreconocibles: en lo profundo de nuestra vigilia tenemos la sensación de que son vecinos de un espacio que esperamos no sea invadido por estos seres-que-devienen-enemigos” (Castillejo, 2016, pp.221-222).

Desplazados y migrantes comparten visiones colectivas impuestas. Pensemos en un migrante que huye del conflicto paquistaní y un desplazado que huye de la violencia en

Tumaco. En estos casos específicos, el lugar de origen – para el colectivo – representa la muerte, un lugar en donde se fracturó la historia, donde el terreno de las motivaciones está muerto, infértil. Paradójicamente, de esa sensación de muerte es que surge una solidaridad diferenciada en Turbo. El habitante – resiliente, como diría del secretario de Gobierno – sabe de antemano que el chilango es un sobreviviente y por eso configura una representación diferente a la que se ha construido desde el centro, donde el extraño “irregular” puede ser un enemigo, un ser que pone en riesgo la normalidad, que no es confiable.

El mismo túnel que transformó al desplazado cuando tuvo que abandonar violentamente su territorio, es el mismo que tuvo que cruzar el migrante. Por eso para el Estado es visto bajo la mirada de la amenaza y lo anónimo. En ese trayecto ingresan “a un mundo simbólico definido fundamentalmente en función de la ambigüedad, entra la peligrosidad y la incapacidad” (Castillejo, 2016, p.235). El desplazamiento forzado es comprendido a través de la violencia. Son sujetos identificados como peligrosos por la fractura de su pasado. De ahí que en los discursos del Ministerio de Relaciones Exteriores prime una visión coercitiva del migrante irregular, sujeto eventualmente “peligroso”.

Frente a frente en Turbo, el chilango podía verse reflejado en el poblador local. Ambos peligrosos, ambos ubicados en la periferia. Y no hablo aquí de una relación mediada por la lástima – aunque en el discurso de la institucionalidad se note cierta alusión a este sentimiento para justificar las intervenciones humanitarias – sino, por el contrario, de una relación entre *vecinos*. La ausencia de servicios públicos, por ejemplo, los ubica en una situación horizontal. “Acá se reparten un pescado entre una familia, si llegaba un chilango pues le daban otro pedacito de pescado”, me dijo en su momento un poblador local que tenía familia en el barrio obrero.

Cuando se constituye este tipo de interacción no son los chilangos y las víctimas quienes se ven fracturados, sino la alteridad radical impuesta sobre sus hombros. El “represamiento” de cubanos en Turbo, lo vine a comprender después, fue la oportunidad de problematizar en lo cotidiano las categorías que se ciernen sobre la población “vulnerable” y los migrantes. Fue, en suma, el momento para que los pobladores locales crearan nuevos referentes, así fueran transitorios, alrededor de lo que el Estado llama “migrante irregular”.

Solamente salí una noche con un grupo de migrantes cubanos. En lugar de aceptar una entrevista grupal en la calle, me propusieron una charla entre cervezas y comida al lado del muelle, una idea que le daría vida a mi etnografía, hasta ese momento interrumpida y estancada por las conversaciones desconfiadas e inmediatas en el muelle. Las historias de esa noche están en otro capítulo, pues hablan sobre gestionar la errancia, sobre la creación de redes para *saber migrar*. Sin embargo, cuando estaban cerrando los bares y los locales de comida, vi una escena que mostraba, en su sentido más natural, la empatía y la hospitalidad entre chilangos y población local.

Ricardo, uno de los cinco cubanos que viajaban hacia Estados Unidos, había tomado más de la cuenta el día antes de partir hacia Panamá. Confesaba, de hecho, la admiración que guardaba por Fidel Castro y aceptaba que el discurso anti comunista era útil para migrar, nada más. En medio de esa discusión le dijo a un joven que rondaba el lugar en bicicleta que llamara a dos o tres prostitutas. Le dio un billete y él obedeció. Pasaron unos 20 minutos y llegaron las dos mujeres, una más joven que otra, ambas mayores de 20 años. Se sentaron en la mesa y comenzaron a hablar con él.

Las dos vivían en el barrio Obrero. Estaban cansadas. La actitud de Ricardo cambió cuando comenzó a escucharlas. – Oye, pero espera, ustedes de dónde vienen, por qué hacen esto. – Tenemos que llevar comida a la casa amor, yo tengo tres hijos, respondió una de ellas. – ¿Pero cómo así? ¿No has comido? – No amor, nada, ¿ustedes sí? – Pues no mucho, lo que ves en la mesa [botellas de aguardiente]. En unas horas nos vamos pal norte, en una de las primeras lanchas. ¿Tus hijos no han comido? Yo dejé a mis hijos en Cuba. – Yo los dejé en la casa, no he podido ir hoy, respondió ella. – Santiago, pide tres platos grandes de carne aquí donde sea bueno, con papas y arroz. Ricardo me dio 20 dólares. Después de 15 minutos llegué con la comida. – Mira reina, esto es para ti y para tus niñas. – Muchas gracias, amor, no tenías que comprar eso. – No me agradezcas, más bien reza para que llegue a Miami y en unos meses les pueda enviar cosas a mis niñas que están pasándola mal en Cuba.

### **3.4 El nativo relativo, coyotes y chilangos**

Los sentimientos de hospitalidad y empatía en Turbo surgían en una relación intersubjetiva entre el poblador local y el migrante. En mi caso, las categorías de migrante irregular, coyote y desplazado venían mediadas por un contexto reforzado por los medios de

comunicación y los discursos oficiales del Estado. De manera paralela a la noticia sobre los cubanos asesinados en el Darién, surgían escenas que ignoraba, que los medios y el Estado también pasaban por alto. En el acercamiento inicial con la población local y los migrantes fue difícil posicionarme a su lado: era visto como un *rolo*, alguien que viene del interior del país, probablemente de Bogotá. Las etiquetas de la Universidad de Antioquia o el carné de prensa no eclipsaban mi manera de hablar, de vestirme ni de asustarme cuando llegaba a las calles peligrosas de Turbo.

Coyote y migrante fueron dos categorías que, al llegar a Turbo, perdieron el significado que tenían para mí. Antes de viajar leí sobre las diferencias entre migrante ilegal, irregular e indocumentado. Decidí utilizar el concepto de migración irregular teniendo en cuenta que permite analizar la producción de irregularidad. Más allá del uso que le da el Estado, la categoría era útil para analizar los movimientos subjetivos de la migración y la lucha de ellos por los derechos políticos, culturales y económicos. La producción de este tipo de irregularidad se da a partir de diferentes tipos de movilidad, no siempre condicionada por el Estado.

No contaba con el peso que tenía la palabra migrante irregular en Turbo. Era una categoría empleada por funcionarios, que denotaba ilegalidad, peligrosidad y anonimato. El chilango, por el contrario, aparecía como un sujeto más cercano, con derechos, dolores, necesidades, historias y valores. Al verlos en un comienzo como migrantes me comprometía con una visión instrumental del problema, limitando el análisis a lo que ven los funcionarios de Migración Colombia: rutas, países de origen y destino, posibles antecedentes judiciales, etc... Más adelante, leyendo a Eduardo Viveiros de Castro, entendería lo que estaba sucediendo en mi práctica: el conocimiento antropológico es una relación recíproca, que se base en el conocimiento del otro. Los dos se transforman mutuamente (2013, p.474).

Lo que hace al migrante migrante, así como al nativo nativo, es una presunción (Viveiros de Castro, 2013, p.475). Y es peligrosa: al asumir al otro bajo una categoría universal se establece una relación asimétrica y se le asignan elementos de identificación que no siempre se corresponden. “Es que ellos viajan siempre a Estados Unidos a buscar plata”, me decía un funcionario de Migración Colombia. “Ellos son muy alegres, cocinan siempre juntos, en familia”, me comentaba Benjamín, el periodista veterano que pasaba todas las

mañanas en el muelle, sobre los chilangos. La aproximación a *ellos* era diferente no solo por el status del oficial y la oficina en la que trabaja, sino por la ausencia de prevención que sentía Benjamín, esa misma que en mi caso, con el paso de los días, se fue desvaneciendo.

En esa materia, Alejandra y Benjamín me llevaban años de ventaja. En los últimos días del trabajo de campo viajé a Sapzurro y caminé unos minutos con un grupo de migrantes – tuve que detenerme cuando el grupo de coyotes me dijo que me fuera –. Mientras caminaba me iba quedando solo. El paso era más lento que el de los demás. “Así no vas a llegar ni a Panamá mi hermano”, me decía Disney, un cubano que había conocido en Turbo. Cuando le conté a Alejandra la anécdota, se echó a reír: “Yo hice lo mismo en agosto y me quedé en la selva del Darién y todo. Es que tú no aguantas tanto el calor y no sabes cómo es la cosa acá, mejor dicho, no sabes lo que es andar en trocha mijo”.

Me distanciaba en muchos planos con los chilangos, más tarde lo aceptaría. Estaba tratando, en un comienzo, de aplicar conceptos en sus vidas, dejando de lado la relación social, la camaradería, las escenas en el Waffe. Solamente cuando pude hablar sobre mis dificultades personales y olvidarme por unos momentos de tomar nota en el cuaderno, fue cuando ellos me comenzaron a escuchar. Me veían como Santiago, el amigo de Alejandra, no como funcionario más de Migración Colombia que se sienta alejado en una silla o con un vendedor de tiquetes del Waffe (varias veces se me acercaron a preguntarme por los precios hasta Capurganá).

En la medida en que diera por supuesto sus trayectos, sus vidas, sus historias con los regímenes políticos, también me estaría convirtiendo en un objeto para ellos: un *rolo* en Turbo, algún funcionario. El problema de la interpretación es en doble vía y no se reduce buscando, como lo hacen los periodistas – y sí, como lo hice en un comienzo – a como dé lugar testimonios, historias de vida. ¿Acaso no es esa la actitud de un detective? ¿Extraer información para luego utilizarla sin importar lo que suceda después de la conversación con el otro? En el respeto del silencio, como sucede cuando un familiar está cansado y no quiere hablar, estaba también la empatía. No habían dormido en 48 horas, a veces llegaban directamente desde Nariño al Waffe. No era el momento para hablar y tenía que entenderlo.

En esos momentos de silencio en el Waffe, cuando sentía que mi trabajo de campo no avanzaba, un grupo de migrantes somalíes, al percatarse minutos antes de que yo hablaba

inglés, se acercaron y comenzaron a hablarme: – Hey, we want to go to this place, y me señalaron en Google Maps el municipio de Unión Panamericana, en Chocó. Les dije que si querían cruzar la frontera por ahí sería mucho más peligroso, pues en ese momento había presencia de la guerrilla del ELN (Ejército de Liberación Nacional). Además, era selva adentro, no había caminos definidos, seguros. – Ok, how much money do you need for taking us by the other way (en ese momento me mostraron varios billetes de 50 dólares). – Sorry guys, im not a coyote, respondí.

Fue difícil explicarles qué estaba haciendo ahí en el muelle todos los días. Con una mochila, un celular y un tinto en la mano parecía, o bien un vendedor de las tiendas del Waffe, o un coyote. Lo que hice fue recomendarles el camino más seguro e intentar traducir sus inquietudes para que un grupo de cubanos respondiera. En ese momento, cuando estaba interesado en buscar la salida más segura para ellos, fue cuando entendí la angustia que sentían en los momentos confusos de partida.

En mi mente, una vez más, el coyote aparecía como ese sujeto clandestino en la frontera que siempre pasa desapercibido, que “trafica” con migrantes. Todo ese discurso de tráfico que ha sido útil para criminalizar las actividades migratorias – basta ver el ejemplo de las 25 personas capturadas en Turbo por ayudar a cubanos – hacía eco en mi memoria. Sin embargo, lejos de esta imagen estaban dos jóvenes desempleados de Turbo que ofrecían sus “servicios” para cruzar la selva del Darién. Cuando los somalíes me pidieron el favor de que los contactara con un coyote, les dije que no conocía, pero pregunté en Sapzurro por ellos. Un vendedor ambulante me respondió, mirando a los somalíes desde lejos: “Diles que vengan conmigo hijo, yo soy vendedor y coyote, lo que hago es sobrevivir”.

La categoría de coyote surge en el contexto migratorio del pueblo mexicano. Los intermediarios, guías transfronterizos, comenzaron a ser llamados así espontáneamente, relacionado su labor con la astucia que tienen los coyotes en el reino natural (Meneses, 2010). Dentro de la población fronteriza de México, la acepción de coyote connotaba características positivas, como constancia, personas “listas y hábiles” que tenían la capacidad de gestionar viajes, salidas, caminos desconocidos por las autoridades.

Con el discurso de tráfico de migrantes, la acepción de coyote pasó a tener una connotación negativa:

“En el contexto sociocultural estadounidense, la Patrulla Fronteriza o la Migra maneja el concepto de coyote como categoría descriptiva y supone una valorización negativa, como la de traficante de migrantes o “migrant smugglers”. Hay que tener en cuenta que cuando organismos oficiales como la Border Patrol, el Immigration and Custom Enforcement (ICE) o el Custom and Border Protection (CBP) hablan en los EEUU de coyotes, le están dando a esa palabra un sentido y unos significados (el equivalente a smuggler: contrabandista o traficante) muy diferentes a cuando los migrantes en México hablan de coyotes, incluso en términos despectivos” (Meneses, 2010, p. 28).

En el proceso de entender a los coyotes en Turbo me encontré, en las interacciones cotidianas, con habitantes que se dedicaban al comercio y que vieron en el tránsito de migrantes una oportunidad para ganar más dinero. Estaban inmersos en las redes que se tejían entre la comunidad de Turbo. No obstante, era evidente que tenían intereses económicos y que las rutas que utilizaban eran transitadas por grupos como el Clan del Golfo. De hecho, en la Acnur y en la Defensoría del Pueblo me confirmaron que el Clan no veía con buenos ojos el tránsito de migrantes por sus zonas, pues podría “calentarlas”, es decir, ponerlas al descubierto de la Policía.

Ya en un plano más general, en Turbo los coyotes pasaban a ser sujetos desconocidos en el extranjero que cobraban por llevar a los migrantes desde el país de origen hasta el país de destino, que tenían redes para ayudarlos a cruzar. No todos los migrantes eran como los somalíes, que buscaban ayuda entre los puntos de tránsito para continuar en el camino. En el Waffe escuché historias, principalmente de Asia, que se remitían directamente al cobro de 60.000 o 70.000 dólares para trasladar a los migrantes hasta Estados Unidos.

Benjamín, quien hospeda a migrantes diariamente en su hostel, me contó sobre casos en los que él percibía que siempre había alguien en el exterior pendiente de ellos.

“Esa rutas las manejan hasta donde he podido conocer como organizaciones, si eres migrantes estás en Turbo y te robaron, llamas o escribes por Whatsapp a esas organizaciones y te envían dinero, luego vas a Estados Unidos y te ponen a trabajar para que lo pagues. Lo hacen tanto con los africanos como con los cubanos, todos tienen el mismo modus operandi. Algunos dicen que la red comienza desde su país, hay gente que viene del Congo y dicen que alguien los contacta, hacen un vuelo directo a Ecuador y ahí van por vía terrestre a Panamá o a Estados Unidos. El tráfico comienza desde los mismos países, en Estados Unidos están los que los reciben”.

Estos coyotes no tienen caras. Son una sombra sin un punto fijo de residencia. En las calles de Turbo, hasta yo podía ser un coyote. Además de los somalíes, tres jóvenes se me acercaron en el Waffe para que trabajara con ellos. – ¿Usted no es de acá sí o qué? Me dijo

un joven de ojos claros, pelo naranja, piel oscura, en una de las mañanas en el puerto, cuando estaba en una de las últimas filas esperando a que partiera un grupo de cubanos que había entrevistado el día anterior. Él no tendría más de 17 años. – No, no soy de acá, respondí. En ese momento interrumpió Ricardo, uno de los cubanos, con una cerveza en la mano: – Él es amigo nuestro, no te preocupes, no es un policía ni nada. Se llama Santiago... El joven me dio una palmada en la espalda y cambió el tono, ya no me estaba confrontando.

La afirmación de Benjamín la confirmó un funcionario de la Acnur, quien me habló sobre las cadenas transnacionales: “Van pasando de una red a otra. La mayoría vienen pagando por el tránsito desde sus países de origen. Pagan cifras bastante elevadas. En Colombia hablan con las mismas personas de la estructura para saber cómo cruzar”. No obstante, como lo reconoció más adelante en la conversación, en Turbo, por las necesidades, “existe una cultura arraigada a las economías ilícitas. Por ser puerto, muchos jóvenes han tratado de empezar un negocio trasladando a los migrantes hasta Panamá. No obedecen ordenes de nadie, simplemente van creando sus negocios”.

En ese momento llegaron dos jóvenes más. Uno de ellos me ofreció una cerveza en lata: – Bueno, yo los voy a acompañar en el monte. Ustedes llegan a Capurganá, allá nos vemos y salimos todos. ¿Usted también va pal norte? Me preguntó el joven de pelo naranja, quien era, al parecer, el líder en el grupo. – No, yo me quedo acá. Su cara fue de desconcierto pero continuó hablando. Les dio unos números a los cubanos en unas hojas de papel raídas. Comenzó a hablar en voz baja y se despidió con un apretón de manos de todos los demás. Nos quedamos solos, frente a frente, en el final del muelle, detrás de los baños, donde nadie podía escuchar ni ver.

Mirándolo a los ojos recordé las palabras de la personera de Turbo: “La familia en Turbo está fracturada. Los jóvenes no tienen oportunidades de empleo y ven en actividades como trasladar migrantes una opción de sobrevivir”. Quien me hablaba no me inspiraba miedo. Era un joven flaco, con una camiseta blanca, una pantaloneta y un morral. “Muchas veces ellos se quedan solos desde pequeños. Los papás los dejan en las calles porque no pueden asumir el rol de padres, no pueden orientarlos y ellos, cuando eran niños, también fueron dejados en la calle”, me decía la personera durante la entrevista que sostuvimos en su despacho.

Mi interlocutor prendió un cigarrillo mientras veía de reojo la partida de un bote, a lo lejos, donde iban los cubanos. – ¿Cómo los conociste? Te he visto hablar con muchos chilangos hermano... En ese momento pasaron muchas ideas por mi cabeza. ¿Cuáles eran las palabras correctas que tenía que utilizar? Si decía que los quería conocer, ¿cuál era el fin? ¿Qué me diferenciaría de un policía, de un “coyote”? – Estoy estudiando en Urabá, a ellos los conocí anoche, dije. – ¿Y sabés inglés? – Sí, respondí. En ese momento me pidió que sacara mi celular del bolsillo. – Anota, este es mi número. Soy coyote. Cuando quieras trabajar con nosotros, me llamas.

## **4. Conclusiones**

La migración transfronteriza entre Colombia y Panamá se desarrolla con la presencia de varios actores: el Estado colombiano, el gobierno municipal, la población local, los migrantes, las organizaciones no gubernamentales, así como otras entidades que tienen como misión garantizar los derechos humanos: la Defensoría del Pueblo, la Personería, la Iglesia, entre otras. En el terreno, estos actores entran en un escenario de diálogo y disputa. La aplicación de las políticas nacionales – enfocadas en el “control” de los flujos migratorios a través de las deportaciones – genera una tensión institucional con las entidades municipales guiadas por principios de acción que se enmarcan en el contexto del conflicto armado, como la atención a víctimas, la resolución de conflictos, las garantías de derechos humanos y la prevención. Estas respuestas humanitarias, además, tienen una base sólida en las comunidades locales, principales receptoras de migrantes indocumentados.

El gobierno colombiano, a diferencia de otros países que definieron en las últimas décadas sus políticas migratorias – como los países de la Unión Europea – no tiene una base jurídica clara para tratar la migración, en particular la irregular (históricamente se ha interesado por la migración laboral y el capital humano, inclinándose hacia una migración selectiva). El primer capítulo de este trabajo ahonda en la legislación colombiana; su construcción, su aplicación en las fronteras y sus contradicciones. La visión restrictiva frente a la migración tiene como punto de partida la Constitución Política de 1991, donde el Estado, aunque señala que los extranjeros contarán con los mismos derechos que los ciudadanos colombianos,

aclara que “por razones de orden público”, puede “subordinar a condiciones especiales o negar el ejercicio de determinados derechos civiles a los extranjeros”.

El Estado colombiano, como agente que puede regular las fronteras y desacelerar los flujos migratorios, dejó de ser un garante de los derechos de los migrantes y, por el contrario, pasó a desempeñar un rol de vigilancia y control. Para regular los flujos, hasta 2011, el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) estuvo encargado de labores de inteligencia e investigaciones policiales. Lo paradójico es que Colombia, en el transcurso del siglo XX, firmó convenios internacionales como el Estatuto de los Refugiados (1951) y el Convenio de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) relativo a los trabajadores migrantes (1949), en los que se establecen derechos universales como la no devolución de personas en situación de riesgo, el debido proceso jurídico y la no discriminación.

El gobierno fue consolidando, en los últimos años, una política migratoria selectiva. La Política Integral Migratoria (PIM), creada en 2009, establece unos lineamientos para garantizar los derechos de los colombianos en el exterior, ampliando la oferta de servicios estatales. Otro de los objetivos que se trazó el gobierno con esta política fue garantizar los derechos humanos de los extranjeros en el país. Sin embargo, cuando se hace alusión a la migración irregular, salen a la luz planes para combatir “el tráfico de migrantes”. La PIM se convierte en un marco de garantía de derechos para los migrantes y colombianos visados, relegando a los migrantes indocumentados al espacio de la “ilegalidad”.

La PIM habla de “desmantelamiento de redes”, “control” de pasos de frontera no autorizados y sanciones contra las “redes de tráfico”. La entidad encargada de ejecutar las políticas de control de flujos migratorios es Migración Colombia, creada en 2011, asumió las funciones de control y vigilancia del DAS. En Turbo, los migrantes irregulares tenían que

acudir a Migración Colombia si querían cruzar a Panamá con un salvoconducto o huir de ella si no querían ser deportados. El trato preferencial de esta entidad es para los migrantes “regulares”, siguiendo la línea de la PIM de “fortalecer capacidad” y “capital humano”.

El centro de control migratorio de Turbo, por ejemplo, tiene más elementos en común con un centro de detención europea que con una oficina de atención al migrante. El enfoque policivo se acentuó en 2016, cuando el gobierno optó por la deportación como salida a la crisis migratoria en Urabá. Con el Decreto 1692 de 2016 creó una Comisión Intersectorial de Lucha contra el Tráfico de Migrantes, una norma que relaciona directamente el tráfico de migrantes con la migración irregular, “una conducta delictiva” que “afecta la seguridad y la soberanía nacional” (Decreto 1692, 2016, p.1).

La postura del Estado frente a la migración irregular produjo una exclusión de los migrantes irregulares en el marco de los derechos civiles, lo cual, en la vida cotidiana, generó una reducción de estas personas a no-ciudadanos, ubicándolos en el terreno de la ilegalidad. El enfoque de derechos humanos es eclipsado por una política de securitización que se nutre del concepto de seguridad nacional y de un sistema de gestión y exclusión en las fronteras a nivel global. En la crisis migratoria de Turbo, ninguno de los 3.000 extranjeros indocumentados obtuvo asilo; en ese caso, como en muchos otros, primó la deportación.

Esta postura, de por sí incoherente con los pactos internacionales firmados por Colombia, generó varias acciones legales contra el Estado colombiano. El 10 de noviembre de 2016, el Consejo de Estado falló una tutela a favor de 28 ciudadanos cubanos que fueron deportados sin contar con el debido proceso. La Sección Quinta del Consejo de Estado consideró que el Estado, al deportar masivamente a más de 1.000 ciudadanos cubanos, no tuvo en cuenta la jurisprudencia internacional y nacional que protege a los migrantes, como

la sentencia T-338 de 2015 de la Corte Constitucional, tribunal que hizo énfasis en el proceso de deportación individual, como una medida extraordinaria en la que se debe garantizar el debido proceso, como también lo señala la Corte Interamericana. En Turbo, los ciudadanos no contaron con atención individual, asesoría legal ni asistencia consular antes de ser deportados. El grupo de cubanos denunció violación de derechos fundamentales que el gobierno dice proteger, como la dignidad humana, la libertad e integridad personal, la salud y el debido proceso. Con el fallo del Consejo de Estado, el gobierno quedó en deuda de una nueva política migratoria que, a la fecha, sigue sin discutirse.

En este escenario, donde la interlocución del migrante indocumentado con el Estado se basa en la vigilancia y la amenaza de deportación, los migrantes tejieron redes y asumieron, desde su trayectoria, proyectos de vida distintos que no necesariamente tenían como punto final el país de destino. En el segundo capítulo de esta investigación aparecen trayectorias de vida de migrantes que vivieron la desaceleración de sus viajes por las políticas tanto del Estado colombiano como del panameño (no olvidemos que éste último cerró la frontera en 2016).

Aunque Turbo fue el centro de atención mediático cuando Panamá cerró la frontera para migrantes irregulares, lo cierto es que en la última década este municipio ha sido un paso obligado para los migrantes indocumentados que quieren llegar desde Suramérica hasta Norteamérica. Desde 2011 la Policía Nacional emitía reportes sobre migrantes provenientes de Cuba, Nepal y China pasando por el tapón del Darién (Estupiñán, Salcedo y Montaña, 2014, p.89). Las rutas varían dependiendo del país de origen, pero en varios puntos coinciden y se crean redes transnacionales, superando algunas barreras, como la del idioma.

Las barreras del Estado no dejan necesariamente al migrante en una posición de inmovilidad y vulnerabilidad. Lejos de eso, los migrantes en Turbo mostraron la capacidad de gestionar nuevas rutas, alejándose muchas veces de la concepción de víctima que suele estar presente en los discursos de las ONG. En sus historias de vida estaban presentes otras facetas emocionales escasamente exploradas en los estudios sobre migración, como la resiliencia, la aventura y el heroísmo. La agencia política, muchas veces invisibilizada, surgió en los contextos más hostiles, como lo demuestra la tutela de los 28 migrantes cubanos contra el Estado colombiano.

Esa agencia no solo se hace visible a través de mecanismos legales o institucionales. La relación de los migrantes con la comunidad local permitió que se crearan redes de apoyo y resistencia. Las historias de Andy y Jessica, ambos cubanos, demuestran que en Turbo se puede “gestionar la errancia”; los migrantes no se quedan estancados necesariamente por el cierre de una frontera. En el estado de suspensión migratoria se crean planes inmediatos, se presenta una fuerza creativa migratoria o, si quiere, una fuerza transgresora que le permite al migrante construir nuevos planes de vida. Planes que, como quedó documentado en este trabajo, no tenían que ver con lo que el Estado ni las organizaciones humanitarias querían para ellos. Se trata de llegar a donde ellos quieren, a través de sus sentimientos, de sus relaciones con la comunidad de paso y de su capacidad de encontrar espacios seguros en una frontera hostil.

Es evidente que el Estado controla ciertas libertades, que acepta y niega derechos en la frontera. Migrantes de Nepal que entrevisté, como Don Ib, sabían de antemano que estaban en la frontera del “ser y del no-ser social” (Bourdieu, 1999, p.16), y por eso tomaban precauciones, coordinaban con otros compañeros la ruta a seguir para prevenir el daño, el

riesgo. Saber migrar, además de construir relaciones de apoyo, significa conocer el poder de las redes sociales, los medios de comunicación y las estrategias para sobrevivir en las comunidades locales. Invitar a un habitante local a jugar en la calle con tiza es una acción transgresora, que, aunque el Estado lo niegue, los pone en el plano social como sujetos. No se aíslan ni dejan de comunicarse, tampoco se encierran y esa festividad también quedó descrita en la experiencia con los cubanos.

“Las raíces no se quedan en un solo lugar. Ellos cambian de forma. Cambian de color. Y crecen” (Malkki, 1992). Y así lo vimos en Turbo. La construcción de la identidad es cambiante, no es un constructo sólido e impenetrable. De ahí que ligar al migrante con la palabra víctima puede generar una revictimización, negar las fortalezas que tienen, la capacidad de construir y de arraigarse en nuevos lugares. Y si es el caso, desarraigarse para seguirse moviendo. Son actos transgresores que trascienden las visiones estáticas de “choques culturales” o “ausencia de adaptación” de los migrantes a un lugar específico.

En el régimen de control global, el migrante aprende a camuflarse, a dejar atrás la identidad unidimensional que le asigna el Estado o las instituciones supranacionales. En este punto entra la categoría de migrante transnacional, el cual, como vimos, define su modo de estar en el mundo de acuerdo con el presente migratorio. La subjetividad se construye en ese campo de interlocución con el Estado, teniendo presentes sus restricciones y buscando salidas de la mano de comunidades locales, amigos, familia, personas conocidas en redes sociales como Facebook, Tinder, en fin, tocando varias puertas y viviendo una experiencia transnacional.

Para sortear los obstáculos del Estado, del régimen de control global, los migrantes aprenden a pasar desapercibidos y saber cuándo y cómo a salir al espacio público. Saben que

en la representación encuentran espacios de salida, de supervivencia y tranquilidad. En el muelle de Turbo, el Waffe, la sensación que se percibía con la comunidad local era de hospitalidad, no de hostilidad como en los comandos de Policía o en las oficinas de Migración Colombia. En ese espacio, de por sí más seguro, los migrantes se abrían a nuevas conversaciones, querían contar su historia.

El muelle, como espacio de transición, intercambios, diálogos y negociaciones, reflejaba las diferentes maneras de estar en el mundo para los migrantes. Además de comprar los tiquetes para viajar a Sapzurro, y desde allí cruzar la selva del Darién, los migrantes buscaban espacios de hospedaje y comida cerca al Waffe. Como espacio de interlocución, el muelle se extiende a las calles circundantes, donde se encuentran hostales, restaurantes, mercados de frutas y verduras en las calles. La distancia social entre los migrantes y los habitantes de Turbo no era tan grande como la que existe con el Estado o las instituciones. Por el contrario, el migrante pasaba días en esas calles, a veces viviendo con las mismas familias de Turbo. La subjetividad, construida en la relación con el otro, con el habitante local, no tenía matices vulnerables, sino resilientes, heroicos y solidarios.

En este punto, después de conocer algunas trayectorias de vida de los migrantes, entra en juego el rol de la comunidad local en la migración transfronteriza. El tercer capítulo se enfoca en la relación entre los migrantes y los pobladores de Turbo, teniendo en cuenta el paso migratorio en el muelle, la estadía de muchos extranjeros en el municipio, así como las redes de solidaridad que se tejieron cuando el gobierno panameño ordenó el cierre de la frontera. Cuando más de 3.000 cubanos quedaron atrapados en Turbo por esta medida, la población local los recibió con diferentes tipos de ayudas. Los albergues de la Alcaldía, insuficientes para garantizar estándares mínimos de permanencia para los migrantes, se

convirtieron en puntos visitados constantemente por las comunidades; les llevaban mercados, frazadas, agua, entre otros elementos.

El contexto social e histórico de Turbo fue clave para comprender el surgimiento de esta solidaridad espontánea. En la región de Urabá, según la Unidad de Víctimas<sup>42</sup>, están registradas 484.123 víctimas del conflicto armado y en Turbo, uno de los municipios que fue bastión de las Autodefensas, 101.568, es decir, el 30% del total de víctimas de la región. Al estar ubicado en la frontera y contar con tierras productivas para actividades agrícolas, como los cultivos de banano, Turbo ha sido históricamente un municipio atractivo para los grupos armados y se ha convertido, además, en un lugar receptor para 128.113 personas víctimas por desplazamiento forzado<sup>43</sup>.

Este contexto no es muy distinto al de los países de origen de varios migrantes, como Cuba, Nepalí y Haití. La mayoría de los migrantes sufrieron diferentes tipos de violencias en sus países. La solidaridad se presentó en espacios precarios, donde el Estado colombiano no ha llegado y donde tampoco tiene su ojo vigilante frente a los migrantes indocumentados. El caso de Andy, quien se enamoró de una mujer de Turbo que le llevaba comida al albergue, demostró cómo se pueden construir redes en espacios aparentemente hostiles. Él, al final, cambió de aspiraciones y se quedó en Urabá, sintiéndose, como él lo dijo, en un “espacio tranquilo”.

La población de Turbo también es migrante. Es un municipio que históricamente ha albergado poblaciones desterradas del norte de Urabá y de Colombia, como habitantes de la región de Alto Sinú, en Córdoba o de Ituango, en Antioquia. Los proyectos agrícolas, y en particular la expansión bananera, llevaron a muchos campesinos a la frontera con Panamá.

---

<sup>42</sup> Ver en <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-unico-de-victimas-ruv/37394>

<sup>43</sup> *Ibíd.*

La violencia paramilitar en esta región también vino acompañada de procesos de expropiación de tierras. El nacimiento de las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá (ACCU) en 1995 impactó directamente a la población y fueron despojadas por lo menos 150.000 personas en Antioquia (Ramírez, 1997). En este contexto de violencia y desplazamiento fue que se desarrolló la solidaridad entre migrantes.

Esta violencia, además de ser cuantificada, tuvo un impacto en el ámbito subjetivo de la población. Expresiones de la violencia como el destierro, el desplazamiento, el exilio y la desaparición tuvieron desenlaces en las relaciones sociales diarias en Urabá. Están, por ejemplo, las extorsiones, la desconfianza hacia el otro que no es del pueblo y la construcción de un estilo de vida ligado a los referentes de los grupos armados, ligados al poder masculino desde lo militar.

En el transcurso del trabajo de campo ocurrieron varios asesinatos e intimidaciones que la Policía le atribuyó a los grupos dedicados al narcotráfico. En la cotidianidad, la muerte es un término que no es extraordinario, sino que hacía parte de la intermediación social a través de la violencia. El estado de guerra latente desplazó a la población civil a los márgenes del municipio, donde, como se dijo anteriormente, el Estado no aparecía, y si lo hacía era desde la represión militar.

El sentimiento prolongado de violencia no solo creó una ruptura social, sino que a su vez generó unos escenarios donde se tejieron las relaciones entre víctimas, un mismo escenario que fue compartido con los migrantes. La construcción de redes se daba allí donde grupos armados y Estado trataban de controlar la vida social. La unión entre la población civil en estos contextos es clave para subvertir o escapar del orden violento, de ahí a que surgiera una relación espontánea de hospitalidad. Las instituciones locales humanitarias, como la Defensoría del Pueblo, la Personería y la Alcaldía, se inclinaron hacia la atención

desde un enfoque de derechos humanos y no desde la política migratoria nacional, enfocada en la vigilancia materializada en deportaciones masivas.

La ambigüedad de “pertener y no pertenecer” que caracteriza la migración se resuelve en Turbo a través de la empatía. Categorías estáticas, como la de “los coyotes”, también se vuelven difusos en el contexto violento de Urabá, donde son los mismos jóvenes de los barrios los que se ofrecen a transportar migrantes por la selva del Darién. Así como pueden existir casos de robos y violencia de parte de “los coyotes”, también se vieron casos de solidaridad y gestión de rutas por los actores locales.

La categoría estatal de migrante también fue cuestionada y subvertida desde la cotidianidad de Turbo. Los migrantes a veces eran turistas o chilangos, una expresión más empática desde el ámbito del desplazamiento forzado. La construcción de chilango nace de una búsqueda de salidas conjuntas a contextos hostiles o violentos. A veces, esas salidas terminaban convirtiéndose en opciones de vida. Las aspiraciones de los pobladores locales no diferían mucho de la de los chilangos; ambos compartían una vulnerabilidad que tenía como ruta de escape la resiliencia, la imaginación de futuros distintos. La aproximación al otro, empáticamente, sirvió como un espejo para atreverse a salir del estatus de víctima y pasar a otro, imperceptible para el Estado.

#### 4. Bibliografía

- Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados –Acnur– (2015) "Ser una persona refugiada en Panamá: diagnóstico participativo 2014-2015". Ciudad del Saber, Clayton. Ciudad de Panamá.
- Adnrijasevic, Rutvica (2010) From Exception to Excess: Detention and Deportations across the Mediterranean Space. In: The deportation regime: sovereignty, space, and the freedom of movement. Nicholas de Genova and Nathelie Peutz. Londres. Duke University Press, 2010.
- Akhtar, Salman (1995). A third individuation: Immigration, and the Psychoanalytic Process. Journal of the American Psychoanalytic Association. Washington D.C.
- Appaduari, Arjun. (2001) "La modernidad desbordada: dimensiones culturales de la globalización". Ediciones Trilce S.A. Uruguay.
- Arab, Chadia (2008). "La circulation migratoire: Une notion pour penser migrations internationales". E-migrinter, 1, 20-25.
- Balibar, Étienne. (2005) "¿Qué es una frontera?" [En línea] Ver en [Ecampus.filo.uba.ar/mod/resource/view.php?id=29833](http://Ecampus.filo.uba.ar/mod/resource/view.php?id=29833) Recuperado el 16 de mayo de 2016. Hora: 10:00 p.m.
- Bianca Wagner, Ursula. (2011) "The American Dream's Sojourn in Latin America: The Dynamics of Irregular Migration Flows Through Colombia and Ecuador". Department of International Development. University of Oxford.
- Bondanini, F. B. (2011). Migración de tránsito y pasaje a Europa. El caso de Melilla. En F. J. García
- Bourdieu, Pierre. (1999). Prefacio. En Abdelmalek Sayad. La doble ausencia. De las ilusiones del emigrado a los padecimientos del inmigrado (pp. 9-12). Barcelona: Anthropos.
- Bourdieu, Pierre. (1999) "Comprender". En: La miseria del Mundo. Ediciones Akal.1999. Pp. 527-543.
- Bourdieu, Pierre (2003) El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Editorial Anagrama. Barcelona.
- Carnet, Pauline. (2012) Migrar clandestinamente: "gestionar la errancia". Revista Andaluza de Antropología. Número 3: Migraciones en la globalización. Pp. 31-50

- Castaño y N. Kressova. (Coords.). Actas del I Congreso Internacional sobre Migraciones en Andalucía (pp. 613-621). Granada: Instituto de Migraciones.
- Carvalho, Eduardo. (2015) "Emigrar". Ponencia del VII Congreso Latinoamericano de Psicología Jungiana. Archivo particular.
- Castillejo, Alejandro. (2005) "El antropólogo como otro: conocimiento, hegemonía y el proyecto antropológico" En Revista Antípoda.
- Castillejo, Alejandro (2016) Poética de lo otro: Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia. Bogotá. Universidad de los Andes.
- Ciurlo, Alessandra (2015) "Nueva política migratoria colombiana: El actual enfoque de inmigración y emigración". Revista Internacional de Cooperación y Desarrollo. Vol II. Págs. 205-242.
- Clavijo Padilla J. K. (2013). Los colombianos en el exterior en la política migratoria reciente: análisis del programa Colombia Nos Une. Revista Chilena de Derecho y de Ciencia Política 4(3): 85-121.
- Ceccchetto, Fátima (1998) "Galerias funk cariocas: os bailes e a constituição do ethos guerreiro". En Um século de favela. Río de Janeiro: Fundação Getúlio Vargas.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe - CEPAL.- (2010) Migración y salud en zonas fronterizas: informe comparativo sobre cinco fronteras seleccionadas. Publicación de las Naciones Unidas. Santiago de Chile.
- Código de Ética de la Asociación Antropológica Americana (1998) [En línea] Ver en: <https://es.scribd.com/doc/96033798/Codigo-de-Etica-Antropologico>
- Costa, Felizardo Tchiengo Bartolomeu Um pé lá, outro cá: as reinvenções subjetivas dos imigrantes transnacionais angolanos no Brasil / Felizardo Tchiengo Bartolomeu Costa. Assis, 2016.
- De Genova, Nicholas; Mezzadra, Sandro y Pickles, John. (2015). New Keywords: Migration and Borders. Cultural Studies, 29 (1), pp. 1–33.
- Dal Lago, A., -"Personas y no-personas", en Silveira H. (ed.), Identidades comunitarias y democracia, Madrid, Trotta, 2000.
- Echeverri, Jonathan (2012) "Errant Journals: stories of movement of Africans in Dakar, Senegal". University of California, Davis.

- Espai per a la Desobediència a les Fronteres (2008) La vida en la frontera: internamiento y expulsiones. En: Frontera Sur. Nuevas políticas de gestión y externalización del control de la inmigración en Europa. Virus Editorial.
- Estupiñán Lizarazo, Fabiola; Salcedo Reina, Manuel Gilberto y Montaña Granados Yasid (2014) "Tráfico de migrantes, análisis del contexto colombiano". Dirección Nacional de Escuelas, Policía Nacional. Bogotá.
- Fawcett de Posada L. (1991). Libaneses, palestinos y sirios en Colombia. Documento N° 9. Centro de Estudios Regionales. Barranquilla: Universidad del Norte.
- Gamella, Juan F. (1993) "Los heroinómanos de un barrio de Madrid: Un estudio cuantitativo mediante métodos etnográficos»" Antropología, pp.4-5: 57-102.
- García Ruiz, María Andrea Grupos posdesmovilización y ejercicio de la oposición política en Colombia Reflexión Política, vol. 19, núm. 37, enero-junio, 2017, pp. 100-118 Universidad Autónoma de Bucaramanga Bucaramanga, Colombia.
- García-Valencia, Carlos (2007) Atlas del golfo de Urabá: una mirada al Caribe de Antioquia y Chocó. Santa Marta: Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (Invemar), Gobernación de Antioquia.
- González Cámara, Noelia. (2010) "De indeseables a ilegales: una aproximación a la irregularidad migratoria". Revista Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura.
- Green, Linda (1994) "Fear as a way of life" Cultural Anthropology 2 (9): 227-256.
- Greenwood, Davydd J. (2000) "De la observación a la investigación-acción participativa: una visión crítica de las prácticas antropológicas", Revista de Antropología Social. pp.27-49.
- Gil Araújo, Sandra (2006). "Las argucias de la interacción: construcción nacional y gobierno de los social a través de las políticas de integración de inmigrantes". Universidad Complutense de Madrid. Madrid.
- Lobban, Glenys. (2006) "Immigration and Dissociation, Psychoanalytic Perspectives" [En línea] Ver en: <http://dx.doi.org/10.1080/1551806X.2006.10472954>
- Lombana Reyes, Melina (2012) "La configuración espacial de Urabá en cinco décadas". Revista Ciencia Política N° 1|2. Universidad Nacional de Colombia. Pp. 40 -79.
- Madariaga, Patricia. Matan y matan, y uno sigue aquí. Control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá, Bogotá, Universidad de los Andes, 2006.
- Malkki, Liisa. (1992). National Geographic: The Rooting of Peoples and the Territorialization of National Identity among Scholars and Refugees. Cultural Anthropology, Vol. 7, No. 1, Space, Identity, and the Politics of Difference. (Feb.,

1992), pp. 24-44.

Mejía Ochoa W. (2011). Gestión migratoria laboral en Colombia a través de la historia. Un vistazo a partir de la normatividad. IV Congreso de la Red Internacional de Migración y Desarrollo. Quito.

Meneses, Guillermo Alonso (2010) De migras, coyotes y polleros: el argot de la migración clandestina en la región de Tijuana-San Diego. Tijuana. Colegio de la Frontera Norte.

Mezzadra, Sandro and Neilson, Sandro (2008) "Border as Method, or, the Multiplication of Labor". [En línea] Ver en: <http://eipcp.net/transversal/0608/mezzadraneilson/en/print>

Migración Colombia (2013). Red Migrante: Grantías y servicios para el migrante en Colombia. Política institucional de Derechos Humanos. Gobierno de Colombia.

Monroy Álvarez, Silvia (2013) El presente permanente. Por una antropografía de la violencia a partir del caso de Urabá, Colombia. Universidad del Rosario. 2013.

Morales, Orlando Gabriel y Ehevalier-Beaumel, Ellen (2012). "Aproximación etnográfica a la nueva migración africana en Argentina. Circulación y saberes en el caso de los senegaleses arribados en las últimas dos décadas", Revista Astrolabio, número 8, 2012. [En línea] Ver en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/astrolabio/>

Nair, Sami (1998) Hacia una nueva gestión de los flujos migratorios. Publicado En El País de España, edición Impresa: 12 de agosto de 1998.

Nasimba Loachamín, Rocío (2010). La política de inmigración en el Gobierno de Rafael Correa: *entre el deber ser y el ser*. Universidad Andina Simón Bolívar. Ecuador.

Naranjo Giraldo, Gloria Elena. (2014). Desterritorialización de fronteras y externalización de políticas migratorias. Flujos migratorios irregulares y control de las fronteras exteriores en la frontera España-Marruecos. Estudios Políticos, 45, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 13-32.

Naranjo Giraldo, Gloria Elena. (2015). El nexa migración-desplazamiento-asilo en el orden fronterizo de las cosas. Una propuesta analítica. Estudios Políticos, 47, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. <http://dx.doi.org/10.17533/udea.espo.n47a15>

Organización Internacional para las Migraciones – OIM– (2013) "Migrantes extracontinentales en América del Sur: Estudio de casos". Publicado por OIM. Buenos Aires, Argentina.

Organización Internacional para las Migraciones – OIM– (2007) "Informe Ejecutivo. Descripción del contexto de la zona fronteriza Apartadó, Turbo, Acandí, Colombia y Puerto Obaldía, Panamá. Nuevas Ediciones S.A. Bogotá.

- Palacios Sanabria, María Teresa (2012) El sistema colombiano de migraciones a la luz del derecho internacional de los Derechos Humanos: la Ley 1465 de 2011 y sus antecedentes normativos. Revista Scielo.
- Plan de Desarrollo del municipio de Turbo (2016-2019). [En línea] Ver en : <http://www.siipe.co/wp-content/uploads/2014/08/Plan-de-Desarrollo-Turbo-extracto.pdf>
- Papadopoulou, Aspasia. (2004) "Smuggling into Europe: Transit Migrants in Greece". [En línea] Ver en: <http://jrs.oxfordjournals.org/content/17/2/167.abstract>
- Papadopoulos, Renos K. (2002) "The other other: when the exotic other subjugates the familiar other". Journal of Analytical Psychology. London.
- Papadopoulos, Dimitris, Stephenson, Niamh and Tsianos, Vassilis (2008) Escape Routes: Control and subversion in the Twenty-first Century. Pluto Press. London.
- Pitt-Rivers, Julian (2012) The law of hospitality. En Hau: Journal of Ethnographic Theory 2 (1): 501-517. London.
- Ramírez Tobón, William (1997) Urabá: los inciertos confines de una crisis. Bogotá. Planeta.
- Rabinow, Paul (1992). Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos. Ediciones Júcar: Madrid.
- Salas, Ana M. (2008) El resentimiento en el paramilitarismo: análisis del discurso de Carlos Castaño Gil. Bogotá. Editorial Universidad del Rosario.
- Shore, Cris y Wright, Susan (1997) Anthropology of Policy: Perspectives on Governance and Power. Routledge, London.
- Silveira Gorski, Héctor C. (2002) Los Centros de Internamiento de Extranjeros y el futuro del Estado de derecho. Revista Panóptico, n. 3. Barcelona.
- Tarrius, Alain (2000) Leer, describir, interpretar las circulaciones migratorias: convivencia de la noción de "territorio circulatorio". Los nuevos hábitos de la identidad. Estudios de historia y sociedad, vol. XXI, núm. 83. El colegio de Michoacán. A.C Zamora, México.
- United Nations Economic Commission for Europe – UN/ECE– International Migration. Boletín N°3.
- Uribe Hincapié, María Teresa (1992) "Ética y política". En Estudios políticos I. Medellín: Instituto de Estudios Políticos. Universidad de Antioquia.
- Urry, John. 2007. Mobilities. Cambridge: Polity Press.

- Verdad Abierta (2016) "Bandas criminales: ¿simples criminales o tercera generación de 'paras'?". [En línea] Ver en: <http://www.verdadabierta.com/rearme/6146-bandas-criminales-simples-criminales-o-tercera-generacion-de-paras>
- Verdad Abierta (2015) "Los secretos del 'Clan Úsuga'". [En línea] Ver en: <http://www.verdadabierta.com/rearme/5933-los-secretos-del-clan-usuga>
- Viveiros de Castro (2013) *The relative native*. Rio de Janeiro. Universidade Federal do Rio de Janeiro.
- Wabgou, Maguemati, Vargas Daniel y Carabali, Juan Alberto (2012). *Las migraciones internacionales en Colombia*. Universidad del Norte. Barranquilla.
- Wedel, Janine R (1999). *Anthropology of Policy: Critical Perspectives on Governance and Power* by Chris Shore; Susan Wright. *American Anthropologist*. New Series. Vol 101. Blackwell Publishing.
- Yeh, Rihan (2015). Deslices del "mestizo" en la frontera Norte. En: *Nación y alteridad. Mestizos indígenas y extranjeros en el proceso de formación nacional*. Daniela Gleizer y Paula López Caballero (Coord.) Universidad Autónoma Metropolitana: México D. F.
- Zaluar, Alba (1997) "Gangues, galeras e quadrilhas: globalização juventude e violência". En: *Galeras cariocas: territórios de conflitos e encontros culturais*, organizado por Hermano Vianna, 17-57. Rio de Janeiro. UFRJ.